FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE
Russell P. Sebold
DONACIÓN
DRPS
FA
1136
UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500774240

DE
ARGENS

2

Ex Libris

Russell Perry Sebold, III

BIBLIOTECA
MELCHOR de PALAU
1419

FL DRPS FA/1136
0500774240

# RIMAS

DE

# BARTOLOMÉ LEONARDO

DE ARGENSOLA.

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1805.

# VIDA

## DE BARTOLOMÉ LEONARDO

### DE ARGENSOLA.

En la misma ciudad de Barbastro nació nuestro Bartolomé el año de 1566. En compañía de su hermano Lupercio estudió en la Universidad de Huesca las Humanidades y el Derecho; y en Zaragoza es de creer se aplicaria tambien á la lengua griega y antigüedades, como Lupercio.

Por los años de 1588 era ya Sacerdote, y Cura ó Rector de Villahermosa. Por los años de 1598 se hallaba en Salamanca; y retirándose poco despues á Madrid, la Emperatriz Doña María le hizo su Capellan. Muerta esta Señora, pasó á Valladolid, donde á la sazon estaba la corte, á instancias de una persona grave, que tal vez seria el Conde de Lemos; pero mal avenido su genio filosófico con las costumbres de los cor-

tesanos, se retiró á su pais; lo que ya hacia tiempo deseaba, como lo manifiesta en aquella excelente epístola, escrita á Don Gerónimo Eraso, su fecha á 7 de Marzo de 1606, en nuestra Señora del Pilar, que empieza:

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro.

El Señor Pellicer afirma que esta carta se escribió el año de 1610, y que la dirigió á Don Francisco de Eraso, Conde de Humanes: no dudo que tendrá fundamentos sólidos para ello; pues yo no tengo otro que el hallarlo así escrito en un manuscrito antiguo, cuyo carácter de letra, y la firma del mismo Rector Leonardo, nos hace creer que es original: por lo qual, y por lo mucho que varía de la impresa, hemos creido no será desagradable á los curiosos el verla qual salió de las manos de su autor.

Pero no pudo lograr por mucho tiempo del descanso á que anhelaba; pues poco despues se vió precisado á partir con su hermano á Nápoles en compañía del Conde de Lemos. En esta ciudad



ayudaba á su hermano á desempeñar sus arduos empleos de Secretario y Cronista de Aragon; y muerto este el año de 1613, prosiguió haciendo los mismos oficios con el hijo del difunto y sobrino suyo Don Gabriel Leonardo y Albion, á quien el Conde substituyó en el empleo de su padre. El año de 1615 pasó á Roma, y el Papa Paulo V le confirió una Canongía en la Metropolitana de Zaragoza. En esto vacó el empleo de Cronista del Reyno de Aragon, que por muerte de Lupercio habian dado al Doctor Bartolomé Llorente; y despues de haber estado vacante un año, nombráron los Diputados por sucesor á nuestro Canónigo Leonardo, con la obligacion de que dentro de seis meses estableciese su domicilio en el Reyno de Aragon.

En efecto el año siguiente se restituyó á España con su Mecenas el Conde de Lemos, y estableció su residencia en Zaragoza. Dos años despues vacó la plaza de Cronista mayor de los Reynos de Aragon; y á consulta del Supremo

Consejo de esta Corona nombró el Rey para ella á nuestro Bartolomé. En medio de tantas ocupaciones, siendo ya de mas de cincuenta años, escribió algunas poesías de las que se incluyen en sus rimas, especialmente la epístola que empieza:

Para ver acosar toros valientes;

dirigida á su pupilo Don Fernando de Borja, Virey de Aragon, en la qual describe la vida que hacia el Conde de Lemos retirado en Monfort; la qual habiendo visto el Conde, le respondió con una carta muy aguda, en que se muestra su exquisito gusto en la poesía; y que las alabanzas que le diéron á este Señor los grandes ingenios de su tiempo, de quienes fue universal protector, no eran de las que el hambre suele arrancar á los Poetas para lisonjear á los poderosos.

Ocupado nuestro Bartolomé en sus tareas literarias de Cronista, adoleció de gota; la qual últimamente le acabó á los sesenta y siete años de edad. Sobre su carácter, escritos y circunstancias in-



dividuales de su vida, véase la obra ya citada; pues aquí solamente nos hemos propuesto hacer un breve resúmen de los puntos mas principales de la vida de estos dos hermanos, honor de la nacion, y príncipes de la poesía castellana.

# RIMAS

## DE BARTOLOME ARGENSOLA.

### *CANCION.*

De los campos y mares se apodera
Céfiro tu ministro á su albedrío,
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enxuto reposaba en la ribera,
A la tranquilidad tiranizada:
Y crespando las olas á su entrada,
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie (y su virtud fecunda
De cien mil partos fértiles abunda),
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú armado de ternuras y suspiros
En los silbos de Céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas;
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la qual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnáldas,
Dexa volar sus cisnes, y desciende

Donde Adonis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca, y lo regala entre ellas.
Todo es amor y paz: las piedras aman,
Dando suspiros mudos; y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretexen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa:
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viage, que parece
Que persigue la ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece,
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora,
Que pintó con su púrpura la aurora.
Las rosas, quando dellas mas compuesta
Su Abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas qual belleza inculta,
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro de sí misma tímida y modesta,
Con virginal vergüenza medio oculta:
Algunas en niñez ménos adulta
Dentro el materno manto se aperciben,
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia:
A quien las aves que á su sombra viven,
La gloria què reciben,
(Cambio divino) abriendo su armonía,



La recompensan en sintiendo el dia.
La gran alma del mundo finalmente
No cabe en sí, y á sus efectos torna,
Y se compone como esposa nueva.
En este tiempo, pues, que amor adorna,
En medio su abundancia floreciente
Vi para quien la adorna y la renueva:
Vi una ninfa, qual no la vió en su cueva
Cristalina Anfitrite, ni se armáron
Los dos Atridas por igual trofeo,
Quando de tantas naves el Egeo,
Y á Troya con los Dólopes cercáron:
Ni quando se mostráron
Las bellas diosas para persuadillo,
Vió tal extremo el Frigio pastorcillo.
Ninfa vi yo, que ó fue la misma idea
De la mente de Júpiter salida,
Cuya virtud la dió á la humana vista,
Con que su luz suave, aunque encendida
En la divinidad que centellea,
Purgada la sostenga y la resista:
O quizá por fatal piedad prevista,
En el flaco poder de ojos mortales
De apariencia visible se compone,
Para que se recoja y proporcione
Objeto á las potencias naturales:
Como ya en los umbrales
De Africa la vió Eneas transformada,
O en Troya de su misma luz cercada.
O si es humana, en la sublime parte

Donde es el solio del corpóreo velo,
Preside alguna inteligencia eterna,
Como la que, asistiendo en cada cielo,
Mitiga á Jove, ó embravece á Marte;
Cuyas mentes tambien mueve y gobierna.
Y si por los efectos de la interna
Causa atinar solemos la nobleza;
Por los que yo sentí, viendo el divino
Monstruo, mayores cosas adivino.
Prendióme (no lo niego) su belleza;
Mas fue con tal presteza,
O mi descuido tal, que preso andaba
Antes que yo cayese en que lo estaba.
Pensé yo que era admiracion la mia,
Sencilla complacencia de los ojos:
Mas amor, que en los suyos se hizo fuerte,
Mayor vitoria quiso y mas despojos,
Y el alma me ocupó de una alegría,
Que poco á poco en ansia se convierte.
Vine á sentir su ausencia á par de muerte,
Y comencé á temer tan gran mudanza,
Y una zelosa envidia sentí apénas:
Mas entrando incurable por las venas,
Hizo su curso con mortal tardanza:
Templaba la esperanza
El rigor enemigo con desinio
Quizá de establecer mas su dominio.
Rendido lo sensible al cautiverio,
Luego probó las fuerzas de su ira
Quanto hay desde la vista al pensamiento:



Qual soberbia nacion ó Rey que aspira
A dilatar los fines de su imperio,
Cuyas nuevas vitorias y su aumento
Son para las futuras instrumento:
Y todo lo finítimo obediente,
Saca sus huestes á mayor empresa:
Mas quando ya el furor de Marte cesa,
(Para que en su obediencia lo sustente)
Sabia y severamente
Con tan estrechas leyes lo refrena,
Que aman la paz por odio de la pena.
Así quando piedad el alma espera
De una afable humildad, de una costumbre
Celestialmente humilde amor figura,
Y arma de magestad su mansedumbre,
Y la dulzura della hace severa
Su viva risa tan modesta y pura,
Que mas nos amenaza que asegura:
Y así la voz al suplicar clemencia,
De temor de ofendella se detiene:
Con esta ley su posesion mantiene
En lo que ha reducido á su obediencia:
Pacífica violencia,
Quietud tirana, hacer el bien visible
En su facilidad inaccesible.
Qual la que engaña al triste á quien ondea
En la sedienta boca el agua en vano,
Sin refrescar jamas la lengua enxuta:
Busca el árbol vecino con la mano,
Que la frente le asombra y le rodea,

Para alcanzar la fugitiva fruta:
Digno castigo en este se executa,
Porque bien corresponde eterno ayuno
A la fraude inhumana del convite:
Mas ¡que en mi fe obediente se exercite!
Dioses (que con mis quejas importuno)
Si en el cielo hay alguno,
Que contra amor se atreva, á hierro y fuego
Vuelva por mí, ó apláquele con ruego.
Pero baste, Cancion: vuelve al silencio
De la antigua prision del sufrimiento:
Porque con estas voces de impaciencia
Ningun crédito cobra tu inocencia:
Y como Abril te cubre el pensamiento
De mas vivo tormento,
Por ser el tiempo en que su causa viste,
Cúbrelo tú del trage que él se viste.

## LIRAS.

Filis, naturaleza
Pide la ostentacion y los olores
Para sus nuevas flores
A la fértil verdad de tu belleza,
Y que en meses agenos
Pródigas abran sin temor los senos.
De tu cerviz reciba
Cándido lustre el de la rosa pura,
Como animar procura
Su carmesí en tu rostro la mas viva:



Den tus labios crueles
Púrpura mas soberbia á los claveles.
El cogollo mas tierno
Crezca con ambicion de formar selva
Tan firme, que aunque vuelva
A herirla por asaltos el ivierno,
Ni le marchite el frio,
Ni agravie mas sus hojas que el rocío.
Por tí con los jardines
Mas prósperos compiten estas peñas,
Que entre gramas risueñas
Te producen violetas y jazmines,
Para que de los dones
Que tu hermosura influye la corones.
Ya al favor de tus ojos,
Entre frutos pendientes el Otubre
Segunda flor descubre,
Y te ofrece esperanzas y despojos,
Porque en entrambas suertes
Anticipados regocijos viertes.
¡Mas ay! que quando inspiras
El no esperado honor con que se apresta
Para tí la floresta,
Haciendo en el vigor de quanto miras
Tan dichosa mudanza,
Mísera yace y sola mi esperanza.

## DECIMA.

Señora del alma mia,
Pareceis aurora bella,
Mas hermosa que la estrella,
Y mas luciente que el dia.
Dexad ya vuestra porfia:
No me trateis, no, tan mal,
Que deste fuego infernal
Me siento de tal manera,
Que á ser hombre, no pudiera
Sufrir la pena inmortal.

## QUINTILLAS.

Señora, si es vuestro intento
Ver lo que puedo sufrir,
Sabed que no habrá tormento
Con que llegueis á medir
El término al sufrimiento:
En la mayor agonía
Cobra esfuerzo y osadía,
Y crece quando pondera,
Que sois vos la verdadera
Señora del alma mia.
Vos sois el dueño, y el cielo
De quien la tiniebla nace,
A sombra de cuyo velo
Tal vez mi esperanza yace
Envuelta en su desconsuelo:



Mas quando luciendo en ella
Vuestro favor atropella
La escura desconfianza,
Luego á la misma esperanza
Pareceis aurora bella.
Y aurora sois de quien huye
La noche de vos vencida,
Y vuestro albor restituye
Los colores y la vida
A la region donde influye:
Y quando delante della
A descubrir su luz bella
La estrella mayor se ofrece,
A todo el cielo parece
Mas hermosa que la estrella.
Mas ¡ay triste! que en razon
De tan superior poder,
Vuestra libre condicion
No querrá humanarse á ser
Dueño de mi corazon:
Pero si á la lozanía
De la luz que el cielo envia
Excede vuestra hermosura,
Tambien es mi fe mas pura
Y mas luciente que el dia.
Cobra mi fe su esplendor
De vuestra porfia ingrata,
Pues quando con mas rigor
La persigue y la maltrata,
Hace su causa mejor:

Y pues merecer confia
Gloria en vuestra tiranía,
Permitid que la merezca,
O para que desfallezca,
Dexad ya vuestra porfía.
Mas esto ¿quién lo pretende
Contra vuestra inclinacion?
Que aun el gusto con que atiende
A doblarme la pasion,
Porque me anima os ofende:
Regid, pues, con medio igual
Esa fuerza natural
Con que obra vuestro desden:
Y á lo ménos, ya que bien
No me trateis, no tan mal.
Mas arde en fuego mi pecho
Tan implacable y tan fuerte,
Que aunque os ablandeis, sospecho
Que la enmienda de mi suerte
No lo hallará de provecho:
Siendo así, ¿de incendio tal
Qué espero? ¿Qué mayor mal
Esperara del Eterno?
¿Qué mayor del mismo infierno,
Que deste fuego infernal?
No por mejorar de vida,
Mi obstinada suerte lloro;
Pues con fe mal conocida
De vos mis daños adoro,
Sin que el esperar lo impida:



Confieso que él persevera:
Mas á vuestra ley severa
Ha mucho que lo sujeto,
Desde que acá en mi secreto
Me siento de tal manera.
Tan unido á vos me siento,
Y de estarlo tan ufano,
Que á contemplaros atento,
He dado al afecto humano
Alas como al pensamiento:
Y pues llegué á vuestra esfera
Por transformacion entera,
Que del cuerpo me desnuda,
Espíritu soy sin duda,
Que á ser hombre, no pudiera.
El amor y la razon
Guardáron sin duda en mí
Al formarme tal union,
Que para penar nací
Por suerte y por eleccion:
Y así para empresa tal,
Que es voluntaria y fatal,
Quisiera ser mas valiente,
Y para continuamente
Sufrir la pena inmortal.

## DECIMAS.

Aunque ocupen mi secreto,
Fili, fabulosas glorias,

Por verdaderas historias
Al alma las interpreto:
Y como eres tú el sugeto
A quien ella unirse aspira,
Qualquier vislumbre la admira
Tanto, que como elevada
La podrás ver humillada
A los pies de una mentira.
No porque no alcanzan bien
Los ojos lo que les falta
Para posesion tan alta
Desde el término que ven;
Sino porque tu desden,
Enemigo desta union,
No admite su adoracion:
Y así la traygo con arte
A que adore aquella parte
Que da la imaginacion.
Alegre desta manera
Tierno infante se derriba
Sobre la luz fugitiva,
Que del cristal reverbera:
Que ufano coger espera
Los resplandores cercanos;
Y aunque ve en agenas manos
El vidrio que los envia,
Desengañado porfia
En hacer esfuerzos vanos.
La imaginacion ofrece,
Liberal á sus deseos,



Los premios y los trofeos,
Que ningun mortal merece:
Y quando mas se envanece
En esta prosperidad,
Llega la cruel verdad,
Y quitale los despojos,
Hiriendo al alma en los ojos
Con molesta claridad.
No te ofenda esta clemencia,
Que tu sombra da á mis males:
Que efectos son naturales,
Amada Fili, á tu ausencia:
Y es como la Providencia,
Que aliento y riqueza entrega
Al bárbaro que la niega,
Sin perder de su decoro,
Quanto mas á mí que adoro
Lo que á parecerte llega.

## OTRAS.

Apriétame de manera
Cierto pensamiento mio,
Que quanto mas lo desvío,
Se introdudce y apodera:
¿Que no hará si persevera
En seguir su competencia?
¿Y mas si mi resistencia
Acude á paso tan lento,
Que pierde el merecimiento
La contraria diligencia?

Aunque (por decir verdad)
Tan agradable se ofrece,
Que atropellarlo parece
Villanía y crueldad:
Terrible severidad
Es esta de la razon:
¡Que arme á un tierno corazon
Contra el hijo natural!
Luego si resiste mal,
No le cause admiracion.
No hago todo lo que puedo,
Y no puedo mas hacer:
Que á la gloria de vencer
Tengo cobrado gran miedo.
Es mengua, yo lo concedo:
Mas si con fuerza lo evito,
Doyle vigor infinito;
Porque al fin he descubierto,
Que quanto mas lo divierto,
Crece porque lo exercito.
Que como al alma acompaña
Este apacible importuno,
En viendo descuido alguno,
Valiéndose dél, la engaña:
Y de tal gloria me baña
Infundido por el seno,
Que no le tuvo tan lleno
De Apolo alguna Sibila,
Como quando en mi destila
Su dulcísimo veneno.



Retrátame en la memoria
De Amarilis la belleza;
Y aquí no hay naturaleza,
Que resista á tanta gloria:
Mas si queda esta vitoria
(Por resistida) imperfecta,
Acude con nueva treta
Eficaz y poderosa,
Y píntamela piadosa,
Que es con lo que me sujeta.
Al fin viene á ser deseo
Esto que me hace la guerra,
Que derribado por tierra
Cobra fuerzas como Anteo.
Del aprieto en que me veo,
(Pues nunca inferior me vi)
Yo solo la causa fui;
Porque no fuera Dios fiel,
Si le hubiera dado á él
Mayores fuerzas que á mí.

## OTRAS.

Quando la razon tenia
Mis afectos concertados,
Le fuéron tiranizados,
Y á mi ver sin tiranía:
Porque amor que pretendia
Ser dueño del corazon,
Les mostró á Filis accion

Tan apacible y tan fiel,
Que ya no ha dexado en él
Ni un átomo á la razon.
Y luego que á la obediencia
De Filis tuvo rendidos
Con los fáciles sentidos
Los de mayor excelencia:
En lo puro de mi esencia
(A cuya luz no se atreve
Ni una nubecilla leve)
Le dedico el vivo altar,
Donde se humana á acetar
El culto que se le debe.
En esa region secreta
No tiene el engaño parte,
Ni la adulacion ni el arte,
Que á la fortuna respeta:
De la sencillez perfeta
(Diosa en esta esfera) alcanza
Mi decoro su alabanza;
Porque á merecer atento,
Exercita el sufrimiento,
Y no escucha á la esperanza.
Generosa la pureza
Se entraña aqui en las acciones,
Por quien aceta sus dones
Otra no vulgar nobleza:
Que como naturaleza
En lo esencial siempre es una,
No son de importancia alguna,



Para premiar voluntades,
Las falsas desigualdades,
Que introduxo la fortuna.
Y así con esta igualdad
(Aunque á la humana licencia
Pone Filis reverencia,
Y horror su divinidad)
Las alas de mi verdad
Por los claros ayres pruebo:
Donde con exemplo nuevo,
Propicio al sol me asegura,
En cuya luz limpia y pura
Con felicidad me elevo.
Por fértiles ya no pueden
Caber sus efectos dentro
En mi fe, y así del centro
Que los atesora exceden:
Y él, aunque mas raros queden,
Quanto ménos exteriores,
Muestra en ellos sus favores,
Atónito de que pudo
Llevar con silencio mudo
Finezas tan superiores.
Mas si en el estéril seno
Es amor quien los cultiva,
Cierto es que dél se deriva
Fruto de sazon tan lleno.
Así con humor ageno
Crecen pimpollos altivos,
Que en infelices olivos

Inxirió industriosa mano,
Y el árbol se mira ufano
De los ramos adoptivos.

## OTRAS.

Burléme (yo lo confieso)
De tus cadenas, amor:
Mas no merecí el rigor
Que padezco en ellas preso.
A mi exceso (si fue exceso)
Excede el de tu venganza:
Pues ya en mi nueva mudanza
No solo pruebo su furia,
Sino que adoro la injuria
De tu pérfida esperanza.
Si te ha ofendido la historia
De mi desdeñosa edad,
(Demas que su libertad
Fue materia de tu gloria)
Nunca es mayor la vitoria,
Que el esfuerzo del vencido:
Y tú sabes que lo he sido,
No desarmado ni huyendo,
Pues me hallaste resistiendo
Valiente y apercebido.
Y ambos podemos por esto
Fundar justa competencia,
Tú en mi grande resistencia,
Yo en lo mucho que te cuesto:



Pues para rendirme has puesto
Contra mi libre opinion
La mas alta perfeccion;
Armas, con cuyo poder
Te fuera fácil traer
Los dioses á tu prision.
El resplandor de unos ojos,
Donde tus flechas enciendes,
A cuya deidad suspendes
Los enemigos despojos:
Allí entre tus dardos roxos
Gimen corazones vivos,
Que padecen por altivos
Los efectos de tu ira;
Y porque Cloris los mira,
Se precian de tus cautivos.
Tú allí, pues tanta noticia
Tienes de mi esfuerzo, advierte
Que estimar al cauto y fuerte,
No es piedad, sino justicia:
Verás como en tu malicia
Las finezas que yo enseño,
(Que siendo de mejor dueño
No he de mostrar ménos brio)
Si quando arde el hierro frio,
Arde mas que el seco leño.
¡Mas ay! que en plazos tan largos
Esta esperanza risueña
(Aun quando los desempeña)
Obra efectos mas amargos:

Así con los ojos de Argos
El pavo al sol desafia;
Y quando mas lozanía
Muestra en las plumas lucientes,
Triste, y con ojos prudentes
Encoge su gallardía.
No trate desta manera
Tu esperanza á quien la sigue,
Sino es para que castigue
Al que sus glorias espera:
Pues quando mas verdadera
Y constante nos parece,
Recibimos las que ofrece
Los que en su fe confiamos;
Y al fin velando soñamos,
Y el desengaño enmudece.

## OTRAS.

Silvia, dos arcos te ha dado
Para tus cejas Cupido,
De ébano son (no bruñido
Dices tú, sino aserrado):
Mas ni el marfil transformado
En el honor de tu frente
Recibe sombra indecente:
Ni el de las pestañas graves
Turba en tus ojos suaves
La serenidad luciente.
Antes sus flechas envia



Con esos arcos amor;
Y el vecino resplandor
Es su aljaba ó su armería:
En ellos la diestra impía,
De rendir no satisfecha,
Las puntas de oro pertrecha
De cierto rigor tan vivo,
Que es ya un rayo vengativo
El cuento de cada flecha.
Ese casto ardor sereno,
Que el alma en tus ojos puso,
Yerve en las flechas infuso,
De clemencia y de ira lleno:
Que ambas fuerzas desde el seno
Tu ardiente luz les inspira,
Quando á su instancia las mira,
Para que obre mas estragos
La clemencia con halagos,
Que con desdenes la ira.
Que el golpe de un desden claro,
Aunque atormente, no injuria;
Pues no es descortes la furia,
Que nos previene al reparo.
Mas ¿quién prevendrá un tan raro
Género de rendimiento,
Si lo advierte el mismo acento,
Que halaga con la bonanza,
Animando la esperanza
Con mengua del sufrimiento?
Así el favor nos oprime,

Silvia, en tu vista risueña,
Mas que quando nos desdeña
Desde su altivez sublime.
¿Quién no yace ó quién no gime
A tu libre condicion?
Tragedia es y adulacion,
Que, en fe de sí misma, atiende
A la crueldad, que pretende
Que la llamemos razon.
Di que es crueldad, no la dores;
Que la razon no ha de hacer
Ministro al mismo placer
Del mayor de los rigores:
Como áspid entre las flores
Nos da la muerte escondida,
Para que asalte la vida,
Quando en tu gracia inhumana
Se entretiene mas ufana,
Y ménos apercebida.
Silvia, no mas considera
Si es bien que luego comiences
A conservar lo que vences,
Porque tu gloria no muera;
Cayga la piedad severa,
Con que ha tanto que fulminas
Desde esas luces divinas:
Que no es gloriosa vitoria
La que encomienda su gloria
Al horror de unas ruinas.



## DECIMA.

Dulce Señora, no hallar
Fiel vuestra bala quisiera;
Pues, siendo verde y de cera,
Me previene á no esperar,
Porque escondeis el azar
En lo hueco de lo verde:
Para que con él me acuerde,
Que con esperanza vana
Quanto en lo exterior se gana,
En lo sustancial se pierde.

## REDONDILLAS.

Bella Amarili, entre tanto
Que con tu valor preparas
A tu nombre templo y aras,
Y al mundo agradable espanto:
No te desdeñes si tiento
Con desigual instrumento
El curso de tu alabanza,
Aunque á tan grande esperanza
No corresponda el acento.
Mira bien que muchas veces
Dios se adora en pobre techo,
Y que aumenta su derecho
La parte en que le pareces:
Pues con este exemplo enseña,

Que es verdad que no desdeña
(Puesto que él alumbre el cielo)
Al que acá con puro zelo
Le ofrece una luz pequeña.
Para que el mundo merezca
Gozar el sol de tu nombre,
Será bien que yo lo asombre,
Y mi verso lo escurezca.
Y si divina piedad
Dispone tu voluntad,
Concede á la humana vista,
Para que tu luz resista
Mi piadosa escuridad:
Que aun aqueste velo escuro,
Haciendo su propio efeto,
Lo trocará de imperfeto
En resplandeciente y puro:
Como quando el sol embiste
Una nubecilla triste,
Que él se cubre y descolora,
Y ella se inflama y se dora
De los rayos á quien viste.
Y si tienes por mejor,
Porque nadie ose mirarte,
Soltar tu luz, y ocultarte
Con tu mismo resplandor:
Es exceso, y mas conviene
Que se corrija y refrene
El deseo temerario
Con el poder ordinario



Que en sí tu belleza tiene.
El que se atreve á esperar,
(Si tu modestia lo admite)
Sepa como no permite
Ni un pensamiento vulgar.
Premie y castigue al que mira,
Hagan la risa y la ira
Tu mansedumbre severa,
Sin saber de qué manera
Se comunica y retira:
Que como tu perfeccion
Es hecha de extremos bellos,
Fue menester disponellos
Con notable proporcion:
Y así con volver los ojos
Nos das y quitas despojos,
Con justicia y con clemencia,
Infundiendo reverencia
En los humanos antojos.
Así yacen confundidos,
Donde esperáron victoria,
Cebados de aquella gloria
Que prometen tus sentidos.
Pues quando ellos dan indicios
Favorables y propicios,
Se aleja mas la salud,
Porque es tu grande virtud
La que les da sus oficios.
Tal es la parte sensible,
Que la de mas importancia

A toda humana elegancia
Se presenta inaccesible:
Mas quien saberlo desea,
(Para que en algo la vea)
Considere la belleza,
Quando la naturaleza
La trazó en su misma idea.
Está en sus colores varia
Divinamente encendida,
En su variedad unida,
Y en su misma union contraria:
Qual paloma, que en el cielo
El sol en medio del vuelo
Ya la dora, ya la esmalta,
Y de muy luciente y alta
Burla los ojos del suelo.

## OTRAS.

Mil quejas, Niña, me has dado,
De que pues te quiero tanto,
Porque en mis versos no canto
Tu hermosura y mi cuidado.
Y por lo que á tu valor
Con humildad reverencio,
Llevo mal que mi silencio
Se interprete á desamor.
En la mano tengo excusas,
Que (siendo tú misma el juez)
Apostaré que otra vez



Ni te quejas ni me acusas.
Primero los pies te beso
Por el favor desta queja,
Pues bien entender se dexa,
Que me haces merced en eso.
Yo, amiga, en esto de versos
Soy escrupuloso mucho:
Que ni los leo ni escucho,
Si no son cultos y tersos.
Continuados y enteros,
No como los que al principio
Son los primeros de ripio,
Por lograr los dos postreros.
Y por no los hacer tales,
Me retiro como sabio,
Que no quiero hacer agravio
A tus prendas ni á mis males:
Demas, que (aunque los hiciera
Mejores que Garcilaso)
Sospecho que en este caso
Tampoco te obedeciera.
No porque no sea muy justo
Que tu nombre en versos ande,
Mas porque el peligro es grande,
Y muy abreviado el gusto.
Huya quien de veras ama
Destas burlas peligrosas,
Que no es bien poner sus cosas
En la boca de la fama.
Vamos buscando mil modos

Para deshacer sospechas,
Y apénas quedan deshechas
Con usar muy bien de todos.
¿Y por un gusto liviano
De seis consonantes juntos,
En maliciosos barruntos
Pondré firmas de mi mano?
Yo sé lo que estos errores
Han dañado á los Poetas,
Por no tener muy secretas
Aficiones y favores.
Guarda el otro su secreto,
Sin querer en él testigo:
Encúbrelo de un amigo,
Y dícelo en un soneto.
El contento descubierto
Pierde la gracia de raro:
Demas que el hacerle claro
Es furor y desconcierto.
Por una parte me glorio
Que nadie me sabe un brinco;
Y por otra con ahinco
Convido á ver mi escritorio.
¿Quieres que los de tu casa
Hagan sus sospechas ciertas,
Y que ventanas y puertas
Cierren al ayre que pasa?
Pues ¿qué será mejor, loca,
Vernos los pasos tomados
Con clavos y con candados,



O echármelos yo en la boca?
No, no: callemos, amiga,
Que el remedio mas perfeto,
Para que dure un secreto,
Es que ninguno lo diga.
Y en este punto rezelo
De enviarte este papel;
Y si has de ser poco fiel
A tí misma, romperélo.

## ROMANCE.

No debe á Mayo las flores,
Ebro, esta vez tu ribera,
Sino á la luz que despiden
Los ojos de Silvia y Celia.
Saliéron de la ciudad,
Por vestir de honor las huertas,
Que tus márgenes adornan,
Y en tu corriente se espejan.
Las almas que el esplendor
De su hermosura contemplan,
Reciben de su virtud
Otra interior primavera.
Volviendo al campo los ojos
Le convierten en floresta:
Súbitas nacen las rosas,
Los claveles, las violetas.
Mas quando al árbol gentil
Lasciva abraza la yedra,

Lo confunden con jazmines
Entretexidos apriesa.
La honestidad los produce,
Que en las dos ninfas severas,
No permite que un exemplo
De posesion se parezca,
Porque á ningun trofeo
Aspiren la esperanza ni el deseo.

## SONETOS.

Mírame con piedad, y arda el cometa,
Filis, que agora pálido nos mira:
Que á quien tus ojos muestra amor sin ira,
¿Quál término fatal no le respeta?
Y absorto (que es lo mas) en la secreta
Felicidad que aquel favor le inspira,
Ni de amenaza superior se admira,
Ni en dudosos prodigios la interpreta.
Destos bienes elévame al segundo,
Que al primero no aspiro, aunque me libre
De la alta indignacion que arma el portento.
Su infausta luz contra los cetros vibre,
Y como dexe en paz mi arrobamiento,
Vierta discordia, y descomponga al mundo.



II.

¿Quál mérito aspiró, Filis, á tanto
(Si no fue remitiéndose á la suerte)
Como me ofreces hoy, con ofrecerte
Para sugeto de mi humilde canto?
Ya con súbitas alas me levanto,
Pues tu favor en cisne me convierte,
Para hacer á la envidia y á la muerte
Gloriosa injuria y apacible espanto.
Cantaré como arroja en tu hermosura
Divinidad el alma, y como inspira
En todas tus acciones influencia:
O como en tu mirar muestra la ira
Tanta conformidad con la clemencia,
Que no sé si amenaza ó asegura.

III.

Estas son las reliquias saguntinas,
Injuria y gloria al sucesor de Belo,
Quando en fábrica excelsa las vió el cielo
Al orbe, orígen de la luz, vecinas.
De yedra presas yacen y entre espinas,
Con que sus riscos arma el yerto suelo;
Y hoy libran la venganza y el consuelo
En la contemplacion de sus ruinas.
Sagunto precia mas verse llorada
De la posteridad, que si á Cartago
Con propicia fortuna leyes diera.
¡O tú! que sobrevives al estrago,
Cándida fe, procura que yo muera,
Si amor me tiene igual piedad guardada.

IV.

De antigua palma en la suprema altura
Con los sacros olores del oriente,
Para su parto y muerte juntamente
Hace la fenix nido y sepultura.
Mueve las alas para arder segura,
Que el fuego á su esperanza está obediente;
Y así sus llamas fieles mas luciente
La restituyen á la edad futura.
Desta manera en la sagrada palma
De vuestro alto valor arder presume
Mi pensamiento alegre entre sus ramas:
Que vuestro ardor da vida al que consume;
Y así no es temerario el que á sus llamas
Entrega el gran depósito del alma.

V.

Hago, Fili, en el alma estando ausente
Para hablarte animosas prevenciones;
Y tú con un mirar las descompones:
Yo enmudezco turbado y obediente:
Mas es mi turbacion tan eloqüente,
(Efeto destas fieles turbaciones)
Que aquella voz que huyó de mis razones,
Persuade en los ojos y en la frente.
Claro está que si sientes ablandarte,
Para poner á mi verdad en duda,
Ni te queda licencia ni derecho.
Para esto amor de ornato las desnuda,
Que introducir piedad, Fili, en tu pecho
No puede ser jurisdicion del arte.



VI.

Ya el oro natural crespes ó extiendas,
O á componerlo con industria aspires:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Quando libre á tus damas lo encomiendas.
O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O baxo hermosas plumas lo retires,
Y el trage varonil fingir pretendas:
Búscate á Adonis por su Venus ántes:
Por su Adonis te tiene ya la diosa;
Y á entrambos los engañan tus cabellos:
Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ambos, y de zelos dellos.

VII.

Visto has, amor, que no el rebelde brio
De afecto natural, ni la violencia
De belleza exterior á tu obediencia
Reduxo al libre pensamiento mio:
Hasta que con mas noble poderío
La razon allanó mi resistencia;
Y por su autoridad, y en su presencia,
Juró tu servidumbre mi albedrío.
Mas aunque la prision que arrastro suena,
Y ufana mi eleccion sostiene el peso,
No se oye, ó no se admite, ó se aborrece.
Adorna tú los méritos del preso,
Pues su verdad desnuda no merece
Que Cintia quiera asir de la cadena.

VIII.

¿Quién me dará jazmines y violetas
Para ceñir á un vencedor las sienes,
Que convirtió en halagos los desdenes,
Donde amor despuntó tantas saetas?
¿Diosa ocasion, produces tú, ó sujetas
El principio fatal de nuestros bienes?
Rendiste á Clori; omnipotencia tienes,
Y son ministros tuyos los planetas.
Rendísteme de asalto repentino
(Con fraude por el mismo amor trazada)
La fuerza en que encerró toda su gloria.
Que él nació de hurto, y la traycion le agrada:
Yo vine, vi, y vencí: mayor vitoria
Que dió el Oriente al vencedor Latino.

IX.

Viéndome Fili en manos de la muerte,
Heroycamente se movió á clemencia;
Y á su altivo decoro dió licencia
Para inclinarse á remediar mi suerte.
Sintió el sugeto de poder mas fuerte
Que el natural, la dulce violencia,
Que amor en el crisol de la experiencia
Los accidentes en salud convierte:
Si ya no huyéron, Fili, de la gloria
Que allí viéron salir de tu belleza,
Que en su presencia todo es luz y vida.
Atónita quedó naturaleza
Contra sus mismas leyes socorrida,
Y preciándose amor de la vitoria.



X.

Suelta el cabello al céfiro travieso,
Para que recompense ¡ó Cintia! un rato
De los muchos que usurpa el aparato,
Que le añade, no gracia, sino peso.
¡Quanta mas luz, que coronado ó preso,
Nos descubre ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
Respondió al arte con tan gran suceso.
A cabellos de mal seguros Reyes
Ofrezcan ambiciosos resplandores
Las ondas y las minas del Oriente.
Los tuyos, ni los crespes, ni los dores;
Y pues creciéron en tan libre frente,
Imiten su altivez, no guarden leyes.

XI.

Quando me miras, Clori, de luz lleno,
Horizonte á tus ojos me figuro:
Tu sol influye en el afecto escuro,
Si influye en el espíritu sereno:
Y quando altos reflexos dentro el seno
A la luz eficaz volver procuro,
Bien corresponde lo luciente y puro,
Pero exhala sus nieblas lo terreno.
No sola tu vista entónces, sino aurora
Su vapor imperfecto desvanece:
Mas si tal vez se esfuerza á formar nube,
A pesar de sí misma resplandece;
Porque en el punto que á tu esfera sube,
Tu noble resplandor la inflama y dora.

XII.

Tajo, producidor del gran tesoro,
(Si á la fama creemos) cuya arena
De zafiros y perlas está llena,
Tus aguas néctar, tus arenas oro:
Tú, pues, acrecentado con mi lloro,
Serás testigo de mi amada pena,
Como, sujeto á lo que amor ordena,
Buscando vida, á quien me mata adoro:
Quando mi pastorcilla en tu ribera
Busca las conchas que creciendo arrojas,
Y con su blanco pie tu orilla toca,
El bien que gozas, agua lisonjera,
(Que al fin lo has de besar, pues que lo mojas)
Lo usurpas al oficio de mi boca.

XIII.

Ese páxaro, Cintia, que del hielo
Huye á tus manos, y con osadía,
Quando le sueltas, á volver porfia,
¿Dónde aprendió la fe de nuestro zelo?
Ella le encaminó al segundo vuelo,
Y así obligado á tan zelosa guia,
Ni al nido volverá, por mas que el dia
Aclare el ayre, que le turba el cielo.
¡O paxarillo fiel! pues nos igualas
En ese afecto, que tan vivo tienes,
Si te dan libertad, vuelve á entregarte.
Vuelve á buscar la gloria en los desdenes,
Pues dos veces amor, para animarte
A un vuelo tan feliz, te dió sus alas.



XIV.

Debaxo de una alta haya Melibéo
Retrataba á Faeton en el cayado
De aquel rayo de Júpiter pasado,
Que dió fin á su altísimo deseo.
De la otra parte pinta el caso feo
(Despues de haber al mundo amenazado)
De Pompeyo en la barca degollado
Por obra del ingrato Ptolomeo.
Y viendo sus pinturas acabadas,
Les dice á las figuras valerosas:
Tercero me hiciéron mis querellas;
Y el mundo os tiene envidia, almas preciadas;
Pues ya que no acabamos grandes cosas,
Morimos en la fe de acometellas.

XV.

De la union, Silvio, con que amor prospera
O endiosa nuestras almas, el conceto
Que la esperanza forma, es tan perfeto,
Que la opresion del yugo le aligera.
Y así quien ama, y dice que no espera,
Por ostentar mas fe al amado objeto,
A su interior verdad pierde el respeto,
Sin cuyo alivio ni alentar pudiera.
Bien que si generosa en la tardanza
(Miéntras que en gloria no se le convierte)
A finezas mas nobles le convida,
Sufra y espere, mas con ley tan fuerte,
Que, aunque le falte esfuerzo, no le pida
Jamas el sufrimiento á la esperanza.

## XVI.

Amor, si de la parte mas perfeta
Jamas mi sol su viva luz retira,
En vano Filis con piedad me mira,
Y enciendes en sus ojos tu saeta.
No como yo lució sobre el Oeta
El héroe que amó tanto á Deyanira,
Ni la cumbre de Olimpo está de la ira
De los rayos y vientos mas quieta.
Y así como halla encima de su altura,
Quando por religion sube, la gente
Las cenizas de antiguos sacrificios:
Fili hallará guardados altamente
De mi primero amor sacros indicios
Con fe y tranquilidad serena y pura.

## XVII.

Ya resplandece en mí como nativa,
Laura, tu candidez, no como agena,
Que el indómito afecto me serena,
Y sus errores generosa y viva.
Así del claro Polux se deriva
La que sosiega al mar, y al euro enfrena,
Para que del honor fraterno llena
El tenebroso Cástor la reciba.
En virtud, pues, de amor tan noble y fuerte,
Que, á pesar de asechanzas naturales,
Lo mas terreno en celestial convierte,
Preciémonos de amantes celestiales,
No reconozca al tiempo, ni á la suerte
La union de dos substancias inmortales.



## XVIII.

Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe
Al que de dos substancias desiguales
Tan superiores forma los mortales,
Que es cada qual un dios de un mundo breve:
Y que este honor le obliga á que se eleve
Sobre el ser de las obras naturales,
Y asaltando esas máquinas fatales,
Viva unido á la causa que las mueve:
Y soy con esto á quien tu amor desvia
Del uso deste gran conocimiento
Por la divinidad de tu hermosura:
Y á venerarte vive tan atento,
Que gime, si tal vez se le figura
Que puede tener fin su idolatría.

## XIX.

Amor, que en mi profundo pensamiento
Sus nobles fuerzas aprestadas tiene,
Tal vez armado hasta los ojos viene,
De donde á los de Cintia lo presento.
Mas ella opuesta al raro atrevimiento,
Para que en lo futuro se refrene,
Aquella risa, aquel favor detiene,
Con que suele aliviar el sufrimiento.
Huye á su centro el dulce dueño mio
Temeroso y cortés, que no hay sugeto
Que contra sus desdenes muestre brio.
Yo deste rayo, no por el efeto
Que en los mortales hace, me desvío,
Mas porque sirve á celestial preceto.

## XX.

Huyo de tí, y á tus umbrales llego
Como tu infieles, Gala, y temo hallarte:
Triste, que busco en los peligros parte
Fiel y segura para mi sosiego.
Puédenlo ser tus fraudes, no lo niego;
Mas viéndote, ¿quién pudo desamarte?
Ya mis nuevas defensas quito al arte,
Y á tu pérfido antojo las entrego.
Yo moriré quejoso, y tuyo, Gala,
Habiendo sido fábula increible
De fe indiscreta y vergonzosa pena.
¡O justicia de amor, que no es posible
Avenirme contigo, aunque seas buena,
Ni dexarte de amar, aunque seas mala!

## XXI.

Su cabello en holanda generosa
Fili enxugó, imitando al real decoro,
Con que orna su tocado persa ó moro,
Bárbara infanta, ó preferida esposa.
Notando mi atencion la inculta hermosa,
Libró del lino el húmedo tesoro,
Y suelto en crespas ondas cubrió el oro
La cerviz tersa, que encendió la rosa,
Y el pecho, en que de pura leche iguales
Forman sus dos relieves paraiso,
Donde benigna honestidad se anida.
Yo no sé si premiar ó matar quiso,
Que ambos objetos dan veneno y vida,
Avaros de su gloria y liberales.



## XXII.

Fili, en tus ojos mi atencion respeta
(Antes adora) aquellos altos fines,
Que, ya su vaga luz tiendas ó inclines,
Muestran furor de indignacion secreta.
Así el tirano en pálido cometa,
Que horrendo vibra prodigiosas crines,
Donde rayan sus lúcidos confines,
Amenazas y estragos interpreta.
Mas pues ya la piedad vence al destino,
Y el mismo horror en la severa lumbre
Descubre al justo ostentacion propicia:
Anúncienos tu rostro mansedumbre,
Que nunca por benigna la justicia
Se contrapuso al disponer divino.

## XXIII.

¿Contra qué entrañas de piedad desnudas,
Niño impaciente del sosiego ageno,
Las flechas inficionas de veneno,
Y cuerda infatigable al arco añudas,
Si el blanco he sido de las mas agudas,
Y ando de sabias experiencias lleno,
Desde que herido en limpia edad, del seno
Inexperto vertí lágrimas rudas?
Precia mas que tus xaras descorteses
Tantos exemplos de mi fe, y no quieras
Que la altivez de Cintia las derribe.
¿Así destruyes lo que amar debieras?
¿Qué agricultor las hoces apercibe
Resuelto de pegar fuego á sus mieses?

## XXIV.

Con dura ley tu halago nos aprieta,
Cintia, que en fe de que á esperar nos mueve,
Descubre en tí, que ni una gloria breve
Quiere que el mas valido se prometa.
Así á la flor, que en real jardin secreta,
Ni el huesped raro, ni el cultor se atreve,
La lluvia, el sol, y el mismo soplo leve,
Que juega con sus hojas, la respeta.
¿Quál prevencion podrá evitar los daños,
Que obran en las clemencias y favores
Lo mismo que en desdenes y en mudanzas?
No mas, benignidades exteriores,
Pues quando me animais con esperanzas,
A mejor luz os hallo desengaños.

## XXV.

Si amada quieres ser, Lícoris, ama:
Que quien desobligando lo pretende,
O las leyes de amor no comprehende,
O á la naturaleza misma infama.
Afectuoso el olmo á la vid llama,
Con ansias de que el néctar le encomiende,
Y ella lo abraza, y sus racimos tiende
En la favorecida agena rama.
¿Querrás tú que á los senos naturales
Se retiren avaros los favores,
Que (imitando á su autor) son liberales?
No en sí detengan su virtud las flores,
No á su benignidad los manantiales,
Ni su influxo las luces superiores.



## XXVI.

Si el alma sus afectos desordena,
Justo es que tu desden sienta, Licina;
Pero si á venerarte los inclina,
¿Por qué la infamas con la misma pena?
Dirás que no se sigue, que si truena
Júpiter, y con llama repentina
Tal vez sus mismos templos arruina,
La adoracion de su deidad condena.
Sí; pero es bien que mi interior respeto,
Para que tus desdenes no la infamen,
Lo exâmines primero á tu albedrío;
O remíteme á mi el sutil exâmen
De si ardió ó si esperó, que á riesgo mio
Yo me sabré avenir con mi secreto.

## XXVII.

El nombre ¡ó Cintia! que en el tiempo dura,
Que estima jaspes, y epitafios ama,
Adoraréle yo, si en sacra llama
Cobra esplendor para la edad futura.
Que ya, sin esperar mi sepultura,
Con opinion anticipada fama
A la prudente sencillez inflama,
¿Quién sabe si á la horrenda envidia apura?
Trocadas, pues, las veces en mi suerte,
A mis posteridades sobrevivo:
Mas si en tu aprobacion no me renuevo,
Del culto de las artes ¿qué recibo?
A la naturaleza ¿qué le debo?
¿Qué importan las promesas de la muerte?

## XXVIII.

Tanto ha podido un pensamiento honesto
Ilustrado de aquella virtud pura,
Que ha vuelto racional la parte obscura,
Y su deleyte lícito y modesto.
El cuerpo frágil admirado desto,
Ya noble con la noble vestidura,
Como el villano está, que por ventura
Se ve de toga consular compuesto.
En esta paz, que con el alma ha hecho,
(Ya mi interior república quieta)
En nuevo siglo de oro me recreo.
Que la razon tiene amistad perfeta
Con los afectos dentro de mi pecho,
Y por eso es tan noble mi deseo.

## XXIX.

Ha llegado mi fe á tan raro extremo,
Fili, que quando aspiro á descubrilla,
Porque la guardo para tí sencilla,
El lustre infiel de la eloqüencia temo.
Purpúrea se nos muestra en lo supremo
Del ayre á varia luz la palomilla,
Y quando el mar sus ímpetus humilla,
En el agua parece corvo el remo.
Pues si la misma claridad añade
Tal fraude á la ilusion, que por un rato
La vista humana de las formas duda,
¿Obligaréme al peligroso ornato?
¿Qué mayor bien que la verdad desnuda,
Si con su desnudez te persuade?



## XXX.

Vuelve del cielo al peso que le oprime,
Mi espíritu, si en rapto se divierte
Deste inferior distrito de la muerte,
Donde en sus graves eslabones gime.
Vengo, dice, de ver la ley sublime,
(No arbitrio vago de improvisa suerte)
Que acá encubierta en mansedumbre fuerte,
Su accion en ambos términos comprime.
Y así, pues Filis (émulo divino)
Con benigna eficacia la exercita,
Ya no mas diversion de sus desdenes.
Esfuérzate á esperar que los remita,
Que no por sed de peregrinos bienes
Te han de ver las estrellas peregrino.

## SATIRA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me dexa de manera,
Que no sé si te llore, ó si me ria.
Quando eras fabulosa y lisonjera
¿Usáras de un estilo y de un lenguage,
Que tanto á tu opinion contradixera?
Superior patria, y superior linage
Te engendró, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedage.
Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme, que siga aquel cuidado,
Que ella en los mas pacíficos alaba.

¿Quándo á pleytos me viste aficionado,
En el estruendo judicial suspenso
Entre el Procurador y el Abogado?
¿O quándo de mohatras cargué un censo?
¿O cobrar usurario en las kalendas?
¿O sahumar á Mercurio con incienso?
¿Yo embarazarme en cambios ó en contiendas?
¿Por qual razon? Ni en tu gentil Parnaso
Creciéron por litigio las haciendas.
Quédate, Musa, en paz. A paso, á paso,
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que mas capaz estés del caso.
Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos,
Para decir malicias y desdenes,
Quando sus dueños (todo el año bravos)
Sufrian en Diciembre las injurias
Y apodos de sus Getas y sus Davos.
Pero tengo experiencia de tus furias,
Que agora tratas con oprobrio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.
¿Ya te aplacaste? pues escucha, y precia
Estos consejos, que te harán mas rico,
Que los suyos neutrales á Venecia.
No entiendas que á las fraudes te dedico
De los negocios, ni para que aprehenses
Las leyes justas con sentido inico:
Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias: ni á esgrimir sus artificios,
Para que siempre en sus astucias pienses.



Ni á Italia has de pasar por Beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ó obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona,
Tan pacífico en sí, como en el mapa:
Que si Micer Pandolfo trae corona,
Y Prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Qual Simon le ayudó, Mago, ó Barjona.
Ya ni en sí mismo, ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgorán en su espaciosa nave.
Si tú por estos términos medraras,
¡Qué bascas, qué visages y figuras
De puro escrupuloso nos mostraras!
¡Qué fuera ver nuestro curial á escuras
Tropezar cada paso en infinitas
Amenazas, papeles y censuras!
Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante
Sobre todas las leyes que hay escritas.
Ni contra el Scita Augusto de Levante,
Quiero que Reyes juntes y esquadrones,
Porque tu ingenio se nos muestre Atlante:
Que á mí risa me dan sus digresiones,
Y el lenguage sin pies desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.
Y si, doliéndome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido,

No te hago mercader, aunque ya entiendo
Qué hay de tu profesion en este abismo,
A quien, por ser qual es, no reprehendo.
Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobraras obligado
A vivir con las reglas del guarismo:
Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos,
Hubieses de poner zelo y cuidado.
Ménos vulgares son mis pensamientos:
Que la cumbre mejor, á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.
No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su maestro, al Livio, ni al Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito:
Como las doctas noches de Aulo Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fe de Lelio.
Ni otros muchos, que á drede no refiero,
Filósofos de honor, ó historiadores
De precepto ó exemplo verdadero.
Y quando entre mas cultos escritores
Transformado en abeja en nuestro monte
Te pluguiere pacer sus varias flores:
Píndaro, Lino, Orfeo, Anacreonte
Y los Homeros andarán contigo,
Que Arquíloco refiere y Xenofonte.
Enio, de empresas arduas fiel testigo,
El gran Virgilio con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo.



El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibúlo, el Catúlo con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.
Ni te desplacerán en este tercio
Quatro ó cinco modernos admitidos
No sin bastante causa á su comercio.
Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo bien te advierto,
Que al gusto en lo mejor tires la rienda,
Y pongas en el tiempo buen concierto.
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.
Y perdone Platon, miéntras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,
Si con cavilaciones la embaraza.
Y quando sin lesion de la conciencia
Subir puedes la renta, que la subas
Con prudencia: que agora (y por prudencia)
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar, ¡ó gran Setiembre! de tus uvas.
Nuestra filosofía anda pidiendo
Limosnas en el hábito escamada,
(Digo en trapos cosidos de remiendo):
Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes
Esqueleto de seca y descarnada.

Y la que soltó al ayre las mercedes,
Que el insigne Alexandro le ofrecia,
Les arma agora cautelosas redes.
Pues ya que para sí no las queria,
¿Para otros fueran malas? ¡O soltura
Impropia de sagaz filosofía!
En efeto lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque María insista en la mas pura.
Bien que, pues son hermanas, y sin pena
Se avienen entre sí, muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.
Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,
He dexado ternuras y concetos,
Algun rico buscando á quien herede.
Para verificar estos preceptos,
¿Qué exemplos te daré de nuestra gente?
¿De sus reynos perdidos y sujetos?
Grecia, de letras llena y eloqüente,
Por el ocio filósofo obedece
Al fiero arquitirano del Oriente.
Sus Déspotas y Príncipes parece
Que truxéron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.
Quando nacia voluntario el trigo,
(Que el manejar arados ignoraban)
Era el trato pacífico y amigo:
Sin leyes la justicia veneraban;
Y con tal sencillez eran fieles,
Que á sus Reyes por dioses adoraban:



Bien que á sombra de un árbol rudas pieles
De fieras eran todos sus arreos,
Tronos, tapicerías y doseles.
¡Mas ay! que en esta paz nuestros deseos,
De la razon suprema desviados,
Solo ganaban palma en sus museos.
Fulminaban los bronces asestados
Del scita poderoso á sus murallas;
Y ellos, ni del estruendo alborotados,
El uno componiendo sus medallas,
O estudiando sus cifras y reversos,
Muy previsto sin fruto en antiguallas;
Perdido el otro por sus propios versos,
O atento el matemático á su esfera,
Imaginaba círculos diversos.
Nadie ponia al pueblo ley severa,
Para atajar sus furias y tumultos,
Con que la paz universal se altera.
Ninguno castigaba los insultos:
Notorios todos; porque la insolencia
No los guardaba en el silencio ocultos.
Faltaba en el gobierno diligencia,
Y á los Príncipes todos la divina
Lumbre de la comun correspondencia.
Que el valor que en blanduras se efemina,
Con detrimento cierto de las cosas
Públicas, él ministra su ruina.
Y así quando las armas rigurosas
Del turco executaban crueldades,
A los bárbaros mismos lastimosas,

Nadando en sangre humana las ciudades,
(Que su horrible cuchillo no respeta,
Ni entónces respetó sexôs ni edades),
Vieras nuestra nobleza mas quieta
Que el ocio mismo; bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta:
No, no sobre los muros animando
A la atónita plebe, que confusa
Perecia, sus nombres invocando.
¿Puédenos Grecia dar bastante excusa,
Sino la que Arquimedes dar pudiera,
Quando ganó Marcelo á Siracusa,
Que saqueando la ciudad la fiera
Legion, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compas de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del romano el súbito ruido?
Pregúntale: ¿quién eres? Mas él falto
De voz para nombrarse, sordo y ciego
De puro atento, y no de sobresalto,
No borres estos círculos te ruego,
Dice al bravo romano, el qual creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego,
Pásale por el pecho el yerro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos muriendo.
Dirán que la omision del Occidente,
Y la que hoy dura en los septentrionales,
No fue de nuestro sueño diferente:



Y es la verdad, que Hungría en los umbrales
Miraba la tragedia; y en Polonia
Andaban por formar su Rey parciales.
Austria, Bohemia, Cleves y Saxonia
Fuerzas mostraban; pero divididas,
Y aun en la religion y ceremonia.
Pues las otras regiones esparcidas
Baxo los septentriones, no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.
De las demas acá brindaba Flandes,
Y con fin ya de zizañar la crisma,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.
No pudiendo caber Francia en sí misma,
Ocupaba otros reynos; Inglaterra
Alegre retozaba con el cisma.
No le convino á España nueva guerra:
Mas quando la aprobara, ¿en quántos dias
O siglos arribara á nuestra tierra?
¿Y tú entónces, Italia, en qué entendias?
Di tú: en armar y desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mias;
Y por vengar los odios ciudadanos,
Tratar sin fe mis ligas temerarias
Con fraudes y con pactos inhumanos.
Llamaba las naciones mas contrarias,
Pródiga del esfuerzo ántes robusto,
Exercitando sus crueldades varias.
Porque allí con el pacto mas injusto
Del orbe, mis magnates se ligáron,
Como Antonio con Lépido y Augusto.

Al fin, todas discordes nos miráron,
¡O imperio fiel! si entónces te juntaras,
Como tus enemigos se juntáron,
¡Qué tirano comun no atropellaras!
Es cierto que con próspera venganza
En sus reynos el tuyo dilataras;
Y tiemblas hoy debaxo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudoso entre el temor y la esperanza.
Pero salgamos de este laberinto,
Que la cuerda que atamos en la entrada,
Faltará en el horror mas indistinto.
Y tú, si vida anhelas descansada,
Acomódate al trato humilde y llano,
Cesa de la divina y retirada.
No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegisto, que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano:
Que la fortuna, ó no reparte cosa,
Sabiendo á quien la da, sino así á bulto,
O hasta que se le quita, no reposa.
Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la freqüentan, si imaginas
Que la traerás á tí, viviendo oculto:
A turbia luz la condicion le atinas,
O esperas que otra excelsa Providencia
Te cargue de riquezas repentinas.
Agráviate en justicia y en prudencia,
Quien piensa que, de justo ó presumido,
Esperas en la fe de tu conciencia,



Que otro Habacuc de un pelo suspendido
Te trayga los manjares por el viento,
A punto, sin tardanza y sin olvido.
Así que, muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exhorte,
Que animes tus acciones con aliento,
Siguiendo dellas la que mas te importe,
Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó si te place, á nuestra corte.
Estudios tienes, Príncipes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos goces;
Y esto sin fraudes y sin simonías.
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y quan ingratamente desconfias?
Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dexas,
Diremos que el descanso te acobarda.
Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responderme, y rato ha que te veo
Morder los labios, y arquear las cejas.
Señal, ¡ó Euterpe! que con el deseo
Que muestras de mi bien con animarme,
Mas que con el consejo me recreo.
Di, ¿qué quieres que haga? ¿he de formarme
De nuevo? ¿he de alquilar inclinaciones?
¿O puedo de las mias despojarme?
Que puesto que á lo activo me aficiones
A costa de mi genio; es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.

Mas fácilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el yelo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,
Que pueda yo (y perdone tu buen zelo)
Ser industrioso y ágil como dices,
Contra la inclinacion que me dió el cielo:
Y los que le resisten infelices,
Quando de ocupacion tan importuna
Cargan el grave yugo á sus cervices,
El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados,
Como á Vénus, ó á Juno, ó á la Luna:
Que á sus cisnes ó pavos enfrenados,
En mi opinion serán los pretendientes
Con metáfora propia comparados.
¿Pues querrás ver mis alas obedientes?
¿Que sufra su coyunda, y tasque un freno,
Aunque lo forje de oro, entre los dientes?
El pasage de Roma no condeno:
Mas, si no para risa de curiales,
¿Para qué seré yo en Italia bueno?
Porque en vez de afilar los memoriales,
Para herir los datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales,
Curioso me verias inquiriendo
Donde fue el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo:
En quál foro se dió al odioso imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio:



Donde hizo el buen Camilo resistencia
Al Senado inconstante; y en qué parte
Cedió Papirio á la comun violencia:
Los circos, los teatros donde Marte
Tantos émulos vió como varones,
Para cuya alabanza es muda el arte;
Y adonde yacen de los dos Cipiones
Las venerables casas (hoy ruinas),
Templos de tantos bélicos blasones;
Y en las tierras fructíferas vecinas,
Taladas por el pérfido africano
Hasta las tusculanas y latinas,
A quáles perdonó la astuta mano,
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y exército romano.
(Mas él vendiólas como fiel y sabio,
Y libró con el precio muchos presos,
Y convirtió en su crédito el agravio.)
Pedazos de arquitrabes y de fresos
Andaria notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos.
Y el ánimo inflamando en esta historia,
Lo libraria del tiempo que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.
Pues voyme á nuestra corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su trage
Madama Hipocresía me socorre.
Entro en la variedad de su lenguage:
Pídoles agua, y danme cal ó arena;
Y sufro bien este primer ultraje.

Quiérome retirar; mas la sirena
Por voz de algun ministro me detiene,
Quando entre dulces esperanzas suena.
Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro; y quando viene, danos cosa,
Que ni arma á vuestro talle ni os conviene:
O por ser desigual ó vergonzosa,
O para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa,
Tan alta que dará cuidado á Palas,
Quanto mas al que pobre de consejo
Busca el sueño de tantas noches malas.
Tuviera en hora buena por espejo
Useñoría y otros encumbrados
De las alas de cera el cuento viejo:
Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Icaro le dixo,
Por tierra estamos y por mar cercados;
A vuelo habemos de librarnos, hijo:
Mas vuela entre dos ayres, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo:
Que si la medianía por mí escoges,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo sin que te abrases ni te mojes.
Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas:
Cayó el rapaz; y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.
Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfago; y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo:



Donde si la fortuna me acomete
Con quanto poseyéron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquiete.
Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo,
Reprueba los que vuelan con exceso;
Y en la continuacion de estar conmigo
No es fácil de creer quan de su grado
Sigue el mismo dictámen que yo sigo.
¿De qué sirve picarle á que irritado
Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡O exêcrable ambicion, que nos encantas,
Para que ni él parezca ni le hallemos!
Como escarpin revuelto entre las mantas,
Calla escondido sin hacerse fuerte:
Luego ¿qué importan diligencias tantas?
Acomodarse el hombre con su suerte,
Y abrazarse con ella es paz y vida,
Y todo lo demas discordia y muerte.
Pero pongamos caso que me pida
El sí fortuna (que le pide á pocos),
Y con rentas y cargos me convida;
Y que con una mitra me hacen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente
Vaso de muchos pensamientos locos):
¿Tendré por eso el ánimo obediente
A la razon? ¿desterraré la harpía,
Y con ella tambien la sed ardiente?

¿Piensas tú que en el cargo ó prelacía
Tranquilidad del ánimo perfecta,
Segun hoy está el mundo, hallar podria?
Ni la fortuna da, aunque la prometa,
Al que aspira á subir sobre su cumbre,
De sus descansos posesion quieta:
Sino solicitud y pesadumbre,
Bascas mortales, y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre.
Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda; allí se esconde
Para sacar de tí donayre y juego.
Agora se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Que al propósito desto corresponde.
Un hombre labrador cavando acaso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro
Con un betun fortísimo cubierto.
Era el atapador tambien de barro
A modo de pirámide; y tan dura,
Que la quebrara apénas un guijarro.
Y como en esta tierra se murmura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.
Dichoso yo: sin duda que es tesoro,
Dixo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico moro.



Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar quanta
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.
Las manos tiemblan quando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela,
Que ladron se le antoja qualquier planta.
Ya al fin nuestro dichoso se rezela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela.
Pero aunque le entristece el peso amado,
(Porque segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado),
Lo excusa luego, porque considera
Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.
Al fin en lo interior de su posada
Cierra su puerta, y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto extiende próvido la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,
Como pudo lo rompe y desatapa.
Trastorna la vasija persuadido
Que estaba del mas fino oro maciza
Entre joyas antiguas embutido:
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá, que alguna historia solemniza).
Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.

Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dexó en las vidas que dispuso,
De exêquias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallara causa alguna
Para quedar burlado ni confuso.
Así nos enriquece la fortuna,
Quando ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra experiencia,
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

## OTRA.

Para ver acosar toros valientes
(Fiesta africana un tiempo, y despues goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes)
Corre agora la gente al coso, y toda
O sube á las ventanas y balcones,
O abaxo en rudas tablas se acomoda.
Así miráron étnicas naciones
Míseros reos en teatro impio
Expuestos al furor de sus leones.
Que tanto importa el ver, Fernando mio,
De nuestra plebe un número liviano,
Que entra á pie con un toro en desafio,
Que ardiendo en la canícula el verano,
Ni edad ni sexó en todo el pueblo habita,
Que falte al espectáculo inhumano.



Yo no concurriré por mi exquisita
Austeridad, aunque el benigno indulto
Ver fatigar las fieras me permita.
Y así te escribo miéntras que el tumulto
Vulgar nuestro quartel desembaraza,
Y en grata soledad me dexa oculto.
Allá brame alterada la gran plaza,
Si el toro descompone á algun ginete,
O á algun pedestre incauto despedaza:
Y obre mi pluma aquí lo que promete,
Siquiera por hallarse libre agora
De plebeyo clamor que la inquiete.
Quien como yo tu candidez no ignora,
Y la capacidad que la acompaña,
O, por decir mejor, que la mejora,
Bien ve que ni se engaña ni me engaña
En persuadirme que á la corte vuelva,
Donde premia los méritos España.
Mas aunque me condene esa gran selva
De la virtud, escúchame primero,
Antes que á ser su huésped me resuelva.
Muéveme tu opinion; mas considero
Que es tiempo ya de consagrar al ocio
De una pared mi veterano acero;
Y á Esculapio, que asiste al sacerdocio
De la medicinal Sapiencia, un gallo,
Léjos de todo extrínseco negocio.
No dirás que jubilo un fiel caballo,
Quando le veo caduco, y las costillas
Sobre el pelo decrépito las hallo.

Con fuertes brazos y ágiles rodillas
Me dexa discurrir Cesaraugusta,
Bien que desengañando mis mexillas.
Segun lo qual, ¿será obediencia justa
Que yo trastorne agora la vivienda,
Menospreciando mi salud robusta?
Fuera yo sin tardanza y sin contienda
A vivir donde el campo Levorino
Ensalza aquella fábrica estupenda:
Para cuya lisonja en el vecino
Ambito forma un lago el mar Tirreno
Junto al ántes ostrífero Lucrino:
Y dando espejo á todo el sitio ameno,
En deliciosos márgenes se encierra,
Desde Estabia al sepulcro de Miseno.
Volviera á ver la generosa tierra,
Que á las doctas Piérides ayuda
Hasta en los mismos trances de la guerra.
Ociosa llama á Nápoles sin duda
La antigüedad por este gran respeto,
Aunque jamas del yelmo la desnuda.
Es bien verdad que allí el correr Sebeto
Por tan rico arenal como Pactólo,
Tanto apoya el honor de cada objeto,
Que en la milicia juzgarás que solo
Se edificó para el furor de Marte,
Y en la tranquilidad para el de Apolo.
¿Mas donde me llevó, á pesar del arte,
Tu nombre ¡ó gran ciudad! gloria de Hesperia,
Y el invencible amor de celebrarte?



Digo, pues, prosiguiendo en la materia,
Que aquí, donde á las púnicas cervices
Puso el último yugo Celtiberia,
Ciertos designios quiero ver felices,
Antes que el tiempo, que mis flores seca,
Les penetre severo á las raices.
Si contra mi opinion no se me trueca
Láquesis, que de paz mis años hila,
Ya no sin ansias de aliviar la rueca,
Ponerlos pienso en soledad tranquila
A vista del cuchillo nunca ocioso,
Que en la misma salud su hermana afila.
No infieras desto que amaré el reposo
Estrechado á la aldea, huyendo el trato
A la vida política forzoso.
Amarélo, picando el gusto un rato,
Para volverme á la ciudad con gana
De jamas retirarme al sitio ingrato:
Que quien vive en la aldea una semana,
O vive un siglo, ó reducir desea
A desesperacion la fuerza humana.
¿Quién sufrirá el silencio de una aldea
Desde que el sol su agreste plebe envia
A sudar en los campos la tarea?
Queda entónces tan sorda y tan vacía,
Que ni una voz, y á veces ni un ruido
Suena en las horas útiles del dia.
Y si sueltas la lengua á grito herido
Por ver si hay gente, el eco lo repite,
Y responde en el barrio algun ladrido.

Mi ardiente condicion no me permite
Por ahora, que en parte tan agena
De comercio, el espíritu exercite.
Nuestra ciudad gentil, de ingenios llena,
Lo retira, lo ocupa y lo divierte,
Alternando el alivio con la pena;
Sin que por ambicion lo desconcierte
Del ambiguo Proteo el cauto estilo:
Gracias á quien lo ató con lazo fuerte.
Con lo qual, ó me excuso ó me jubilo;
Y si mi edad no vuelve atras, no aguarde
Que yo avive en la corte el curso al hilo.
¿Qué haré, qué, por prudente ó por cobarde,
Si para pretender me llama, entiendo
(Y aun para ocioso) que me llama tarde?
Vacar ahora á la quietud pretendo,
Y así con la feliz tabla, por voto,
Mis húmedos vestidos le suspendo.
Segunda vez no acuse mi piloto
El furor de Neptuno, que hoy forceja
Entre las ondas con mi barco roto:
Esfuerce á gritos la reciente queja,
Como quien libre del primer encuentro
La fuga en los peligros aconseja;
Y aunque le ofrezcan hoy compradas, dentro
De un odre la tormenta y la bonanza,
Arbitros de las ondas hasta el centro,
No salga á pretender nueva alabanza:
Abrace de esta vez los desengaños
Que liviana desprecia la esperanza.



El escarmiento es hijo de los años
Mal advertidos, que nació en provecho
Del que descubre antídoto en sus daños.
Quanto á mí, ni en las sienes, ni en el pecho
Puedo ufanarme de excelentes dones
Que producen legítimo derecho:
Mas viendo como trata los varones
Graves el disfavor, ¿quién no aborrece
Las mas proporcionadas pretensiones?
Dime, ¿qual voz á la virtud no ofrece
En la corte alabanzas? ¿ó qual zelo
Se entíbia al protestar que las merece?
Mas quando ella las oye expuesta al hielo,
¿Hay techo que la hospede ó que la abrigue
A precio de una cédula del cielo?
Si se dio á conocer, nadie la obligue
A echar por otra senda en manifiesto
Agravio de la causa que prosigue.
¿Puede hacer mas por sí que haberse puesto
De buen ayre al umbral de la fortuna,
Sin querer que con término inmodesto
Curse desde la aurora hasta la luna
El soberbio cancel de algun privado,
A los duros sirvientes importuna?
¿Y que no habiendo un átomo ganado
Con la solicitud de la requesta,
Ni con la vigilancia del cuidado,
Se aflija siempre allí, á pasar dispuesta
Por las indignidades con que suele
Picarnos la antecámara molesta?

Aconsejémosle que se cautele
Contra los que le pierden el decoro;
Y que atento el rigor que la compele,
Trueque la sencillez del siglo de oro
Por el metal, que al mismo siglo aplica
La altivez de su título sonoro.
O que, no siendo negociante rica,
Sus alas tienda, y por el ayre vano
Huya el comercio de la usanza inica.
Agora digo que á consejo sano
El volver á su tráfago rehusa
Cierto bien entendido cortesano:
Y porque asimos ámbos de una excusa,
O con mas propiedad, repulsa honesta,
Aunque adornada en plática difusa:
Referiré mi instancia y su respuesta;
Pero con tal medida, que se acabe
Antes que el pueblo vuelva de la fiesta.
Yo, y un amigo fiel, para suave
Y breve diversion del exercicio,
Que profesamos importante y grave,
Nos salimos á holgar, quando propicio
Desempeñaba sus promesas Mayo
A la felicidad y al artificio.
Edulio (el monte que de Caco ó Cayo,
O por ser cano en la nevada frente,
Lo llama la vulgar lengua Moncayo)
Nos recibió en su falda floreciente,
Soledad voluntaria del amigo
Rústico ya, mas rústico prudente.



En aquella heredada valle, abrigo
A la granja, que logra el fértil suelo,
Vive con sus cultores y consigo.
Allí se ajusta bien con el modelo
Del cuerdo labrador, que pinta Horacio
Con poética voz, llamado Ofelo.
Y (aunque grato á la corte y á palacio)
Prefiere las verdades naturales
Del campo, adonde vive mas de espacio.
Llegamos, pues, alegres y joviales
De mañana, y habiéndolo él sentido,
Ocurrió diligente á los umbrales;
Y tal, que por el trueco del vestido,
Y aun del rostro, no fuera maravilla
No haberle por entónces conocido.
Renunció la artizada lechuguilla,
Donde para roernos las orejas,
El acero sutil frunce una milla.
Tundió el copete, huyéron las guedejas,
La barba reformó, y en lo restante
Era el pelo mas corto que las cejas.
Su gabancillo verde, semejante
A las plantas que ornaban su cortijo,
Bien que de gorgorán terso y brillante.
¿Quién los abrazos, quién el regocijo
Con que nos recibió decir podria?
¿Lo que ámbos le diximos, y él nos dixo?
En casa al fin con suma cortesia
Y afecto singular nos introduxo,
Que toda al parecer se nos reía;

De la qual hoy no esperes el dibuxo,
Porque para escribírtelo conviene
Un gran socorro de eloqüente influxo.
El con recato en su familia tiene
Puestos los ojos, y ella en centinela,
Para los ministerios que él previene:
Y en fuerza desta ley, que la desvela,
Miran su habitacion con tal concierto,
Que no parece granja, sino escuela.
Admite diversiones, no inexperto
De que obran la salud si guardan traza,
Aunque él siempre las toma á tiempo incierto.
Ya el robusto exercicio de la caza,
Ya el de sus varios libros le recrea,
Con cuya docta soledad se abraza.
Allí en graves historias, ó en la idea
Que forman una y otra Monarquía,
Por la espaciosa antigüedad pasea.
Usa tal vez de crítica osadía
Solo en lo substancial de leccion rara,
Si en el sentido de su autor varía.
Y adonde no quedó corriente y clara
Por voces ó por sílabas traspuestas,
Con buril judicioso la repara.
(Bien que muy poco en el cansancio destas
Ocupaciones prueba el sufrimiento,
Porque le son derechamente opuestas.)
O escribe en prosa, ó con heroyco acento
Mueve la voz, ó en amorosa lira,
Y tal vez en satírico instrumento,



Ni se desdeña de abaxar la mira
Al ignorado cómico lenguage,
Con que á desagraviar zuecos aspira.
Y así sobre el amor del hospedage
Digo, que no hay Platon, no hay Ateneo,
Que en su conversacion se le aventaje.
En una que mostró hablar con deseo
De la corte (á lo ménos con ternura)
Le preguntamos, sin buscar rodeo,
Que puesto que el dexarla en coyuntura,
Que todos esperaban lo contrario,
Les pareció eleccion de su cordura;
Porque el juicio de la corte es vario,
Nos dixese la causa verdadera,
Que lo reduxo al trato solitario.
Bien echamos de ver que él no quisiera
Que le hubiéramos dado en el secreto
Que altamente repuesto persevera;
Y así encubrió el dolor como discreto:
Y aunque fué la pregunta con halago,
Habló como obligado por precepto.
Comenzó como el huésped que en Cartagó
A la Reyna, despues de la gran cena,
Dibuxó á Troya, y refirió su estrago.
Mandaisme, dixo, renovar la pena
Escogida por mí en la servidumbre
Que profesé arrastrando su cadena.
Responderé con risa y mansedumbre,
Porque la pretension de la pregunta
Es mas curiosidad que pesadumbre.

Lo mismo haré, aunque llegue toda junta
Con este fin la astucia cortesana,
Para que en mí no hiera adonde apunta.
Demas que la ocasion fue tan liviana,
Que por ventura mas de antojo mio,
Que de acordada providencia mana.
La ingratitud que usurpa el poderío
De la justicia acrecentó accidentes
Tales, que ocasionáron mi desvío.
Corriendo sobre méritos recientes
Mi pretension, y ufana con la gloria
De los que ella imitó en sus ascendientes,
Entró en los arcaduces meritoria:
Mas quitáronle el lustre al darle paso,
Y descendió excluida y sin vitoria.
Limpia corriente así habreis visto acaso,
Que del canal por donde se deriva,
La coge turbia y agraviada el vaso.
Callé siguiendo la prudencia activa
Que sufrir manda, y que con hacimiento
De gracias el agravio se reciba.
Entre nuevas promesas cobré aliento
Para la gran fatiga: (¡ó quien jurara
Entónces obediencia al escarmiento!)
Volví, porque el valor no desampara
Sin grandes ocasiones el oficio,
Y mil veces tenté la gracia avara.
¿Quáles pasos no anduve en beneficio
Del suceso? ¿qué tretas, ó qué engaños
No descompuse á fuerza de juicio?



Viéndome, pues, sin crédito, y los daños
De vivir con injuria conocida,
Infamando el remedio tanto años,
Resolví con despecho la salida:
(A mengua ó á rencor se me atribuya)
La hacienda restauré, el honor, la vida.
Y aunque no hay que esperar de parte suya,
Temo (¡hay tal cosa!) que se enmiende, y temo
Que con la nueva enmienda me destruya.
Porque me volverá sin duda al remo,
Persuadiéndome pérfida, que olvide
Esta paz, que me da el contrario extremo.
Pero hasta entónces nadie me convide
A sus solaces, ni le cause espanto
Esta interposicion que nos divide;
Porque las alegrías de su encanto
(Demas que dan veneno en el azúcar)
Cuestan superfluas, y aun forzosas tanto,
Que ni el tesoro que relanza el fucar,
Ni el de las naves, que en el mar del norte
El Potosí transportan á San Lucar,
Son para que el honor viva en la corte
Sin quiebra tal, que al término maduro
Su escritorio ó su crédito no aborte.
Empeñó ayer la plata, hoy vende el juro,
Que ya ni sobre prenda equivalente
Fuera el prestarle fácil ni seguro.
Acude al fin por último expediente
Al voraz logro, que es la injuria suma
A que puede llegar el imprudente;

Y en vil contrato añudadora pluma
Le expone el gran sudor de sus mayores
Al cambio que apretante lo consuma:
Hasta el preciado arnés por los honores
Grabados á ocasion de los efetos
Quizá de sus abuelos vencedores:
Timbre para exhortar los tardos nietos,
Vulto agora vulgar de unos metales
A la ganancia ilícita sujetos.
Las semillas crecientes, los frutales
Se afligen de la tácita violencia
Con que agravia los genios naturales.
¿Verá naturaleza con paciencia
Entrar la servidumbre, adonde el fruto
Hierve en lo impenetrable de la esencia?
¿Y que él suba á la luz como tributo
Debido á la cautela que imprimimos
En la anticipacion del cambio astuto?
¿Y que de ingenua cepa los racimos,
Que purpúreos ó pálidos madura
Entre sus hojas pródigas opímos,
Crezcan hipotecados á la usura
De los artificiales intereses,
Que Mercurio introduxo en la escritura?
¿Sufrirá que ministros descorteses
Executen aquellas (si su dueño
No viviera en la corte) libres mieses?
¿Quántas veces pensais que perdí el sueño
Por lucir con verdad, sin que una prenda
Conociese las uñas del empeño?



En la que veis hereditaria hacienda
Hasta aquel gran lugar que se divisa,
Donde suelo acudir por breve senda;
Vida ya diligente, ya remisa
(Como lo habeis probado agora) vivo,
Envidia á cuerdos, á ignorantes risa.
A la sombra benigna de un olivo
Oyo mas de una vez balar mis greyes,
No léjos de los campos que cultivo.
Donde al sudor de laboriosos bueyes,
Me dan sus dones Pales y Pomóna
En mesa libre de enfadosas leyes.
Este valle en que Agosto se corona,
Es la patria del pan, y de una sierva
Cuya industria lo amasa y perficiona:
El que á mi servilleta se reserva,
Y otro segundo que á mi gente damos,
En mies lo he visto yo, y la mies en yerba.
Las comidas con fruta comenzamos,
Que yo la he visto verde, sazonada,
Y agradecida á los felices ramos.
Aunque, á sus tiempos, la que mas me agrada
Es el grave melon, á cuyos senos
Blanco ó roxo el azúcar se traslada.
Y en largos higos no me incita ménos
La ociosa madurez que en moscateles
De oro cubiertos, y de almíbar llenos.
Diversas, y al estómago no fieles,
Yerbas concurren al temprano halago,
Que siempre me enamora en los manteles:

Y si en ellas me empeño, con un trago
De néctar, que no llegue á ser caduco
Por mas que se envejezca, satisfago.
Y aunque lo asado con clavel maluco
Me fue apacible, de humildad lo evito
Por la vil refeccion de un gallo eunuco:
Mas no el indispensable requisito,
Olla cortés, que su cuidado envia
A la necesidad y al apetito.
Carne de fieras que este monte cria,
Pastelon con especias me la cueza,
Y me la entregue inaccesible ó fria.
Lo demas con muy pocas lo adereza
Industrioso el aliño de mis lares,
Porque triunfen el vientre y la cabeza.
Por esto nos vedó recios manjares,
Y quanto á mí confieso que me adula
Con la facilidad de los vulgares.
¿Pues qué si los groseros disimula?
Bien que con hambre rústica el engaño
Tiene ménos que hacer que con la gula.
Un cabron que abre el paso á su rebaño,
Cuya prolixa barba hacer pudiera
Venerable la faz de un ermitaño,
Guisado nos lo sirve por ternera,
Que aun no dexó la leche por la grama,
Ni armó la frente de altivez primera.
Mas quien la vida destos bosques ama,
¿Qué manjares acusa? ¿aquí Epicuro
No enmendará sus platos y su fama?



Quanto al beber, con este arroyo puro,
Y con fixa asistencia de la nieve,
Vino indomable desarmar procuro.
Mas ya música mano en torno mueve
El frasco, y á compas me lo evapora,
Y me lo hiela en término mas breve.
¿Qué vihuela gentil, qué arpa sonora,
Qué citara de blanda pluma herida
Rinde el son que mi alegre cantimplora?
¿Aplicó así la nieve endurecida
En Grecia ó en Italia algun Pincerna
Zeloso de la frígida bebida?
Si él conduce la nieve quando ivierna,
Para arrimarle un frasco en el estío,
Mas ingeniosa fue la sed moderna;
Pues de aquel refrigerio, por tardío,
A su gusto apeló, donde fue hallada
La brevedad del movimiento frio.
La nieve, pues, cerúlea de obstinada,
Aunque ya llegue á ser de las turquesas
Imitadora entónces ó imitada,
De las cumbres oue el sol le dexa ilesas,
Baxe á darnos con ócio ó con estruendo,
Júbilo todo el año á nuestras mesas.
Por el sabor con que os lo voy diciendo,
Vereis quan sin preciarme de valiente,
Del amor de la corte me defiendo.
Aquí, de sus desórdenes ausente,
Pienso tener por único aforismo,
Librar de toda sujecion la mente:

Para ver desde el centro de mí mismo
Quantos designios y esperanzas lleva
Con trágicos sucesos á su abismo.
Así el agricultor que huyó á la cueva,
Las inclemencias en quietud segura
Mira cómo graniza ó cómo nieva:
Y del rigor con que la nube escura
Los surcos y los árboles embiste,
La duracion del tiempo conjetura.
Confieso que á las veces ando triste;
(Que soledad muy proseguida enoja,
Y hasta que os ve impaciente no desiste)
Pero quando me aprieta esta congoja,
Soy de un engaño fácil socorrido,
Que me alienta el espíritu y la afloxa.
No pienso en el objeto desabrido,
Que, por presente, invariable y cierto,
Incurrió en la desgracia del sentido:
Y á que piense en afanes lo convierto,
De cuya infelicísima agonía
Vive privilegiado mi desierto:
Que aquí ni la ambicion finge y porfia,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría:
A la privanza que con ver la espada,
Que sobre su cerviz del techo pende
Al pelo sutilísimo añudada;
Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Solo por benemérita le ofende.



No ve que si el favor se le retira,
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia real convierte en ira:
Luego sus confidentes le atropella,
Para que tiemble el ya infelice estado
De envidiosa, hasta allí, muda querella.
Que al fin si en la potencia del privado
El haberle ofendido es peligroso,
¿Quanto mas lo será el haberle amado?
El número pues siervo, que oficioso
Por fortunas agenas se fatiga,
En todas temerario ó temeroso,
Léjos, léjos de mí: nadie me diga
Que restituya mi esperanza al peso
De que esta soledad la desobliga.
Díxele entónces yo, que no por eso
Su ausencia, aunque causada por agravios,
Dexará de juzgarse por exceso.
Que no vuelve la voz si de los labios
Salió una vez. ¿Mas la opinion? Sujeta
Vive á la enmienda en los varones sabios.
Y aquella ensalzan ellos por perfeta,
Que se acomoda al tiempo, y que mirase,
Que es él quien las acciones interpreta.
Que volviese á la corte, y no negase
Su industria á la república; y que luego
La rústica vivienda licenciase.
El, con un cierto irónico sosiego,
Hizo un discurso, cuya conseqüencia
Sacará sin trabajo qualquier lego.

Dixo que por preceptos de prudencia
Se ausentó de la corte, y que la amaba,
No embargante el misterio de su ausencia.
Que el volver á su trato dilataba,
No sin exemplo grave, y que él sabia
La consideracion que lo estorbaba.
Mas yo agora, como él cerró aquel dia
Con un cuento vulgar sus digresiones,
¿No podré á su tenor cerrar la mia?
Dixonos: ya sabeis que en las regiones,
Adonde predominan los impíos
Siete bueyes, llamados Setentriones,
Los ayres del ivierno son tan frios,
Que, sin contradiccion, suspenden fuentes,
Condensan lagos, y entorpecen rios:
Tanto, que sobre indomitas corrientes,
Que un tiempo imitadoras del diluvio,
Ni conociéron márgenes ni puentes:
Por donde el Rin, el Albis y el Danubio
Benignos admitiéron remo y vela,
Pasa á pie firme el villanage rubio.
Mas no siempre las ondas sin cautela
Yacen heladas, que el humor vecino
Al centro algunas veces no se hiela:
Y así cruxe pisado el cristalino,
Y rompe la corteza, confundiendo
La plebe en la mitad de su camino.
Perece el hijo al padre socorriendo,
O por librar la medio sumergida
Madre ó esposa del peligro horrendo.



La inútil ya vejez destituida
Del nieto en la ribera lo lamenta,
Y al fin todo es tragedias de la vida:
Y aunque entónces el rústico escarmienta,
Indócil al reposo, no reposa
Hasta que vuelve al agua fraudolenta.
Mas sin el gran resguardo apénas osa;
Que la necesidad, en casos tales
Filosofando, le advirtió ingeniosa.
Advirtió que en los meses ivernales
(¡O sabia fiera, Ulises de las fieras!)
Quando á pasar por ese hielo sales,
Antes que lo atravieses consideras
Si agua en el fondo bulle desatada,
O la misma que muestra en sus riberas.
Pues por vivacidad que te fue dada,
Para que en tus ardides te socorra
En las orejas siempre desvelada;
Como se mueve el agua, ¡ó cauta zorra!
Oyes el mormurar de la corriente,
Por oculta y pacífica que corra.
Y como tu venida no es freqüente,
Y ella en cadenas rígidas esconde
Los indicios del lúbrico accidente:
Con la satisfaccion de que por donde
Pasais vosotras, todo el seno es puro,
Y que á la superficie corresponde:
Quando parís, y del albergue oscuro
La parida tal vez desaparece,
Llega el villano robador seguro,

Y en la tardanza, que ocasion le ofrece,
Le arrebata del parto una zorrilla,
Que despues mansa en sus cortijos crece.
Andando allí, ó muy falsa ó muy sencilla,
A las gallinas sirve, y con los canes
Al desvelo doméstico se humilla.
De allí la sacan hoy los alemanes
Por adalid, y exploradora astuta,
Junto con el caudal de sus afanes.
Y es mucho de notar como executa
Su oficio entre el silencio y el sonido
En discurriendo por la orilla enxuta.
Que si atenta al exámen del oido
Siente líquido humor, que oculto hiende
Para hacer cavernoso el cuerpo unido:
Con grato instinto y como quien entiende,
Que aquella turba que la trae por guia,
De su averiguacion sutil depende:
O se asienta en el campo, ó se desvia,
Para advertir que el hielo es quebradizo,
Y que del fiel pasage desconfia.
Mas quando yerto y sordo satisfizo
A la curiosidad y á la esperanza,
Y le promete el tránsito macizo;
A tomar el camino se abalanza
Con int épidos pasos la primera,
(Seguridad y honor de su asechanza).
Yo con la plebe que su exemplo espera,
Proseguiré el pasage; pero hollando
Los sagaces vestigios de la fiera.



Así acabó: y así, dulce Fernando,
Digo tambien con paz de mi rezelo,
Que á tu servicio iré á la corte, quando
Otros den gracias á la fe del hielo.

## EPISTOLA.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.
Que ya la obligacion con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acíbar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;
No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿Adonde ocurrirán como á la corte,
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo por mucho que te importe.
Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira quan sin efugios te lo pruebo.
Bien que si huyendo el paternal reposo,
Al espanto te expones ó á la ira
Por algun caso, ó grave ó afrentoso:

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira:
Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas:
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado:
Si viciosos, al fin, y contumaces,
En luxuria y en gula vengan presto:
Tráelos á la corte: muy bien haces.
Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:
Pues enfrena la risa, ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entre tanto
Que estas proposiciones desempeño.
Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamacion griega ó latina,
Como el exemplo vivo, ó torpe ó santo:
Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal exemplo, ¿quién dirá que es prueba
De la águila que al sol los exâmina?
Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva
¿No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?
El diestro agricultor al árbol tierno,
De recientes raices, no lo expone
Luego á las inclemencias del ivierno:



Que hasta que su virtud se perficione,
De hojosas ramas entretexe setos,
Cuya defensa en torno le corone.
Así con preceptores y precetos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofías
Con qué medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen.
Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente:
Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro).
Mas al trabajo (el qual si abunda, vence),
Suceda el ocio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.
Y así en el ayo que los tiene á cargo,
Cubra mas que las canas el bonete:
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.
Goce los mismos gages que él decrete:
Que, en bien de tus caballos, si pagaste
Precio tan excesivo por Amete,

No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos trayga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.
Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto: ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil freqüenta;
Cancion, que de Indias con el oro viene
Como él á efeminarnos y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
Al curioso inventor de usos modernos,
Copete y goma que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.
El quadro que no fuere casto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almíbar, y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste:
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:
Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.



Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro),
Que quando les conozcas arraygada
Con la eleccion que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada:
Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba y desordena.
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Qué piensas que hallarán sino ocasiones
Adonde pierdan el candor que tienen?
¿Qué Fabios toparán ó qué Cipiones?
¿A qué Lacedemonia los envias,
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fue recibida con entrañas pias.
Y así el punto en que lleguen por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aquí jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa;
Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:
Y admitido al honor quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera:
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos:
De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares.
Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un jóven freqüentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?
Ninguno fue torpísimo de presto,
Que el agua poco á poco le combate:
Mas quando acuerda se halla descompuesto.



Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos que andan perdidos á remate,
Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno y redes.
Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.
Salen juntos al prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reyna de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.
Queda el bisoño ya persuadido
A freqüentar los árboles, saeta
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
Los Narcisos lo admiten á la seta,
Que mas por randas y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.
Luego que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira.
Rindese á un fiel Acates que lo rige,
A cuya risa y voz que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.
Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.
Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas,
Dignas de celestial vengador fuego:

Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del címbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Arquitas.
Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
O la suerte que yace en la baraja.
Al fin qualquier novel que se le allega,
O le reduce la virtud á ménos,
O alguna grave enfermedad le apega.
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,
Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Venus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta:
Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
¡Mas que ni un cortés pámpano creciese
El favor del pincel ni otro piadoso
Velo que á nuestra vista se opusiese!
En esta sala el genovés vicioso,
Bañado en ámbar las usuras vierte,
O en juego ó en convite delicioso.
Tiene nuestra española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.



Conservas que navegan desde el cabo
De Zeylan toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y alli embrocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
Pero aquella paréntesis ¿qué importa
En un discurso largo entremetida?
Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave exemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fue de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dexaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina,
Y al candil, que en la casa un Lenon daba,
Augusta meretriz, hasta el ombligo
Desnuda, por vil precio acariciaba.
Pensó que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitara la infamia y el castigo.
Harto mas cauta á su interes se arrisca
Nuestra godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efeto.

No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sejo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.
Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos y de tias,
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas buxías;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son harpías.
El mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al ídolo de ornato.
¿Quién nos dirá (dexadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encaxes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas habitara entre salvages,
Adonde miran por zenit el polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y tigres, ó el fervor de Apolo.
El ornato á su antojo es variable,
El culto que les bruñe y hace tersas
Las mexillas, ni limpio ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras que traian
Sobre el cabello las mugeres persas.
En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varian.



Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad de este segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda ménos curioso y vagabundo?
¡O tú, qualquier que seas la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas!
Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿qué deleyte
O qué esplendor te infunden baños tales?
¿Goma tenaz y avenenado aceyte
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeyte?
¿Que tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas, y allí enxugas?
¿Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas ó las nubes de un bosquejo?
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayéron infelices.
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz de abominable zelo!

¡Qué monstruos de otros monstruos multiplicas!
¿Qué dixera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?
Quanta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera ó luciente,
¿Das al antojo de un adorno vano?
La piedra que el dragon cria en su frente,
Pones, Lice, en la tuya: ¡ó quántas veces
Le das sucio lugar no diferente!
Mas las que en los celebros de los peces
Naciéron, ¿no podrán quejarse viendo
A quan mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses,
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:
Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les excuses:
Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fue loco ó fue blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dixo.



El sabio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid, ni hay paciencia ni hay hacienda
Para vivir al uso: y ménos malo,
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:
Pero entre los peligros que señalo
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza
Que los produce todos del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y dexa seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
Al panal de sus labios inexperto
Corrió para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
Y el padre, como Cremes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peynado siempre y limpio como arminio,
Que su hacienda y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heroyca ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos apacienta.
Otro verás que acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles
El número famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros como fieles:
Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz, ó bárbara ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.
No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado y de la Libia adusta:



Pero alaba sus brios y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Quando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?
En comprar dixes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (ántes dolor) ver sus cuidados.
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si exâminarlas osas:
O en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofística doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas:
Discrecion, que afectada destermina
La voz ántes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡O quántos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les diéron, porque en ellas
Se exercitaban hombres principales)

De que hagan sacrilegio el recogellas
Ni en un zaguan? Y así como en extraña
Region vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España:
Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el duro suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico proscenio
Por él edificado, su eloqüencia:
Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio.
Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos, ni por soles,
El que con traza escribe, es hombre baxo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo:
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura;
Sus caracteres son, pero vacías
Señales: y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías.
Mas piensa la frialdad que en sus billetes
Desta letra verá Madamisela,
¿Qué vocablos trocados, qué juguetes?



Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:
Pero vino á acostarse el vientre lleno
Del pavo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor, que se avivó al sereno.
Porque hizo media noche en cierta casa:
Huvo mimos, bayló la histrionisa,
(Turba que en fiesta las tinieblas pasa).
Duerme, y ántes que pida la camisa
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.
¡Pues quan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos
Quando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Miéntras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
Di, ¿el brasero y los hierros, que calienta,
No le condenarán por cirujano,
Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de floxo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:
O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo).

Luego su consejero ó su sibila,
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!
Háblale ó con denuedo ó sin respeto,
(Dominio viene á ser mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),
Y como executor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se dexa enlazar de la escritura:
Que la tardanza sola es la molesta,
Y así con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban,
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver quando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvío arma la treta,
A los que ántes sin ley lo desarmaban:



Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, le burla y le sujeta;
De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente;
Y quando á judicial rigor le atiza,
Le ruega y turba, y del concierto escrito,
Proteo, en formas mil se le desliza.
En efeto, en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un juez pesquisidor, que acelerado
Se opone á Dios y á la naturaleza.
Destos niños Madrid vive lograd,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
Que quando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto ivierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos:
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño y peyne fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora.
Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.

Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro:
En la familia toda infunde sueño:
Introduce al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
Arbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor y del derecho,
Porque del trato humano se despida.
Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada qual Epicuro ó Aristipo,
Su deleyte pretende ó su provecho.
Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano en los ayres sostenido,
Quando hierve esta corte de Filipo:
De su desórden, tráfago y ruido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persuadido.



Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia
Diversas lenguas, trages y semblantes:
Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.
Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Quando nos encarecen sus afanes;
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Quando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
Mas dirás que no todos son ruines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras rosas y jazmines.
¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas básteme mostrar las ocasiones
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo al fin que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces:
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

## EPISTOLA.

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
De la corte á esperar sano en mi aldea
De aquí á cien años el postrer suspiro.
Hoy te lo escribo ufano de que hoy sea;
Aunque un bruto por tres cofres que lia
Me estorbe con lo mucho que vocea.
Si el notar, pues, con piedra blanca el dia
De los sucesos prósperos se usara,
Como tal vez la antigüedad lo hacia,
Notado con alguna piedra rara
Pusiera el dia de hoy en mi vasija,
Si lapidario ó Príncipe me hallara.
¿Midiera yo el placer con una guija
Cándida? ¿No escogiera tal diamante,
Que le envidiara alguna real sortija?
¡O quan alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio,
A mis inclinaciones repugnante!
En vano me introduxo á su artificio
La corte, bien que yo tan mal me ayudo,
Que salgo de su escuela mas novicio.



¡O si naciera yo en el siglo rudo,
Que en bellotas libró el comun sustento
Hasta que en trigo convertirlas pudo!
¿Mas qué haré, que por otra parte siento,
Que no he de hallar la soledad tan buena,
Como acá en mi opinion me la presento?
Pero si la forzosa engendra pena,
La voluntaria alivio; y mi albedrío
Es quien á mí me salva ó me condena.
Yo sé bien de qué objetos me desvio,
Y siempre que los viere en su retrato,
Contra qualquier pesar mostraré brio:
Quando sufra al principio algun mal rato,
Como quien se crió en la muchedumbre
Política al concurso de su trato.
Ningun principio entró sin pesadumbre,
Y esta no es tanta, que me desanime
De verla convertir presto en costumbre.
Porque si un leño verde suda y gime,
Solo padece miéntras que lo tuesta
El fuego, hasta que en él su forma imprime:
Y á la materia fácil y dispuesta
No la combate, como á la robusta,
Que, porque se hace fuerte, la molesta.
Y ántes que Dios, con recompensa justa,
Premiase la gran alma de María,
(De las augustas la suprema augusta)
Su licencia para esto pretendia;
Y el ver despues su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo dia:

Pero no pude yo imitar al Santo,
Que pasó de Mallorca á Barcelona
Tantas leguas de mar sobre su manto.
No pude resistir á la persona
Grave que lo estorbó, ni al noble lazo
De la razon cortés, que me aprisiona.
Mas pues para mi fuga llegó el plazo
(¡Piadoso plazo!) ¡ó vida solitaria!
Yo parto á recibir tu alegre abrazo.
Y no me aguarde la tumultuaria,
Para que trace yo que el fisco pueda,
No en España avivar la ley agraria;
Sino embeber en sí quanta moneda
Guarda la fe moral, y que un decreto
La constriña á que falte ó retroceda:
Como el que sabes, movedor secreto,
Que vendió el humo á tantos pretensores,
Que en oro le pagáron con efeto.
Pues no es posible (ni es razon) que ignores
Con quan diverso afecto, y con quan puro
Visito yo á ministros superiores.
Ni que quando estuviera muy seguro
De que me hallaba consultado arriba,
Me socorriera interesal conjuro.
Aunque es muy cierto, que en la vida activa
No hay vidrio tan sutil como el derecho,
Que en sus desnudos méritos estriba.
Si yo tratara á un Príncipe, sospecho
Que me saliera amigo, y aun sin duda
Que yo no le quisiera amigo estrecho.



¿Hay quien á la verdad sencilla acuda,
Y mas si entiende el noble sospechoso
Que ella depende solo de su ayuda?
Manda que den racion de carne á un oso,
Porque á su puerta salta y acomete,
Y niega el pan á un huérfano estudioso.
El page de aladares y copete,
Porque en la manga esconderá de Juno
(Y aun en la de Minerva) su billete,
Será valido sin contraste alguno:
¿Y el modesto? que cobre aliento nuevo
Para alargar los plazos al ayuno.
¿En esta gracia introducir me debo,
Para que digan, quando la corteje,
Que sus ciegos desórdenes apruebo?
Quando sus colgaduras ver me dexe,
¿Qué importará, si no me maravillo
De las que Flandes, Francia y Milan texe?
¿Y soy tan encogido, que me humillo
A contentarme con ganar la entrada
Hasta la fácil sala del monillo?
En tanto que en el mundo haya cebada,
Y en mi celebro lucido intervalo,
No me ha de dar la adulacion posada.
Yo aborrezco el mentir: soneto malo,
Ni le alabo á su autor, ni se lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.
Y tanto mas su mérito adquirido,
Que los de su abolorio reverencio,
Quanto va del sugeto al apellido:

Que en el fiel tribunal de mi silencio
Desvalida litiga la fortuna:
Pues por el caso y por la ley sentencio.
Si la naturaleza siempre es una,
¿Por qué ha de haber, con méritos iguales,
En los sugetos diferencia alguna?
Envejecido error de los mortales,
Que estima la opinion mas que la esencia,
A pesar de las leyes naturales.
Por esto en mí no forme competencia
Con el manjar plebeyo el exquisito,
Si el precio y no el sabor los diferencia:
Que si á ladrar comienza mi apetito,
Así los raros como los vulgares,
Por la ayuna garganta precipito.
¡O tú de alguno de los doce Pares
Descendiente milésimo, que asientas
Nobleza en lo que cuestan los manjares!
Si con lo firme dellos te alimentas,
Y no con la opinion, di ¿por qué cosas
Mas graves se hacen tiro nuestras cuentas?
¿Es mejor tu pavon por sus vistosas
Plumas que mi perdiz? ¿O por ser grato
A la altiva Princesa de las diosas?
¿Y tendrá el mismo honor puesto en el plato?
¿Será tan tierna entónces mi gallina,
Aunque sin plumas de pomposo ornato?
¿El soberbio espectáculo, que empina
Los varios ojos de Argos, no se queda
Inútil y mojado en la cocina?



Pues si no entra en mi estómago la rueda
Verde, rubia y azul, ¿qué ley se opone
A que una ave de casa le preceda?
Demas que yo, aunque el uso me la abone,
No aspiro á que ella induzga á maravilla,
Sino que á mi calor se proporcione.
¿Dime, pues, si en espléndida vaxilla
La substancia, á que anhelo, se le trueca
En otra mas robusta ó mas sencilla?
¿Sana el cristal mas presto la jaqueca
Que el vidrio? ¿O respetándolo el catarro
Sus desabridos manantiales seca?
¿Y si es de plata y nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
Aplacarte ha la sed mas que el de barro?
Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno.
¿Piensas que porque estan los niños de Ilia
Con su loba en tu vaso relevados,
Y pasa vinculado en tu familia;
Lo antepongo yo á cántaros tostados,
Si he de beber en él con los rezelos,
Apenas por la salva asegurados?
Ni quiero ver bebiendo esos gemelos,
Porque fue el uno fratricida, astuto
Imitador de tios y de abuelos.

Y en tales vasos la madrastra el luto
Apercibe del lánguido pupilo,
Para que dé lugar al substituto.
Bien que yo con el ánimo tranquilo
Me pudiera brindar con Claudio Nero,
Si usó con los no ricos de otro estilo.
Mis campos y dehesas mi heredero
Subirá en breve caxa á su ventana,
Y allí los regará como en florero.
La turba, no sagaz, por cortesana
Huye desta opinion, porque se admira
De lustre falso y de apariencia vana:
Y así á glorias fantásticas aspira,
Porque trae los sentidos trastornados,
De atentos al relox de la mentira.
¿Has visto los colosos artizados
Sobre un arco triunfal? Pues por figuras
Los contempla de insignes potentados:
En el ropage de las vestiduras
Venerables y sacros: mas por dentro
De bálago trabado en puntas duras.
¡O qué clavos se topan al encuentro
En el ánimo agudos, que sustentan
Grave el semblante, lastimando el centro!
No niego que, de tímidos, ahuyentan
Qualquier pasion, para que libres queden
Luego de las memorias que atormentan:
Porque tanto á su propio amor conceden,
Que ni con un pesar que lo embarace,
Ni sin nuevos designios vivir pueden.



Y si una pretension se les deshace,
Descartando el dolor á toda priesa,
Abrazan otra que en el ayre nace.
Quien esta mengua habitual profesa,
¿Dirás que vive, y los que así afanamos
Con su exemplo á la pérfida promesa?
Huyamos, pues, del sordo encanto, huyamos,
Que, ó miente, ó esconde un término en sus bie-
Que obliga á que á deshora los perdamos. (nes,
Con mas firmeza sufrirá vayvenes
La ocupacion de mi cortijo inculto,
Que esa que te entretiene, ó tú entretienes.
Bien que tú, sin embargo del tumulto
De la corte, conversas con las musas
En el asilo que les diste oculto,
Con quien de entrambas facultades usas:
Que al Tácito, y á veces al Petronio,
Restituyes el texto, ó se lo excusas.
Y quando es menester dar testimonio
Del arte militar, vemos que luces,
Mandando tu nobleza al patrimonio.
Fatigas tus ginetes andaluces,
Y aunque no sin aplauso y honor, luego
Al gusto de los libros te reduces.
Mas yo busco un linage de sosiego
Libre de alteracion, no respetoso
Al vulgo superior, que es el mas lego.
Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Causador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al qual, si bien fue cortesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entónces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.
Al qual, riendo, el cortesano dixo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?



Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y quanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues breve espacio que se vive,
¿Quién tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento sustancial se prive?
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusiéron en seguro:
En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica texidos,
Mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite,
La quadra y sus adornos contramina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una infiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entónces, mas horrendo.
Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran, con ladrillos altos
De su fidelidad diéron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser que en su vivienda quedes;
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
Todo quanto me ofreces te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dexo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fue, y este el consejo
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.
A mi rústico albergue me traslado,
Bien que segun lo pinta mi juicio,
Un magnífico alcázar, y adornado.
Cierto es que él no levanta un edificio,
En que la geometría suntuosa
Haya puesto el caudal de su artificio.



Que allí no lucen jaspes de Tortosa
Por nuestro Fidias Jácome de Trenzo,
Y de pórfido raro ni una losa.
Ni el ventanage del soberbio lienzo
Del templo insigne que ofreció devoto
Filipo en San Quintín á San Lorenzo.
Mas pienso, que aunque no responde al voto,
Con que aquella victoria fue impetrada,
No está de parecérsele remoto.
Es la capacidad de la posada
Angosta; pero, gracias á Dios, nuestra:
Humilde; pero bien acomodada.
En cuyo alegre patio á mano diestra
Un quarto fresco para el tiempo estivo
Sobre el antiguo sótano se muestra:
El sótano en que siempre licor vivo
De Baco en los toneles envejece,
Y el que Palas destila de su olivo.
Todo este quarto en un jardín fenece,
No trasquilado, que su verde greña
Para apetito en la ensalada crece.
Luego, cercando prevenida leña,
De parto cacarean cien gallinas
Junto de una cocina no pequeña:
Donde extendida entre las dos esquinas,
Blanquea una vaxilla, que se iguala
(Si ya no excede) á porcelanas finas.
Un entresuelo en medio de la escala,
Para si viene un huésped dedicado:
De allí se sube á la apacible sala,

Que me conserva en uno y otro lado,
Conforme al tiempo, habitacion distinta,
Y de ambas se descubre vario el prado:
Tal, que si de pincel vieres la quinta
Entre altos sauces ó en ribera amena,
Dirás que deste original se pinta.
La torrecilla de palomas llena
En sus roncos arrullos semejante
A los aplausos del teatro suena.
Y abiertas las ventanas, no distante
Descubren el repuesto de la fruta,
Cubiertas con sus redes de bramante.
Porque el oreo que la guarda enxuta,
Entre á darle sazon, y á las traviesas
Aves lo estorbe la defensa astuta.
Generoso el olor de las camuesas
Se esparce, que del techo bien colgadas
Forman racimos de sus hilos presas:
Y con ellas la sarta de granadas,
Que una en el seno sus rubies encubre,
Y algunas te los muestran confiadas.
Las uvas que en Abril como en Octubre,
Precian su néctar, sólidas y enteras
Como él, aunque escondido, lo descubre.
Y de juncia y de esparto en las groseras
Faxas, para ivernar, penden melones
Acomodados dentro en sus esferas.
Las servas imitadas de varones,
Que en sus patrias son ásperos y rudos,
Hasta que á luengas tierras los traspones.



Los nísperos que dexan de ser crudos,
Bien que maduros son pellejo y cuescos,
Junto á membrillos lisos ó lanudos.
Los higos pasos con mas miel que frescos:
Al fin quanto se esculpe y se colora
Sobre las cornucopias y grutescos.
Desde Valencia dan Pomona y Flora
La cidra y la naranja á nuestra Pales,
Con las limas que el sol adulza y dora.
Quando á breves tetillas virginales
Imitan, conservando la figura,
Con que en fraterna union crecen iguales.
El pero humilde entre las pajas dura
Macizo y mas cordial, cuyas virtudes
Con el rescoldo lento el fuego apura.
Las castañas en forma de laudes,
Nueces y almendras, que aman la madera,
Que les sirve de cunas y ataudes.
Entre esta fruta fácil considera,
Que un asado y cocido, poco y bueno,
Sobre manteles cándidos me espera.
Y que á mis horas ciertas como y ceno
Con la resolucion que lo exercita
Un sano que reniega de Galeno.
Y con puntualidad tan exquisita,
Como la indispensable, que el sol tiene
Para ilustrar los signos que visita.
Mas componer la sala me conviene,
Y mi lecho en su alcoba, y ver del modo
Que el tercero aposento se previene.

Que es grande, blanco, y lleno de luz todo:
En este de mis bienes lo mas rico,
(Mis apacibles libros) acomodo.
Este, suaves musas, os dedico
Al ocio docto, á las vigilias santas,
Que me han de secrestar del siglo inico.
Acetadlo, bellísimas Infantas
De Jove, así no huelle vuestras flores
Profano huésped con indignas plantas.
Vuestra deidad no inspire sus olores
Sino á la bien dispuesta lozanía,
Que eleva los ingenios superiores.
No se llegue, ni á Euterpe ni á Talía
(Por mas que alegue á Sócrates) el necio,
Que en su verbosidad servil porfia.
Escuchen solamente con aprecio
Las verdades que esparce en su elegancia
La fiel consoladora de Boecio.
Use allá fuera Codro de arrogancia
Por ciencia, y de su voz arrastre asidos
Los vulgos, como Alcides el de Francia:
Pues juzgan con tan rústicos oidos,
Que lo escuchan por cisne, siendo ganso,
Y por canto sonoro sus graznidos.
Y miéntras que Gnaton compra el descanso
Con oficioso agrado, y disimula
Su cieno y ovas como arroyo manso:
Y algunas veces reprehendiendo adula
(Que hay tambien aspereza aduladora)
Al noble tributario de su gula:



A sus versos da honor, porque devora
Sus platos, siempre huéspeda la panza,
Hinchada por agena cantimplora;
Y en tanto que al poder y á la privanza
Freqüentan los barbudos pretendientes,
Que en apariencias fundan su esperanza:
Bien que entre los decoros aparentes,
Por virtud de sus piedras y metales
Cobran los requisitos suficientes:
Y en tanto que de lechos conyugales,
Que afortunados la ignorancia llama,
Arde el honor en ascuas desiguales;
Porque plugo á los ojos de madama
La maciza salud del page hermoso,
Y desmiente al susurro de la fama:
O prohijando al satisfecho esposo
Obra de esfuerzos mas executivos,
O apelando al brebage poderoso;
Por cuya fuerza arroja medio vivos
Al adúltero Adonis semejantes
(No sin peligro) trozos abortivos:
Y en tanto que el tropel de negociantes
Hunde estas calles, como quando en Creta
Gritaban los piadosos Coribantes;
Y Crisófilo cauto con la treta
Del volador Simon la mitra agarra,
Con que despues la indocta frente aprieta;
No por mostrar la indignacion bizarra
De otro Simon, que amando á su maestro,
En un huerto esgrimió la cimitarra,

Sino contra el exemplo de Silvestro,
Para oprimir la esposa como á sierva,
Dándole á César el peculio nuestro;
Que sus ovejas él no las conserva,
Sino por el vellon que les trasquila,
Sin zelo de que rumien sal ni yerba:
Y miéntras gime entre Caribdi y Scila
Tu verdad por causídicos malditos,
De quien la fe como la voz se alquila;
Hasta que, huyendo interesales gritos,
De los confusos tribunales vuela,
O se ahoga en los pérfidos escritos:
Y miéntras la ambicion y la cautela
Apresuran las vidas en palacio,
Que á la corriente edad bate la espuela:
Viviré yo en mí mismo á libre espacio
Con Gerónimo, Ambrosio y Augustino,
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.
En este, que es mi puerto, determino
Mirar (si puedo) como ageno el daño,
Que otros reciben del furor marino.
Y allí de jaspe catalan ó extraño,
Para colgar mis cepos y cadenas,
Levantaré un altar al desengaño;
Cuya inscripcion con letras de oro llenas,
Aunque respete al superior sentido,
Que les dió ó penetró Pablo en Atenas,
Dirá tambien, al Dios no conocido.



## EPISTOLA.

No te pienso pedir que me perdones,
Marques, lo que he tardado á responderte,
Si en residencia mis afectos pones.
Muerto me hubiera tan menguada suerte,
Como hallarme con culpa en tu servicio,
Y por justa aprobara yo la muerte.
Mas de la patria el seno que propicio
Suele ofrecer salud á los sugetos,
Niega á mis fiebres su benigno oficio.
¿Quál sediento engendró versos perfetos?
¿Querrás que quando el agua se le aparta,
Cante la sed de Tántalo en tercetos?
Los tuyos recibí, besé la carta:
Mas leer tres ó quatro apénas pude,
Quanto ménos pasar toda la sarta.
Y agora tan maligno humor me acude,
Que no hay cosa que no me dé mohina,
Como ni medicina que me ayude.
Mas cruel, mas cruel la medicina,
Que la misma dolencia se me muestra,
(Hipócrates perdone y su dotrina).
Jamas vió tan furioso Clitemnestra
Al hijo fiero, matador de Egisto,
Como á mí, de una pócima siniestra.
Ni flor medicinal ni fruto han visto
Los orbes nuevo y viejo, que faltase
A desleirse en mi exêcrable pisto.

Si cinco balas que tragué contase,
En que apretó Canidia cinco cargas
De drogas frias en primera clase;
Cada qual tuvo dos arrobas largas:
Dióles su lustre el fino oro de Tibar,
Mas no las pudo hacer ménos amargas.
Intenté el restaurarme con almíbar:
Mas de estúpido al fin, y hecho pedazos,
No distinguí el azúcar del acíbar.
Cinco ó seis veces alargué los brazos
A que los agotase una lanceta,
Y toleráron de un liston los lazos.
Y sin embargo, en la sazon quieta
Llamo á las nueve hermanas, y no duermo:
Mas no es mi voz oida, ó no es aceta;
Porque aman mas sus selvas ó su yermo,
Que con el melancólico Saturno
Entrar al aposento de un enfermo.
Pido prestado el plectro ó el coturno,
Con que Mantua los hechos manifiesta
Del poco amable vencedor de Turno:
Para que hallen, Señor, digna respuesta
Tus versos y su espíritu divino;
Mas ya ni se merece ni se presta.
Por eso á responder me determino
En el estilo cómico y pedestre,
Tan inferior al tuyo peregrino.
Que tiempo ha de llegar donde se muestre
Heroyca, y no satírica mi musa,
Pues tú le puedes dar anillo eqüestre.



Fundada pues su verdadera excusa,
Discurriré, á tu gracia reducido,
En la materia que le das difusa.
Tu carta (aunque segun yo he presumido
Sobre lo que la alcanzo, se me eleva)
En dos particulares la divido.
El primero es, Señor, darme la nueva
De que quitaste á Vénus las primicias,
Que de tus años juveniles lleva.
Fue para mí dignísimo de albricias,
Y mas si juntamente cierto fuera,
Que en ese estado proseguir codicias:
Que aunque es gloriosa la faccion primera,
Quieren sabios, que el mérito consista
En el valor que vence y persevera.
Repose, mas no tanto que desista:
Que no merece el que defiende un fuerte
Ménos que el que de nuevo lo conquista.
El vencedor, que un punto se divierte
De poner prevencion á lo futuro,
En oprobrio su crédito convierte.
Fugitivo de Vénus te figuro,
Marques: mas, si verdad puedo decirte,
No estoy de tu constancia muy seguro.
Ni en tanto que navegues en la Sirte,
(En tanto digo que el peligro amares)
Podrás de sus tormentas exîmirte.
Es menester, Señor, que desampares
Esos vadosos senos, cuya arena
Suele infamar los africanos mares.

Ulises para oir á la sirena,
No solo á sus ministros ensordece,
Sino que se hace atar en una antena:
Porque sabe lo mucho que merece
Quien se niega á sí mismo, y solo fia
De la ocasion, que de ocasion carece.
Tu sirena interior por otra via
Intima, y rara escucho que se opone,
Y soltando su dulce melodía,
Con suaves discursos te propone,
Que á la ocasion de nuevo desafies,
Que ese desden moderno perficione.
Que todos tus consejos le confies;
Porque no es bien que del nativo amigo,
Nacido en tus entrañas, te desvies.
Huye de tí, no vivas ya contigo,
Porque la filaucia no te engañe:
(Ese amor propio de tu centro digo).
Para que tu juicio se acompañe
Con la razon que amiga le conceda
Su luz, que lo confirme ó desengañe:
Porque con tanta propiedad remeda
A la misma razon la filaucia,
Que apénas hay quien discernirlas pueda.
Dirá que no es valor el que desvia
La ocasion, sino el ánimo robusto;
Que la virtud en sus sequaces cria,
La constancia, la fe, el recato justo.
¡Mas ay! que esta retórica endereza
Su causa á solo establecer tu gusto.



¡O Dios! si penetrares la corteza,
¡Qué fraudes hallarás, que en la figura
Vienen de sencillez y de fineza!
Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Zelos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercebidos.
Culpa los siervos con la limpia ira
De los zelos legítimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando:
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces,
Que de los ojos bien mandados llueve:
Cuyo llanto, ¡ó marido! y cuyas voces
Te dirá su escritorio si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡O santo Dios! qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar! Yo me prefiero,
Que á diferente tribunal te apeles.
Volviendo, pues, Marques, á lo primero,
Si de las ocasiones no te sales,
No es hasta agora el vencimiento entero.
¿Quién vio ociosas las causas naturales,
Quando no habiendo estorbo que lo impida,
No producen efectos sustanciales?

¿Pues qué ha de hacer la voluntad herida
De la dulce presencia del objeto,
Sino dar incurable recaida?
Contra esto dicen que al fatal decreto,
Que las celestes máquinas gobierna,
Vive el vigor de la razon sujeto:
Que allá eslabona la cadena eterna
Los cursos y sucesos de las cosas
Trazados en la idea sempiterna.
Y que las diligencias oficiosas,
Quando á los hados contrastar pretenden,
Vienen á ser ridículas y ociosas.
¡O miserables los que solo atienden
Al soplo vago, sin calar el viento
Los naturales remos que lo hienden!
Y dexados llevar del movimiento
Comun, el albedrío maniatan
Generoso y real, de ley exênto:
Y sin respeto á su virtud lo tratan
Con el título vil, que á Siro ó Davo,
Y el cetro hereditario le arrebatan.
Esta qüestion, si es libre, ó si es esclavo,
Causa alboroto y gritos en escuelas;
Mas siempre él sale vitorioso y bravo:
Que aunque por ignorancias ó cautelas
Han puesto su verdad en opiniones,
Rompe nuestro albedrío las pigüelas.
Tú, que por ignorar tus propios dones,
Sujetas al destino tus potencias
Con lo mal que á evitarlo te dispones,



¿No atiendes que al poder que reverencias
Agravias? ¿Y á tí mismo que obediente
Tu fuerza entregas á sus influencias?
Tu eleccion, si lo miras altamente,
Se fabrica á sí misma oprobrio ó gloria,
Como artífice activo ó negligente.
Vive, pues, vida digna de memoria,
Y no entre los tumultos improvisa,
Si quieres hacer tuya la vitoria.
Que aunque los astros fuertes le den prisa,
Triunfante el sabio vencedor humano
Con pie absoluto sus cervices pisa.
Muy bien pudiera Jove de su mano
Librar el pleyto de las diosas luego
Sin remitirlas al zagal troyano:
Y con esto evitar el sacro fuego
En que Troya se ardió, el cuchillo impío,
Y obstinacion del injuriado griego.
Pero quiso mostrar el poderío
Que á los hombres ha dado, y que se allana
Todo á la libertad del albedrío.
Júzguelas recta la eleccion humana,
Que eternas paces ó implacables iras
Lleva en el seno la fatal manzana.
Grecia, quanto estupenda en sus mentiras,
Es admirable en el comento dellas,
Si tú con vista no vulgar las miras.
Aquellas tres competidoras bellas
Por Júpiter á Paris remitidas,
Para que fuese juez de sus querellas,

Por el sentido místico entendidas,
En cada qual de sus bellezas luce
Un símbolo de alguna de tres vidas.
Palas á contemplar nos introduce,
Juno al trato civil, la que exercita
El delicioso á Vénus se reduce:
Y porque al hombre el cielo jamas quita
Su exêncion, de las tres la causa entera,
Quiso que á su albedrío se remita.
Mas él, que en lo exterior las considera,
Sin notar lo sublime del misterio,
Juzgó por mas hermosa la tercera.
Sobornado del trágico adulterio,
Que tantos Reyes truxo á la venganza,
Y vió en el humo Priamo su imperio.
¿Y vives, ¡ó lasciva destemplanza!
Tan sin discurso, que tu gozo igualas
Con el que la porcion divina alcanza,
Quando la suben sus felices alas,
Sin que el cuerpo les cause estorbo alguno,
A contemplar el sumo bien con Palas?
¿O sentenciando por la activa Juno,
A unir con perfeccion la disonancia
Del furor de los hombres importuno?
Tú, pues, noble rebelde, ten constancia
Contra el caudillo que desamparaste,
Y busca bienes de mayor sustancia.
Si con herida en lo interior quedaste,
(Que temo que haya alguna en lo profundo)
Saca la flecha, y lo pasado baste.



Esto fue lo primero. Lo segundo
Que en tu carta me dices, comprehende
No ménos á Madrid, que á todo el mundo.
Quéjaste agora dél, porque no atiende
Sino á murmuraciones y juicios;
Di, ¿qual pueblo no juzga y reprehende?
Ese millon de hermosos edificios,
Quando huéspedes tantos encerraba
De tan varias provincias colecticios,
Las grandes novedades anegaba
En su mismo tumulto, y el oido
Apénas á las leves aplicaba:
Mas agora á su orígen reducido,
De las inteligencias sacrosantas,
Y de las temporales excluido;
¿De que se ocupe en murmurar te espantas?
¿Y que suceda el argumento leve
A la materia de grandezas tantas?
Por aquí acabo de entender qual debe
De haber quedado; y como el tiempo doma
A quien mas se le opone y se le atreve.
¡O quanto desto vió inclinada Roma,
Quando mudó el Imperio Constantino
A la ciudad que su apellido toma!
Que lo portátil que á Bizancio vino,
Cargó mil naves de los mas famosos
Vestigios de la gente de Quirino:
De mármoles, estatuas y colosos,
Ornato ya de la Asia, y todos ellos
Por la industria del arte mas preciosos.

Bien que sobre las astas y en los sellos,
Por el Imperio á Roma reservado,
El águila imperial mostró dos cuellos.
Parecerán las gentes que han quedado
Por esas calles huérfanas y solas,
Carpas en el estanque desaguado,
Que echadas fuera las amigas olas
Entre el junco tambien desierto, azotan
La media enxuta arena con las colas.
Y así pienso que agora que se agotan
Las materias antiguas, mas sedientos
Hasta accidentes muy plebeyos notan.
Bien que el interpretar tus pensamientos
No es exceso vulgar; pues en su vuelo
Tiene los ojos toda España atentos.
Esto te obliga á levantarlo al cielo,
Y renovando allí sus plumas viejas,
Sufrir sus rayos, y animar tu zelo.
Pero dime, ¿por qué el provecho dexas,
Que pudieras sacar del enemigo,
Y lo conviertes en ociosas quejas?
Si en matando al leon (como es testigo
Cleonas), de su piel greñuda Alcides
Formó á sus miembros belicoso abrigo:
Si con la detraccion del vulgo mides
(Piel de monstruo mas fiero) tus acciones,
¿No te será un arnés para otras lides?
Quiero decir, Señor, que las abones
Con las reglas que sacan los mordaces
Del veneno que entro en sus corazones.



Tú, para darnos miel ó enxambre, naces
Así de muerta ó corrompida vaca;
Bien que romeros y tomillos paces:
Y así de horribles víboras se saca
(A las lenguas del vulgo semejantes)
Contra las mismas víboras triaca.
Mas pregunto, ¿es muy bueno que te espantes
De su murmuracion, si tú confiesas
Que le diste ocasiones tan bastantes?
Palabras de tu carta son expresas,
Que hiciste vanos los consejos mios,
Cebado del error de tus empresas.
Yo te los di de adulacion vacíos
Y de temeridad; de fe tan llenos,
Como eran menester para tus brios;
Por la misma experiencia de los senos
De la filosofía á luz sacados;
Pero (en vez de escucharlos á lo ménos)
Fuéron por tí con risa despreciados,
Y por otros garzones de tu estofa
Cómplices en tus sendas y cuidados.
Viendo, pues, quan en vano filosofa
Un desautorizado, retiréme,
Si no de aquel fervor, de aquella mofa:
Pues no hay piloto cuerdo, que si teme
Vecina tempestad del puerto léjos,
No extienda bien sus lienzos, y no reme.
Yo vi los arreboles tan bermejos,
Que pude señalar los temporales
Con que hoy se desagravian mis consejos.

Y así me recogiéron mis umbrales
Corrido, y obligado á reducirme
A no dar otra vez consejos tales.
Dirán que fue mal hecho el exîmirme:
Que el médico (mal grado del doliente)
Quando le tiene amor, suele estar firme.
Si tú lo dices, sufre que te cuente
Un exemplo en mi causa, porque acabes
De ver que tuve el ánimo inocente.
El águila juntó una vez sus aves,
Porque se lo pidió la golondrina,
Para tratar de ciertos puntos graves.
Atravesó la rústica gallina
El Ligústico mar, y la africana
Desamparó sus palmas y marina.
El pavo (raro un tiempo en mesa humana,
Que la nueva y voraz gula española
Tiene ya por comida cotidiana),
Aquí sus varias plumas enarbola:
Y las mirlas y tordos alemanes
De grandes alas y espaciosa cola.
El cisne, que el mayor de los afanes
Lamenta con dulcísima armonía;
Y de Colcos viniéron los faysanes.
Tambien sus francolines Jonia envia:
Y tú, á quien la naranja y la pimienta
Es tu bálsamo y mirra, perdiz mia,
Aquí llegaste autorizada y lenta;
Y el ánsar fiel á los romanos gratos,
Cuyo Censor primero los sustenta.



Las torpes ocas y silvestres patos,
Y los muelles pichones; los palomos
Dichos torcazos, y en latin torquatos:
Las aves tardas, á quien los que hoy somos
Llamamos avutardas vulgarmente,
Cigüeñas largas y mochuelos romos.
Luego una esquadra de sonora gente,
Ruiseñores, calandrias; y Canaria
Remitió sus cantores obediente.
Gorriones, cuervos, y la solitaria
Tórtola lloradora de sus duelos,
La altiva garza en sus caprichos varia.
El falcon y el azor desde los cielos
Se apean, no en alcándaras ni en barras,
Las primas, gerifaltes y torzuelos:
Que todo el esquadron de uñas bizarras
Muestra sin capirotes ni pigüelas
Pacíficas las frentes y las garras.
Las grullas, que con diestras centinelas
El Atico carácter de su hueste
Preservan de las súbitas cautelas.
La codorniz marítima y la agreste,
Y las armadas de su cresta upupas,
Y el fantástico páxaro celeste.
Tú aquí tambien, lechuza, asiento ocupas,
Aunque á las sacras luces acometes,
Lámparas quiebras, y el aceyte chupas.
La fenix no salió de sus retretes,
Donde al honor del ataud ó cuna
Apercibe pastillas y pebetes.

Mas de otras aves no faltó ninguna,
Sino las que el derecho hizo excusadas,
A consultar de su comun fortuna.
De todas las regiones apartadas
Voláron á las cumbres de Pirene
Por muñidores páxaros llamadas.
Allí entre encinas y alcornoques tiene
De Júpiter la insigne camarlenga
Capaz teatro, adonde á cortes viene.
Habiendo, pues, con ceremonia luenga
Honrado á los veloces circunstantes,
La golondrina comenzó su arenga.
Dióles superlativos arrogantes,
Para captar comun benevolencia,
Al uso de escolásticos pedantes.
Dixo (pidiendo á la águila licencia)
Que ella zelaba el volador linage,
Y así le quiso dar cierta advertencia.
Como yo voy haciendo mi viage
Sobre tantos paises (dixo), advierto
Lo que nos puede ser favor ó ultraje:
Y un inmenso peligro he descubierto,
Que aunque en la execucion no está vecino,
Basta para atajarlo el ver que es cierto.
Desde el mar de Helesponto hasta el Latino
Nace en los campos de la tierra grasa
Cierta semilla, que la llaman lino,
Que los esteriliza y los abrasa;
Porque arraygada entre los surcos crece,
Y á dar tributo en pocos meses pasa.



Quando su arista el grano rubio ofrece,
La arrancan de raiz, porque la siesta,
Pálida ya, la aprieta y la endurece.
Así en los haces manuales puesta
Al sol se enxuga, y luego el agua aplaca
La sed que le da el sol quando la tuesta.
Del agua al sol segunda vez se saca;
Y para quebrantar su caña hueca,
Con mazos de madera se machaca.
La arista vuela destrozada y seca,
Dexando el lino mondo en largas venas,
Y peynes lo hacen digno de la rueca.
Pues terso como barbas y melenas
De los anacoretas que vió el Nilo,
O como en sus filósofos Atenas,
Se dexa prolongar al mismo estilo:
Y entre rústicos dedos apremiado,
Dellos revuelto al box, resulta el hilo.
Luego es cordel con hilos engrosado:
Este forma los lazos y las redes,
Con ñudos y lazadas prolongado.
Engaño, que en las plantas ó en paredes,
Donde habitamos todas, escondido,
Peligra el robador de Ganimedes.
No estará salvo el inocente nido:
Ni el discurrir las selvas ni dehesas
Será á los libres vuelos permitido:
Porque seremos por los hombres presas
En los senos del lino fraudolento,
Que presto vendrá á ser redes espesas.

Al fin, lo que en razon de todo siento
Es, que miéntras el lino á ser no llega
De humanas asechanzas instrumento;
(Porque aun agora arroyo manso riega
Su inocencia en cogollos florecientes,
Y en la tardanza natural sosiega;)
Arremetamos todas diligentes
A talar su verdura sospechosa,
Que amenaza el estrago á nuestras gentes.
A lo ménos, ¡ó reyna generosa!
Manda que algunas tropas de vencejos
Confundan la semilla perniciosa:
Y no porque los daños mires léjos,
Dilates el poner mano á la obra,
Que vanos son sin ella los consejos.
El mal que no se ataja fuerzas cobra:
La pérdida de tiempo no es pequeña,
Y, salvo al imprudente, á nadie sobra.
Aquí acabó: mas la águila risueña,
Como si oyera al terenciano Traso,
La no superflua plática desdeña.
Las demas con su exemplo rien paso:
Mas luego suena pública la risa,
Sin hacer del aviso ningun caso.
Y aun hubo quien votó, que con precisa
Relegacion se castigase luego
Quien de cosas tan frívolas avisa.
Pero tambien pasó en donayre y juego:
Y volando en desórden y en huida,
Al ayre se entregó el senado lego.



La golondrina, atónita y corrida
De hallarse sola, y que con arrogancia
Quedaba su oracion correspondida:
Alto, cedamos, dixo, á la ignorancia
Universal; pues el ponerle enmienda,
Se intenta con oprobrio y sin ganancia;
Y cada qual á su interes atienda:
Yo á lo ménos de selvas enemigas
Secrestaré en seguro mi vivienda.
Y en casas de hombres, en las altas vigas
Suspenderé mi nido; y los alados
Senadores remedien sus fatigas.
Tiempo vendrá en que presos y enredados,
En su infortunio alabarán mi zelo;
Pues de sanos consejos despreciados
La venganza dió al tiempo el justo cielo.

## EPISTOLA

### DEL PRINCIPE DE SQUILACHE.

Señor Retor, razon será que pruebe
Con mas alegre musa á responderos,
De lo que á vuestra carta se le debe.
Y no lo digo á fe por ofenderos:
Mas vino la misiva tan en seso,
Que fuera muy posible no entenderos.
Que está la pena y la culpa en mí confieso:
Mas no entender es falta moderada,
Y el mucho averiguar culpable exceso.

¡Mas qué moralidad tan excusada
En tiempo que sabella y entendella
Se juzga por locura mesurada!
A sátira encamina esta doncella
Mi estilo familiar, y no ha sabido
Que sois un sacerdote ayuno della.
No sé qué tantas vuestras he leido:
Serán hijos agenos, que piadoso
Habeis legitimado y defendido.
Tambien procura veros en el coso,
Pues me depara agora esta malicia,
Que puede perturbar vuestro reposo.
Su mala inclinacion en esto indicia,
Que si á vos no perdona, y satirizo,
A nadie pienso que será propicia.
Con mi curiosidad su fuego atizo,
Que siempre el decir mal fue sin provecho,
De todos gustos un comun hechizo.
Va de sátira, pues, aquesto es hecho:
Que nueva fuerza mi paciencia siente,
Y casi reventar quiere en el pecho.
Aquí donde Pisuerga mansamente
En sus floridas márgenes se enfrena
Con dulce murmuras de su corriente,
Alguna gente vive, que por pena
Tiene solo el temor de la partida
De aqueste dulce engaño y su cadena.
Por dicha juzgará perder la vida,
Y no el estrecho lazo que los ata
A su opinion fundada en la comida.



Si Campos es tan fértil, los maltrata
Como la seca Mancha, y su argumento
El sofista suceso le desata.
No pienso proseguir con este intento
Discursos que serán, segun entiendo,
Para su bien y mal sin fundamento.
Al fin, será si fuere, y no pretendo
Decir que son dichosos los que viven
En soledad la vida entreteniendo.
¡Qué enfadoso es el yerro que reciben!
Horacio se engañó, y tendió las redes
A necios melancólicos que escriben.
¿Ver unos gestos siempre? ¿unas paredes?
¿Vivir entre ignorancia con cautela?
La flema es necesaria de Arquimedes.
El que ningun cuidado le desvela,
Mucho tiene de bestia. Al fin, en todo
Per molto variar natura è bella.
En esto con mi gusto me acomodo:
El vuestro es diferente, y bien quisiera
Hallar para mudarle nuevo modo.
Y aunque conozco bien de la manera
Que vive aquesta gente, es en secreto,
Y no lo he decir, ni Dios lo quiera.
Si bien miramos, pues, al mas perfeto,
Ninguna vida en guerra así se emplea,
Como una pluma en su menor defeto.
Si la otra no es doncella, no lo sea:
¿Parila yo? Que Barrabás la lleve,
Y á quien su honor contra su bien desea.

Si el otro gasta mas de lo que debe,
(Dixe deber por término infinito)
Sobre él al cabo de sus gustos llueve.
Si el otro, que es discreto por escrito
Se precia de razones mas rodadas,
Que privilegio de hidalgon corito:
Dos docenas habrá de puñaladas,
Que acaben los retruécanos pesados,
Pasto inútil de orejas mas pesadas.
Si el otro con desprecios engañados
Burla del sabio, y dice lisonjero,
Gran ventaja nos hacen los letrados:
Vos sabeis, buen Señor, que es majadero,
Y es fuerza la ignorancia, porque quiere,
Que en no saber esté el ser caballero.
Si el otro codicioso pena y muere
Con sed de insaciable hidropesía,
Su pago le dará lo que adquiriere.
Llego, pues, á la envidia: ¿si podria
Mi corto ingenio celebrar la suma
De su absoluta y ciega tiranía?
Mas temo que la vida se consuma,
Y en tan infames alabanzas corta,
Me ponga freno mi corrida pluma.
Rinde el honor, los ánimos acorta,
Piérdese por fianzas sin gozallo,
Ménos entiende en lo que mas le importa.
Reyna insolente, siendo vil vasallo,
Del bien ageno con su mal reparte,
Con sola la codicia de quitallo.



El odio junta, la amistad desparte:
Ella es al fin el alma de palacio,
Toda está en todo, y toda en cada parte.
Vamos, sátira ó carta, mas de espacio,
Que si adelante paso, á mas me obligo
De lo que da lugar tan corto espacio.
Queriendo proseguir llegó un amigo,
Y dixo: ¿los Poetas no podrian
Llevar á vueltas desto su castigo?
Con Marcial respondí dicha tendrian:
Mas libre Dios mi libro de esa sarna,
Aunque ellos merecido lo tenian.
Punta de verso agudo mal encarna
En ingenios de hierro y de madera,
Que si el diente le echais, rompe ó descarna.
Piadoso pienso ser desta manera,
Que no faltan algunos que con gusto
Defienden los antiguos donde quiera.
Si una ciudad de malos por un justo
Perdona Dios, pues hay algunos buenos,
Con mi piedad su desvergüenza ajusto.
Yo bien holgara que viviesen ménos;
Pero las pestes andan á menudo,
Y caen rayos donde suenan truenos.
Llegar aquí sin mi licencia pudo
Con leves burlas mi risueña musa,
Aunque haya agora quien se alegre dudo:
Pero mi sentimiento la rehusa,
Que adonde tanto puede el mal de ausencia,
Las culpas del placer son sin excusa.

Quisiera que el dolor diera licencia
Para que el sentimiento publicara
Entre su sinrazon y mi paciencia.
Agenas fuerzas por su mal buscara;
Pero triunfando al fin de mis sentidos,
Qualquier ganancia me saliera cara:
Y aunque fueran por mí tan bien perdidos,
Viniera el mal á ser como el verdugo
Que muerto el hombre viste sus vestidos.
Sujeto, pues, el cuello al grave yugo,
El pecho mas que scita helado y frio,
De mis amargas lágrimas enxugo.
Mirad á quanto obliga un desvarío:
Pues doy aun libre cuenta tan estrecha
De un ciego error nacido de un desvío.
Pienso acabar aquí con la sospecha,
Que murmurar á tan prolixa carta,
Para no ser pesada, le aprovecha.
Vuestra respuesta espero ántes que parta,
A Lupercio direis que no le escribo:
Que aunque de mí su amor jamas se aparta,
No corren los tercetos donde vivo.

## EPISTOLA

### RESPONDIENDO A LA ANTECEDENTE.

Don Francisco, aunque llames carta en seso
Mi prosa familiar, y por severa
La reprehendas como grave exceso:



No te pienso escribir de otra manera,
Si me has de responder tan doctamente,
Como agora lo has hecho en tu postrera.
No escribió con estilo tan corriente
Pluma latina ó griega, ni tan presta
Satirizó los vicios de su gente.
Pero volviendo á mí y á tu respuesta,
Digo, que al escribirte no tenia
La eutropélica parte bien dispuesta:
Y así debí de huir con demasía
De las burlas que pide un gusto urbano,
Que de cuidados graves se desvía.
Puso esta parte en el compuesto humano
Prometeo muy junto de los fuelles,
Que tienen vivo el fuego soberano.
Allí forma la risa en cuerdas muelles,
Mas si no toca el alma el instrumento,
No harás nada, aunque mas las atropelles.
Bien que si algun accidental contento,
Qual músico gentil las teclas pisa,
Luego despide su risueño aliento.
Y el que muere á cuchillo por precisa
Necesidad, si el hierro allí le toca,
Verás que da el espíritu con risa.
En esta parte tengo yo tan poca,
Y la cruel melancolía tanta,
Que ha mucho que á reir no me provoca.
O cúlpasme quizá porque no canta,
Calzando zuecos cómicos primero,
Satíricos discursos mi garganta.

Si esto es así, pues sabes que prefiero
Otro estudio mayor al de las musas,
Ser defendido por tí mismo espero.
Acuérdate, Señor, quando me acusas,
De mi ocupada vida, y del molesto
Exercicio en que fundo mis excusas.
¿Piensas tú que no hay mas sino hacer presto
Cien tercetos muy fáciles y puros?
No siempre al verso está el humor dispuesto.
¿Tengo el arpa que á Troya dió los muros?
¿O puedo yo traer como otra maga
El espíritu á fuerza de conjuros?
Meses y aun años pasan sin que haga
Experiencia de mí; y un epigrama
Apénas formo que me satisfaga.
Y aunque me lo mandase una madama
Mas principal que Juno, y con desvios,
O con favores me despierta y llama,
No sonará su nombre en versos mios,
Si voluntario Apolo no desciende
A infundirme el furor y sacros brios.
Harto hace el paralítico que atiende
A quando mueve el Angel la piscina,
Si la ocasion por los cabellos prende.
De quando en quando hará la tibicina
Euterpe en verso alguna travesura,
Mas no segun la nueva disciplina.
Digo de los que cantan la hermosura,
O el rigor de sus ninfas en sonetos,
Que la region del ayre no es tan pura.



Aquellos metafísicos concetos
¿Como podrá alcanzallos quien tropieza
Entre los que al sentido estan sujetos?
Yo te confieso que quando uno empieza
Zelos, glorias, desdenes y esperanzas,
Que se me desvanece la cabeza.
Dirásme, ¿luego tú no las alcanzas,
Porque nunca estuviste enamorado,
Ni sujeto á accidentes y mudanzas?
Sea como ello fuere, de mi estado
Yo daré cuenta á Dios: basta, que agora
Yo no alcanzo su estilo levantado.
Antes pidiera á Clio la sonora
Trompa con que los héroes eterniza,
Y celebrara á España vencedora,
Que imitar al furor que Petrarquiza:
Y si estornuda Filis, el amante
En filósofo son la solemniza.
Pero tú no me mandas que levante
Mi humilde pluma cerca de los cielos,
Sino que reprension de vicios cante.
„ No como la publican los libelos,
„ Sino como tu carta, que no tiene
„ Palabra que no encubra mil anzuelos."
Por esto mismo á mí no me conviene
Tocar tales materias: ya sabemos
Quan pocos quieren que esta voz resuene.
Y mas quando se sube á los extremos,
Y censura las públicas costumbres
De los que por su oficio obedecemos.

Solo Júpiter hiere en estas cumbres:
Suyo es Olimpo, suyo el sacro templo:
Fulmine en ambos sus horribles lumbres.
Harto me aflijo yo quando contemplo,
Que la falta en nosotros de la enmienda
Resulta de la falta de su exemplo.
No me ciñe las sienes la real venda,
Ni soy juez por virtud ni por oficio:
Competente censor los reprehenda,
Que carezca siquiera de aquel vicio
Que nota en ellos, y que no se aplaque
Con lo que á mas de un juez vuelve propicio.
Alguno contra mí pondrá un achaque
Tal, que á sombra del zelo de justicia,
Hierro privado de la vayna saque.
¡O quanto puede armada la malicia!
El Rey y sus ministros eminentes
Lo juzguen quando llegue á su noticia.
Entre tanto mi lengua tras los dientes
Encoger, y mis hombros determino,
(Gran modo de evitar inconvenientes).
Y el vulgo dice bien, que es desatino,
El que tiene de vidrio su tejado,
Estar apedreando al del vecino.
Demas, que á cuyo cargo está el ganado,
Qualquier suceso própero y adverso
Por cuenta va tambien de su cuidado.
Diréte un cuento de esto no diverso:
Leelo, pues que á tí el leerlo ménos
Te costará, que á mí ponerlo en verso.



Unos buenos pastores (que por buenos
Eran tenidos, aunque mercenarios,
Quiero decir, de caridad agenos,)
Hiciéron en sus bósques solitarios
Un agreste convite de una oveja
Bien asada en sus lares ordinarios.
Y estándola comiendo, en la conseja
Se mezcla un lobo, que acechado habia
Del modo que la presa se festeja.
Y hablando de improviso (concedia
Habla á los brutos el primer derecho)
Dixo riendo: bien por vida mia;
Si hubiera yo lo que vosotros hecho,
¡Qué tumultos moviérades, qué voces!
¿Quál es mejor, mi cueva ó vuestro techo?
Levántanse de presto los feroces
Rústicos como hallados en el robo,
Y aperciben sus hondas, chuzos y hoces:
Hieren de muerte al miserable lobo:
El qual rindiendo su esperanza al daño,
Dió desangrado el último corcovo.
Mas dixo: para el cielo no hay engaño;
El y mi sangre á una darán gritos:
Que no muero por zelo del rebaño,
Sino porque les dixe sus delitos.

## EPIGRAMA.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte

No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dixo: hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fue,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿por qué?

II.

La antigua verdad por ruda,
O por libre de artificio,
La mostró un pincel propicio
En sus retratos greñuda:
Tambien lo está por aguda
La ficcion de nuestra edad.
¡O preciosa antigüedad!
¿Quién será el que no se irrite
De que á la fraude acredite
La greña de la verdad?

III.

Viendo Alfio quan desvalida
Yace la causa del justo,
Y al reves, quan á su gusto
Logra el inico la vida,
Dió en ser malo; y á medida
De su maldad castigado:
¿De quándo acá (dixo) el hado
Trata los malos así?
¿Cómo? ¿Solo para mí
Anda el mundo concertado?



## SONETOS.

¿Cómo tienes noticia tan profunda
Del derecho civil, Teodoro mio?
Dilo, así Dios te dé un barbero pio,
Que esa prolixa barba arrase ó tunda.
Antes, ¡ó Fabio! las navajas hunda:
Varon barbado, insigne barba crio:
Que en mí el saber, como en Sanson el brio,
En este pelo trágico se funda.
¿Esto es posible? ¡O grato á los incultos,
Saturno! si en las barbas de Teodoro
El fruto que en un largo estudio pones,
Bróteme doctas cerdas cada poro:
Mas niega este secreto á los cabrones,
Que aspiraran á ser jurisconsultos.

II.

En la Holanda bañada del tributo,
Que á todas las kalendas paga Lice,
Clava una rana viva el infelice
Clito su esposo, felizmente astuto.
Púsole en odio el adulterio (fruto
Del ranicidio, segun Plinio dice);
De hoy mas, ni Tolomeo á Berenice
De casta, ni á su Porcia alabe Bruto.
¡O César! ¡ó repúblicas y Reyes!
Si Lice excede á egipcias y romanas,
Edificad á Clito estatuas y arcos.
Perezca la ley Julia: vengan ranas,
Pesquen los magistrados por los charcos,
Pues hacen mas las ranas que las leyes.

III.

Aunque Ovidio te dé mas documentos
Para reirte, Cloe, no te rias,
Que de pez y de box en tus encias
Tiemblan tus huesos floxos y sangrientos:
Y á pocos de esos soplos tan violentos,
Que con la demasiada risa envias,
Las dexarás desiertas y vacías,
Escupiendo sus últimos fragmentos.
Huye pues de teatros, y á congojas
De los lamentos trágicos te inclina
Entre huérfanas madres lastimadas.
Mas paréceme, Cloe, que te enojas:
Mi zelo es pio: si esto te amohina,
Ríete hasta que escupas las quixadas.

IV.

Tú, á cuyos dedos hoy los pulsos fia
La opinion ó el error de los mortales,
¿Cómo, nos di, de la piedad te vales,
Que entre las manos se te vuelve impía?
Esas drogas que Arabia nos envia,
Recetadas por tí son funerales:
Envidian á tu pluma los puñales,
Y á tus libros la mas fuerte armería.
¿Cómo? Porque los hados con veneno
Me mandan asolar, justos, la tierra;
Y si vuestros antídotos estrago,
Aníbal soy, que para haceros guerra,
Por los alfanges que volví á Cartago,
Me obligan á empuñar los de Galeno.



V.

Ya no murmura el pueblo, sino brama
Contra tus fraudes, Lico, porque siente
Que no hay seguro en tu modesta frente,
Mas que en la de una fiera de Xarama.
La voz del pueblo voz de Dios se llama:
Mas yo, para juzgar sencillamente,
Hago por tí una excusa suficiente,
Por quitar las calumnias desta fama.
Que tú no crees que hay vida que comienza
Donde esta acaba, ni la suerte, ¡o Lico!
A las obras humanas prometida.
Pues no te juzgo yo por tan inico,
Que si creyeses tú que hay otra vida,
Vivirias con tanta desvergüenza.

VI.

Filis, yo te aborrezco, y de manera,
Que pasara contento con mi suerte,
Si el cielo para solo aborrecerte,
Sin otro gusto edad me concediera.
No es ímpetu de afecto el que me altera,
De los que el tiempo ó la ocasion divierte;
Ira es sagrada, generosa y fuerte,
Que agradable en el alma persevera.
¡O quan ufano estoy de que tu halago,
(Aunque virtud sencilla lo intitules)
Sea voz de sirena, y faz de harpía!
Vengado quedo, pues, no disimules:
Que al fin dependes de mi cortesía,
Pues me puedo vengar, y no lo hago.

VII.

Crece de presto, poderosa yerba,
Que medras en la injuria, si dispones
No á Pitágoras manto, ni los dones
De Aragne que irritáron á Minerva:
Ni senos para hacer al Asia sierva,
Quando navales fábricas compones,
Y al viento opuesta á descubrir regiones
Vuelas, que el orbe idólatra conserva;
Sino para apretar deste vecino
Causídico la pérfida garganta,
(Sacro lazo) que luego de mi mano
Serás de la piedad ofrenda santa.
Crece, tardo suplicio; tú, Silvano,
Dios de los campos, guarda el deste lino.

VIII.

¿Qué mágica á tu voz venal se iguala
En horrendos carácteres secreta,
Trifon, si quando nota ó interpreta,
Saquea la ciudad, los campos tala?
El cañon con que escribes, que en el ala
Se formó de alguna anade quieta,
No lo tiene tan fino tu escopeta,
Ni arroja así la pólvora y la bala.
¡O patrocinio (aunque aproveche) amargo!
De mi consejo no pondrá ninguno
En tu fe sus derechos ni sus quejas:
Demas que para el dueño todo es uno,
O que le coma el lobo las ovejas,
O el pastor mismo que las tiene á cargo.



IX.

Señor, á eterno ayuno me dedico:
No llegue para mí opulento el dia,
Si yo no puedo ser por otra via,
Que por litigio y tribunales rico.
Por aquella piedad te lo suplico,
Con que abreviado en la flaqueza mia,
Siendo la voz que tierra y cielos cria,
Temiste de la voz de un juez inico.
¡Qual saca la bellísima inocencia
(Aun quando el juez le da la mano amiga)
De las uñas causídicas el gesto!
¡O siglo siervo de servil paciencia!
¿Quál bruto, quál frenético litiga,
Si puede hacer que lo condenen presto?

X.

¿Por qué habitais, silvestres homicidas,
Entre fieras armados de su furia,
Pudiendo en opulencia y en luxuria
Entre las gentes, como Craso y Midas?
Venid á hacer pacíficas heridas,
Y pacíficos robos en la curia:
Que aquí os dará jurídica la injuria
Autorizadas y seguras vidas.
La vitoria sin sangre mas se alaba:
Y del sutil abuso de las leyes
(Que el juez no puede mas) pende el suceso.
Si robara las vacas y los bueyes
Caco por los asaltos de un proceso,
¿Qué le valiera á Hércules la clava?

XI.

Dime, Teodoro, así los sacros huesos
De Bártulo y de Baldo vuestros lares,
Como Castor y Pólux en los mares,
Calmen la tempestad en los procesos:
¿Por qué mostrando la verdad expresos,
Próvida hasta los casos singulares,
En las litis, ó graves ó vulgares,
De arbitrio humano penden los sucesos?
De las vulgares, Ticio, ni los nombres
Llegan á calentarnos la noticia:
En las graves hay arte diligente,
Que exhala en los crisoles su justicia:
Entrambas sacan título aparente,
Y así en entrambas son los hombres hombres.

XII.

Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva
Tan suaves espíritus ofrece,
Que ni un jardin su emulacion merece,
Aunque todas sus flores aperciba.
Mas el que por las barbas se deriva
De tu esposo, ¿con qué salud se cuece,
Que huele á yema ó pollo que perece,
Corrompido en la cáscara abortiva?
¿No es la mas grave de las servidumbres,
Que la boca le des? ¿Que su luxuria
Tus perlas manche, y lisie tus corales?
¡O túmulo, y no tálamo! ¿Quál furia
En tí rindió las leyes naturales
A la fortuna? ¡O tiempos! ¡ó costumbres!



XIII.

Dexan las musas arcos y vihuelas,
Para oir el correo, que sobre el pelo
Crespado trae con alas un capelo,
Y en los talones alas por espuelas.
Manda Juno (les dice) que echeis telas,
Que está pobre de sábanas el cielo:
Demas que fabricando de cerbelo,
Ociosas no estan bien nueve mozuelas.
Ciñen sus ruecas, y los husos tuercen
Con blandos dedos, y los eloqüentes
Labios el aristoso lino mojan.
De Parcas quedan poco diferentes;
Pero por Dios que es bien que las recojan,
Y el dia que no hilaren que no almuercen.

XIV.

Ni soles, ó taur, lunas ni auroras
Te han visto soñolientas las pestañas;
Tu estado espira: al sucesor engañas:
Pues tu fe y su esperanza le empeoras.
Tu abuelo en esas tenebrosas horas,
Que velas tú jugando sus hazañas,
Armado por difíciles montañas
Pasaba sus esquadras vencedoras.
Sabe que la nobleza es sucesiva
Mas por nuestra opinion que por su efeto,
Y sin virtudes nunca meritoria.
¿Qué acuerdo tomas, pues, ¡ó indigno nieto!
Sabiendo que es agena aquella gloria,
Que del valor ageno se deriva?

XV.

Pues no siempre tus rayos vengativos
Sobre montes y alcázares fulminas,
Y alguna vez destroncas las encinas,
Y abrasas los pacíficos olivos:
Un pedante que á gritos excesivos
Enseña á variar voces latinas,
Júntalo á los estragos y ruinas,
Cuyas memorias guardan tus archivos.
El de pálido box labrado al torno
Vibra un cetro á mil madres formidable;
Cayga el brazo inhumano con exemplo:
Que en el barrio que él hace inhabitable,
Hoy te dedico, ¡ó Júpiter! un templo,
Y de inscripcion piadosa te lo adorno.

XVI.

Cremes, regala á Lice, y no celebres
Su nombre en verso, ó quema tus papeles:
Envíale una liebre como sueles,
Aunque, segun Marcial, ¿á qué fin liebres?
Mucho tiempo ha que pasas esas fiebres,
De que en ellos frenético te dueles,
Desde que le arrojáron los broqueles,
(Ya sabes quien y adonde) á Mos de Gebres.
Calla, enfadoso padre, así se halle
Docto herbolario, que convierta en cobre
La plata hilada que tu barba cria.
Tú, buena Lice, ruégale que calle,
Así una liebre de las que él te envia,
En tu figura sus efectos obre.



XVII.

No temes tú mis versos, Citaredo:
Finges temer, para que así propicio
El vulgo entre el clamor de su bullicio
Te señale por sabio con el dedo.
A lo ménos sin risa yo no puedo
Dar tanto á la ambicion de tu artificio,
Que te halle alguna vez en mi juicio
Aprobado por digno de ese miedo.
Para que obren con ley nuestros decoros,
Sus acciones imiten respetosas,
Al que nace en las fieras no adquirido:
Teman las uñas del leon los toros;
Mas pídanle perdon las mariposas,
Si se juzgaren dignas de un bramido.

XVIII.

No hay dudar, Gayo, que esta edad maldita
Aborrece los sabios de manera,
Que al que en trono obispal poner debiera,
No le fia las llaves de una ermita.
Mas pues que la repulsa lo acredita,
La injuria ten por gloria verdadera;
Y así no te lamentes: considera,
Que porque la mereces te la quita.
Que si el derecho que ántes tuvo el sabio,
Agora en barbas pródigas consiste,
Y en no saber, tras esto, el alfabeto,
Tienes razon de andar quejoso y triste;
Porque ninguno como tú al respeto
Ha recibido tan notorio agravio.

## XIX.

Bílbilis, aunque el dios que nació en Delos
Te conserve fructífera sin daño;
Y quando sobre tí deciende el año,
Sus guirnaldas te den todos los cielos:
Y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
Fuertes las armas con el noble baño:
Y aunque eres patria del cortés tacaño,
Que en todas sus palabras puso anzuelos:
Si no encadenas los infieles canes,
Que tu aduana á los viandantes suelta,
Ni tu muro veré ni tu camino.
Que para dar hasta Madrid la vuelta,
Embarcarme en Colibre determino,
Aunque la dé mayor que Magallanes.

## XX.

Si esperas hoy prosperidad alguna,
Sofos, en la virtud de tus acciones,
Por historia ridícula te expones
Al siglo, y aun por fábula importuna.
De dos sacros metales la fortuna
En los orbes que abrazan sus regiones,
Para influir sus premios y sus dones,
Otro sol ha formado y otra luna.
Si á pretender con fraudes y cautelas
Destos dos astros amparado acudes,
No habrá accidente que tu gloria impida.
Mas si solo con letras y virtudes,
Toma libranzas para la otra vida,
Y en esta ni te muelas ni nos muelas.



## XXI.

Quita ese afeyte, Lais, que se aceda,
Y él mismo en el olor su fraude acusa:
Déxanos ver tu rostro; y si rehusa
El despegarse, quítalo con greda.
¿Qué tirano la ley natural veda?
¿O qué murtas el diestro acero atusa,
Que alegren mas que la beldad confusa
De bosque inculto ó bárbara arboleda?
Si lo blanco y purpúreo que reparte
Dios con sus rosas, puso en tus mexillas
Con no imitable natural mixtura,
¿Por qué con dedo ingrato las mancillas?
¡O Lais! no mas; que en perfeccion tan pura
Arte ha de ser el despreciar el arte.

## XXII.

Sacro metal en Julia Celsa suena,
Emulo de proféticos alientos,
Que nos previene á insignes movimientos
Con propio impulso, y sin industria agena.
Ofusca el sol su faz limpia y serena
Arrojando esplendores macilentos:
Y sacudido el orbe de portentos
Se aflige, y brama en su fatal cadena.
Y miéntras que el horror de lo futuro
Los ánimos oprime ó los admira,
Tú, Cremes, obstinado en tus amores,
Remites á los cetros la gran ira,
Y adulas á tu Pánfila con flores
Deshonesto, decrépito y seguro.

## XXIII.

Incorregible Nestor de los daños,
Que trae consigo la vejez, te dueles,
Porque ardes en afectos mas noveles,
Que Vénus alentó en robustos años.
Y obligando la barba y frente á baños,
Que ofuscan pelos, y taladran pieles,
Negros (sin culpa de los poros fieles)
Peynas y enrizas hoy tus desengaños.
Mas no sin gran prudencia los profanas,
Hasta que nuestra risa te convenza
A que los restituyas ó jubiles:
Porque vergüenza fuera, ó desvergüenza,
Que hablaran de lascivias juveniles
Labios cercados de inocentes canas.

## XXIV.

Si acomodado en mi fortuna aprieto
Mi Proteo interior con cautos ñudos,
Y jamas por mi incienso dió estornudos,
¡O Atlante! al humo interesal tu nieto:
Si nunca al vulgo mi opinion sujeto,
Y son mis risas cínicos barbudos,
Y la verdad con sus aplausos mudos
Mi frente adorna de laurel secreto:
¿Por qué la estéril soledad codicio?
¿Viviendo al siglo de oro interiormente,
No estoy bien retirado á mi conciencia?
¿Por qué? porque cursando entre la gente,
Si se echa un necio sobre mi paciencia,
Verteré por los poros el juicio.



## XXV.

Licia es aquella, acude, Fausto, y mira
Como con el cabello dora el viento;
Y el rostro juvenil, de donde atento
Invisibles amor sus flechas tira.
Quan bien con la piedad mezcla la ira
En el mirar risueño y violento;
La boca, que entre perlas el aliento
De jazmin salutífero respira.
Juzga si yo con mas razon que Ticio,
Que por Juno movió á los dioses guerra,
Pudiera contra el cielo rebelarme.
¿Has visto bien que no tiene la tierra
Sugeto igual? Pues sabe que un adarme,
Un adarme no tiene de juïcio.

## XXVI.

Lico, pues Dios los pérfidos permite
Para azote amoroso de los fieles,
Y despues, como á varas ó cordeles
Ya inútiles, al fuego los remite:
El con sus justos rayos te visite,
Y chamusque esos quadros y doseles;
Y los perfumes que lascivo hueles,
Súbito hedor sulfúreo te los quite.
No suene en el relámpago el aviso,
Que á Saulo convirtió; porque tu zelo
No es como el suyo digno de clemencia.
Fuiste en la tierra látigo del cielo;
Y pues muestras negar su providencia,
¿No es bien que te execute de improviso?

## XXVII.

Pon, Lice, tus cabellos con lexías
De venerables, si no rubios, roxos,
Que el tiempo vengador busca despojos,
Y no para volver huyen los dias.
Ya las mexillas, que abultar porfias,
Cierra en perfiles lánguidos y floxos:
Su hermosa atrocidad robó á los ojos,
Y apriesa te desarma las encias.
Pero tú acude por socorro al arte,
Que aun con sus fraudes quiero que defiendas
Al desengaño descortés la entrada.
Con pacto (y por tu bien) que no pretendas
Reducida á ruïnas ser amada,
Sino es de tí, si puedes engañarte.

## XXVIII.

Por verte, Ines, ¿qué avaras celosías
No asaltaré? ¿qué puertas? ¿qué canceles,
Aunque los arme de candados fieles
Tu madre, y de arcabuces las espias?
Pero el seguirte en las mañanas frias
De Abril, quando mostrarte al campo sueles,
Bien que con los jazmines y claveles
De tu rostro á la aurora desafias;
Eso no, amiga, no: que aunque en los prados
Plácido iguala el mes las yerbas secas,
Porque igualmente les aviva el seno:
Con las risueñas auras, que en jaquecas
Sordas convierte el húmedo sereno,
Hace los cimenterios corcovados.



## XXIX.

Di, Erine, aunque á Pitágoras leyendo
Pienses quedar tan ajustada y fina,
Que á tu celebro imite la oficina,
Donde él reduxo á música el estruendo:
¿Cinco años te abstendrás de hablar mordiendo
La lengua por seguir la disciplina,
Que sus filosofantes exâmina
Con aquel noviciado tan horrendo?
Bien será que al silencio te prevengas;
Y por decoro de una ley tan grande,
Que á conversar por señas te acostumbres.
¿Mas cómo te has de haber quando te mande,
Que (por ser tan golosa de legumbres),
De las que favoreces mas, te abstengas?

## XXX.

Tuya es ¡ó Lucio! esa cancion sin duda,
Como esa greña es de tu calva lisa;
Y á pesar de la tos y de la risa,
Los dientes que en tu boca el arte añuda.
Y así nos muestra Erine la tez cruda
Del rostro, aunque, sin rígida pesquisa,
Del pegajoso lustre nos avisa
Verdadera su frente, quando suda.
Recibe por los versos que refieres
(Pues que son tuyos) premio y alabanza:
Que á un tercero que en esto funda agravio,
Tu fe interior le sirve de venganza:
Pues quando allá en el centro de algun sabio
Mueves envidia, tú de envidia mueres.

## XXXI.

Si conoces tus menguas, no te adules,
Codro, á tí mismo; y eso que nos dices,
Dilo allá á los que alquilan sus cervices,
Para mudar bufetes y baules.
Que ya tus gracias quanto mas las pules,
Se arrojan en tu voz mas infelices,
Que excrementicio humor por las narices
Sobre esas canas pálidas y azules.
Si á las fuerzas penúltimas que guardas,
Para que el paso juvenil prosigan,
Ignoras el honor que les ofreces:
Caballos con su exemplo te lo digan,
Que ostentáron bozales y jaeces,
Y agora rozan jáquimas y albardas.

## XXXII.

Mas teme en su raiz, Lauso, aquí un pino,
Que si á surgir en Asia ó en Europa,
Siendo fiel mástil de obstinada popa,
Atravesara el proceloso Euxîno.
Al cierzo y nieves deste horror vecino
Suele vestida helársenos la ropa;
Y aunque el sol salga, espera nuestra copa
Que benigna segur le corte el vino.
Impaciente yo al humo, que sin llama
Entre mojados leños se concibe,
Soy huésped de unas tejas desleales.
Ivierne en esta sierra algun caribe
Exêcrable á las leyes naturales,
Si se averigua que tus versos ama.



## XXXIII.

Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera,
Guzman, y entre jazmines blanca y lisa;
Pero con metamórfosi improvisa
Verde horror le ofuscó la tez primera.
Dixome: Euterpe soy, que esta ribera,
Que con sus flores Céfiro divisa,
A mí, que aliento su nativa risa,
Procura ingrata convertirme en fiera.
Si el Tormes, dixe yo, mancilla, Euterpe,
Tu lustre con escama tenebrosa,
¿Quién se podrá quejar del lago Averno?
¿Tú solo ignoras, replicó la diosa,
Que el estilo enigmático moderno
Es quien de ninfa me transforma en sierpe?

## XXXIV.

Pues nos va bien con adular, Cratilo,
Rindamos la verdad á la cautela:
Que en sus aplausos la virtud se hiela,
Sin que nadie la abrigue con un hilo.
Tu Príncipe al Salustio y al Tranquilo
Prefiere el gusto de una nueva tela;
Y suélese reir quando la escuela
Pondera las grandezas de su estilo.
¡O, dueño de las cosas, ignorancia,
Ampara á dos filósofos ayunos,
Que á la virtud queremos oponernos!
Dispuestos á no ver libros algunos,
Sino de los Poetas mas modernos:
Tanto podrá el olor de la ganancia.

## XXXV.

Engáñaste, Galeso, si barruntas
Que alguna vez me pareciste sabio:
Que tu fisonomía es astrolabio,
Por donde yo averiguo mis preguntas.
Tu frente es breve, á quien las cejas juntas,
Y á la roma nariz hacen agravio
Los dos bigotes sobre el grueso labio,
Que se miran recíprocas las puntas.
Dirásme que desmiente á las facciones
Espíritu gentil algunas veces,
Y así no puede haber certeza en esto:
Pero si no eres tú lo que pareces,
Sino que hay discrecion tras ese gesto,
En las cenizas nacerán melones.

## XXXVI.

Piensa, ¡ó Mercurio! que unges los gentiles
Miembros, que en red de acero viste presos:
Sienta Lais por tu antídoto en los huesos
Otro Abril, que no envidie á mis Abriles.
Y mira bien, que quando le destiles
Líquidos por la boca sus excesos,
No se la injurien los humores gruesos,
Mas que á la tersa carne los sutiles.
Esto le pide Vénus: mas Hermete,
Yo, señora, le dice, tambien siento
Que tal boca se ofusque ó se lastime:
¿Pero mándasme tú que la respete
Para la de un vulgar, necio, opulento,
En cuyas cerdas sin horror la imprime?



## XXXVII.

Si aspiras al laurel, muelle Poeta,
La docta antigüedad tienes escrita:
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.
Mas ni el heroyco horror de la trompeta,
Ni la lírica voz tu mente incita;
Y como es tu caudal de hilo de pita,
Tus versecillos son de cadeneta.
No muestres el envés de los vocablos,
Ni los recalques en los labios tiernos,
Que el diablo es bellacon, mas no ignorante.
Y pues te ha de llevar á los infiernos
Ese exercicio indigno de un pedante,
No fuera malo grangear los diablos.

## XXXVIII.

Si de Grecia sacaba el ostracismo
Los buenos por insignemente buenos,
Contigo, por tan pérfido, ¿á lo ménos
No hicieran sus repúblicas lo mismo?
La de Corinto echárate del istmo
(Con ser viciosa) á límites agenos,
Y aun regalado en uno de los senos
Mas sordos y profundos del abismo.
Y andas entre nosotros con ofensa
De la virtud: mas no me desconsuelo
De que dilate un rayo la venganza.
Que quando en los castigos tarda el cielo
Justamente irritado, su tardanza
Despues en el furor la recompensa.

## XXXIX.

Quando los ayres, Pármeno, divides
Con el estoque negro, no te acuso,
Si por ángulo recto ó por obtuso,
Atento al arte las distancias mides.
Mas di, ¿el luciente en verdaderas lides
Por defensa ó venganza, puesto en uso,
Herirá por las líneas en que puso
Conformidad, y no pendencia Euclides?
No esperes entre súbitos efetos
Ira con atencion, ni que prefiera
Al valor un sofístico exercicio:
Porque, ó la mente humana no se altera,
O nos quiso ver locos en juïcio
Quien reduxo la cólera á preceptos.

## CANCION.

Quando me paro á contemplar mi estado,
Que acaso algunas veces lo contemplo,
Y nunca á persuasion de la prudencia,
Hallo en mi perdicion vivo el exemplo
Del estrago á que llega el confiado,
Que alarga á sus afectos la licencia.
¡Quanto ha que con suave negligencia
Se dispone á lo mismo que rehusa
Esta esperanza á quien la lima fio,
Con que me ha de dar libre el albedrío!
¡Quánto ha que del mortal ocio la acusa
Divino impulso, y sin quedar confusa



Ni apercibida, duerme: porque en eso
Sabe ella que hace adulacion al preso!
Y con razones aparentes prueba,
Que me dan sus prisiones tanta gloria,
Que debiera ofrecerles culto y aras.
¿Aspirar (dice) á no vulgar memoria,
Y, en fuerza del estilo, á palma nueva,
Suelto en la libertad comun osaras?
¿Levantar el ingenio á empresas raras,
(El designio á lo ménos generoso)
No te lo dio, si á la verdad atiendes,
Esa cadena que limar pretendes?
¿Qué fueras tú en el público reposo,
Sino voz popular, número ocioso
Del vulgo escuro, si el amor propicio
No ocupara tu genio en su exercicio?
Animo preso con indignos lazos
(Si superior clemencia le concede,
Que la afrentosa sujecion discierna)
Avergüéncese dellos; y si puede,
Recoja el brio, y hágalos pedazos:
Mas tú, adorando á inteligencia eterna,
Que aunque belleza elemental gobierna,
Le infunde movimientos celestiales,
¿No te juzgas feliz? ¿De una hermosura,
Que la del gran orígen te figura
Tan bien, que en contemplando en ella, sales
De todos los confines naturales;
En vez de responder á tantos dones,
A la vil fuga ingrato te dispones?

Así me arguye, y al amado abismo
De mis afectos me reduce, ¡ay triste!
Mas luego en el mas íntimo secreto
(No sin sutil inspiracion) me embiste
Cierta piedad tan tierna de mí mismo,
Que me mueve á otro llanto mas perfeto:
Porque amar con tal fe á mortal sugeto,
Es usurpado á la verdad primera,
De quien, aunque permite que obra suya
En vez de su deidad se substituya,
El ciego usurpador ¿qué premio espera?
Tras esto es mi opresion ya tan severa,
(Bien que agradable mucho) que no nace
Un pensamiento en mí que no lo abrace.
Si para imaginarme en el suceso,
A que, mal grado de mí mismo, aspiro,
Las fuerzas quiere unir, luego inconstante
De probarme, y probarlas me retiro,
No acostumbrado á sostener el peso
De consideracion tan importante.
¿Qué es esto? ¿Que con mas horror me espante
La promesa feliz de la vitoria,
Que la calamidad de la ruina?
¿Y que la voz de la razon vecina
Me altere? ¿Y que me niegue yo á la gloria,
Que me busca y me llama en la memoria
De mi alto orígen? ¡Ay, que mis errores
Ya por inexcusables son mayores!
Si invoco al cielo, amor vuelto en costumbre
Me reprime la voz en la garganta,



¿Y este acto no lo tengo por violento?
Mas si abrazarme con el bien me espanta,
Como huir de mi dulce servidumbre,
Mísero, ¿á quál daré consentimiento?
Padre y Señor, si un albedrío tan lento
Por tu imperio absoluto no se cobra,
Perdido soy. ¡O ley tuya terrible,
Que siendo tú el poder incomprensible,
Sea yo menester en esta obra!
Vuela el tiempo, y en mí á su estrago sobra
Apénas esta voz con que te llamo:
Líbrame tú de las prisiones que amo.
Pues yo con las heroycas osadías,
Que aprueba y huye el ánimo remiso,
Envejecidos gustos acomodo;
Descienda tu eficacia en este aviso,
Que no obligado y liberal me envias:
Que al fin, al fin, Señor, tú lo haces todo.
Llévame, ¡ó Padre! á tí por aquel modo,
No penetrado de la luz humana,
Con que sin violentarme, tu violencia
Unida con mi libre diligencia,
Las cumbres mas difíciles allana:
Que yo sin ella envuelto en la tirana
Complacencia, aun al tiempo que la lloro,
La causa de mis lágrimas adoro.
Pero suspende, ¡ó musa! estos acentos,
O muda la materia al tierno canto:
Que hazaña y aun crueldad me ha parecido
La atencion que he tenido,

Para reconocerme el alma tanto,
A efecto de mudar mis pensamientos.

## CANCION ALEGORICA.

Apénas hizo la razon ausencia
De la parte divina, del mas cierto
Palacio á su reposo dedicado;
Que el tirano cruel, ya no encubierto,
Le negó abiertamente la obediencia,
Usurpando el dominio encomendado:
Y ya de fiera esquadra rodeado,
Las rebeldes banderas desplegadas,
Suenan las armas y un concorde grito,
Muera razon, y viva el apetito.
Y de la ausente Reyna las sagradas
Insignias profanadas,
Mostró en la indigna frente é indigna mano
Al pueblo injusto el sucesor tirano.
Al pueblo á quien debiera ser gran freno
El peligro que trae el nuevo imperio,
Y del que niega la inviolable fama:
Pues su zelo no borra el vituperio,
Porque no busca Príncipe mas bueno,
Que solo amor de libertad lo inflama.
Y puesto en arma ya con humo y llama
(Como el villano ingrato á las abejas,
Gran tiempo en vano para sí industriosas)
Destierra las virtudes generosas,
Cruel á su dolor, sordo á las quejas:



Tan solo tú no dexas
Tu patria, ¡ó fiel discurso! aunque cautivo,
Mal grado tuyo en tanta pena vivo.
Tú, aquel que tantas veces defendiendo
Las leyes de razon en desafio,
El templo enriqueció de mil despojos,
Sujeto á tu contrario el desvarío,
El mas fiero espectáculo estás viendo,
Que pudo presentarse á humanos ojos;
Las leyes convertidas en antojos
Con gozo, con presteza obedecidos:
Humear el incienso en los altares,
Reverenciando fabulosos lares:
Y burlarse de tí los atrevidos
Miserables sentidos,
Cuya falsa custodia dió las puertas
Al gran tumulto y confusion abiertas.
Bañado en odoríferos ungüentos
Entre lascivas ninfas el Rey mira
Presentes los regalos que desea;
Ya en la espléndida mesa, ya en la lira
Sus alabanzas oye, estando atentos
Los que con su privanza vil recrea:
La turba aduladora le rodea,
Del néctar (grande bien) participante:
El rubio Ganimedes con el hijo
De Vénus, con quien vuela el regocijo,
Llevan tras sí la vista circunstante:
Y pasando adelante,
La bella citarista al canto añade

Esto, con que deleyta y persuade.
Miéntras que la briosa adolescencia,
Gallardo jóven, tus mexillas cubre,
Y esparce en ellas las primeras flores,
Goza el alegre Mayo que descubre
Su tesoro, y en dulce competencia
Cantan los amorosos ruiseñores.
¿Tú solo ignoras qué son los amores,
Viendo el orgullo del zeloso toro
Por la novilla en mas de una contienda?
¿Viendo la fértil vid cómo encomienda
Al olmo amado sus despojos de oro?
Huye del vano lloro,
Que arrepentido harás, quando ya el cielo
Marchite el prado con el duro hielo.
Y prosigue el exemplo de la yedra:
Condena los sagaces que desdeñan
El apetito, cuyos hechos canta:
No calla historias que á pecar enseñan.
Aprueba la maldad que la cruel Fedra
Al castísimo Hipólito levanta;
Mas en este comedio, que con tanta
Infamia está el palacio profanado
De tal Señor y tan igual familia;
Ningunas crueldades vió Sicilia,
Corinto ó Tebas, como el desdichado
Pueblo tiranizado,
Que de vida y fortunas tributario,
Vino á ser el tributo voluntario.
Largo tiempo duró esta tiranía,



Y fuera irremediable, si pudiera
Con los odios civiles conservarse:
Mas la ambicion que toda paz altera,
Ceder á la soberbia no queria.
Soberbia á quien impropio es humillarse,
En igualdad con ira huye juntarse;
Y aunque tomó á su cargo la pereza
De volver la república en sosiego,
En secreto la envidia atizó el fuego.
La avaricia es neutral, y con tristeza
Encoge la cabeza:
Por la privanza de luxuria y gula
Sus faltas cada qual se disimula.
En medio de tan fieras disensiones,
Y quando al arma en toda parte suena,
La insaciable ambicion se determina
De limar al discurso la cadena;
Y para gobernar sus esquadrones,
Traerlo á su obediencia y disciplina.
El discurso ya libre, aunque imagina
Servirle entónces, con diverso intento
Dió principio una noche á su negocio;
Y hallando sepultado en vino al ocio,
Que era la guarda del entendimiento,
El cuchillo sangriento
(Generosa traycion) quitó la vida,
De tantos valerosos homicida.
Y muerto el ocio, mata juntamente
Al vulgo infame que el castillo ocupa:
Da un asalto á memoria de improviso:

El olvido la entrada desocupa.
En esto ya los atambores siente
De la razon, que con tan presto aviso,
Socorrida del Rey del paraiso,
Viene ceñida de su esquadra bella,
(¡O esquadra valerosa de guerreras!)
Escucha, y mira trompas y banderas;
Y porque en las tinieblas pueda vella,
Le precede una estrella,
(Mas ántes sol nocturno) que no hay vista,
Que al menor rayo de su luz resista.
La Reyna se veia toda armada
De lucientes aceros hasta el cuello,
Blandiendo un asta (don del Padre eterno),
Desocupado el rostro, y el cabello
Revuelto parte dél en la celada:
(¡O paz del cielo, y miedo del infierno!)
Quiso misericordia por gobierno,
Grangear el perdon para el tirano,
Y la razon en parte lo codicia:
Mas opónese luego la justicia,
Diciendo: ¡ó Reyna! ¿habrá el valor tu mano
Armádose hoy en vano?
No, no, tenga este bárbaro experiencia
De tu furor, y no de tu clemencia.
El discurso no cesa en este medio:
Abre la puerta al esquadron amigo.
El auxîlio el primero se presenta,
Horrible en armas busca al enemigo:
Síguenle todos á ponerle asedio;



Dó el estruendo del hierro lo amedrenta,
Y tras la alteracion súbita tienta
El último remedio de la huida.
Ya sin saber qué hacer como el piloto,
Que la improvisa rabia de Euro y Noto
Lo privan de consejo, y ve su vida
A punto de perdida:
Mas, su esperanza en manos de la suerte,
Piensa en la voluntad hacerse fuerte.
Mas como la razon era señora
Ya del entendimiento y la memoria
Por obra del discurso, no repara
En la dificultad de la vitoria:
Que aunque la voluntad repugne agora,
Caerá con los pertrechos que prepara.
Inexpugnable á Marte se mostrara,
A infinitos asaltos invencible,
Mas al último no; que por la parte,
Donde bondad despliega su estandarte,
Que á muchos parecia inaccesible,
La máquina terrible
Del herrado Aries con tal fuerza encuentra,
Que por el muro abierto bondad entra.
Sigue el furor, y mézclase la guerra:
Brama soberbia, y arrojando fuego,
Vibra la lengua como sierpe airada;
Su gente anima; mas llegando luego
La razon con el ímpetu que cierra,
Quedo la fiera esquadra derribada.
Como cada virtud está injuriada,

Los vicios saca á singular duëlo;
Pero dexando en su poder las vidas,
Indignas de tan justos homicidas;
Levántanse las voces hasta el cielo:
Derriban por el suelo
Las idólatras aras y edificios,
Sembrando el fuego de los sacrificios.
El apetito encadenado y preso
Humilde ante razon viene llorando,
Cercado de los míseros sentidos,
Perdon con voces mudas suplicando,
De mirar el principio y el suceso
Atónitos, confusos y corridos;
Pero de la razon reprehendidos
Al yugo ofrecen voluntario el cuello;
Y ya mansa la insigne vencedora
Con los vencidos su tormento llora,
Mas por haber venido á merecello,
Que no por padecello;
Y porque viva libre y descuidado,
Da á la paz el gobierno del Estado.
Dentro el alma verás, Cancion, que adorna
De sus trofeos una y otra planta
La triunfante razon, y ya vecinas
Al cielo entre las bárbaras ruinas
Otras fábricas nuevas que levanta:
Que si de altura tanta
El cielo no se ofende, yo confio
Eterno estado al edificio mio.



## CANCION.

Quien vive con prudencia,
En el bien y en el mal guarda templanza,
Y sufre con paciencia
Lo que viene al revés de la esperanza;
Porque el maduro seso
No se promete nunca buen suceso.
Si tú por dicha, Mario,
Juzgaras por presente el bien que esperas,
Y viniera al contrario,
A los dioses y al cielo aborrecieras;
Porque estrecho aposento
Fuera para tu mal el sufrimiento.
Pero si te previenes
Del temor (que el temer no es caso feo),
Los males y los bienes
Sentirás á medida del deseo:
Y no te vuelvan loco
El mal ó el bien, por mucho, ó por ser poco,
Bien es salir con cosas
Mayores que promete fuerza humana,
Graves, dificultosas;
Mas reprobando la esperanza vana,
Aumentan su querella
Los que les sucedió al contrario della.
El hombre ha de domarse,
Teniendo ántes el ánimo perplexo:
Despues determinarse,

Sujetando el furor al buen consejo;
Y huir de la locura,
Que las cosas inciertas asegura.
La furia siempre inclina
A daño universal las voluntades:
Por ella la ruïna
Lloramos de antiquísimas ciudades,
Cuyos muros postrados
De enemigos arados son surcados.
Procura, Mario amigo,
No prometerte nunca buenos fines:
Teme el cierto castigo,
Siempre que con furor te determines:
Pon freno al pensamiento,
Y toma en los antiguos escarmiento.
En dos, cuyas jornadas
Pudieran fácilmente eternizallos,
Si no vieran quemadas
Uno sus alas, y otro sus caballos:
Y en historias modernas,
Cuyas memorias quedarán eternas:
En el Rey Lusitano,
Con quien la autoridad del grave tio,
Ni su consejo sano
(Suficiente á volver atras un rio,)
Nunca fue poderoso
A detener el ímpetu furioso:
Y al que salió corriendo
De la ciudad de Ulises con su gente,
Lo viéron ya muriendo



Por la batalla en un ginete ardiente;
Y aun á pie sin sentido
Correr al agua como ciervo herido.
Y como el rio andaba
Volcando yelmos y pedazos de hombres,
Y en las ondas mezclaba
Diversas famas, títulos y nombres,
Y (lo que es mas que todo)
Sangre del africano y bando godo:
Viendo el rio sangriento,
Vió en él donde paró su confianza;
Vió su arrepentimiento,
Y que no hay que fiar en la esperanza:
Pues con el propio daño
Se compra (bien que tarde) el desengaño.
Volvió los tristes ojos,
Y vió la fiera Libia y sus desiertos
Rica con sus despojos,
Y montones de ilustres cuerpos muertos:
Que ya el injusto Marte
Se pasó claramente á la otra parte.
Del pecho le saliéron
Voces entre la sangre por la boca,
Que al monte enterneciéron:
La vida (dixo) ¡ay triste! se me apoca,
Y aunque mas lo retiro,
Está á la puerta el último suspiro.
Mi obstinada porfia
Te da, enemiga Libia, esta vitoria,
Que no tu valentía:

Levanta tus trofeos y tu gloria:
Petos, yelmos, espadas
Estarán de tus árboles colgadas.
¡O valientes soldados!
En Libia quedarán nuestras banderas,
Y sin ser sepultados,
Nuestros cuerpos sustento de las fieras:
Sus entrañas y dientes
Los sepulcros serán de nuestras gentes.
Yo muero, y es muy justo,
Lo primero por Dios, y lo segundo
Por castigar mi gusto,
Que huyó del buen consejo: y diga el mundo,
Que vino á perdimiento
La vida, pero no el atrevimiento.

## EPIGRAMA.

Pues das, Marcio, en pretender
Bienes que apénas lo son,
Porque de nuestra opinion
Solo reciben el ser:
Dile ¿si tendrá poder
(Aunque ande con la fortuna)
Para causar gloria alguna,
Donde á la humana salud
Pusiéron el ataud
Tan arrimado á la cuna?



## SONETOS.

Ni Amor ni Marte esperen que en mi acento
Suene de hoy mas su gloria ni su ira:
Que de las dos empresas le retira
Infuso el superior conocimiento.
A honor de la moral virtud freqüento,
Sublime Urania, mi estudiosa lira:
Tú en mi voz y en sus números inspira
La persuasion de tu benigno aliento.
A merecer tu lauro nos eleve,
¡O musa! el zelo que en tu insigne escuela
Tan fervoroso los ingenios llama.
Que los aplausos de la edad que vuela,
Ya en la vitoria adulen, ya en la fama,
No son mas que ilusion de un sueño breve.

### II.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y que el zelo que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, quando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dixo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

III.

¿En qué veré que tú á mi llanto agora,
Padre amoroso, aplicas los oidos,
Si el corazon que forma estos gemidos,
Sus dulces lazos tiernamente adora?
¡O! rómpelos, Señor, que ya no es hora
De contemporizar con los sentidos:
Que puesto que á su daño estan asidos,
Parte hay en mí, que sus errores llora.
Bien veo que él resiste al favor tuyo:
Mas perdonar á la cerviz sujeta,
Eso, Señor, es de ánimos humanos.
El sacarlo de error mal grado suyo,
Es obra digna solo de tus manos:
Mas ¡ó amor propio! ¡ó lástima imperfeta!

IV.

Ya tu piedad magnánima derriba
Mis ídolos, Señor; ya por tí espero,
Que restituya el resplandor primero
A mi templo interior su luz nativa.
Animoso el afecto se aperciba
Para víctima al fuego verdadero:
Sienta el furor del religioso acero,
Pues que no ha de arder víctima viva.
Silencio y soledad, ministros puros
De alta contemplacion, tened el velo
A profanos sentidos inferiores.
No acechen cómo ciñe el tercer cielo
La mente de tan limpios resplandores,
Que á todos los visibles dexa escuros.



V.

Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo
En los aplausos que el favor derrama;
¿Quién los aprueba, ó sus lisonjas ama,
Por mas que en bronce las escriba el mundo?
Si rotas por el tiempo vagabundo,
Muere el hombre otra vez, quando su fama,
¿Son mas que esfuerzos de una débil llama,
Que turbia cesa en el morir segundo?
Y si el no conocerse es el abismo
De todo error, y cunde sin mudanza
Una vez en los ánimos impreso:
¿Buscaré mi verdad en mi alabanza?
¿Quándo has visto volver con buen suceso
A quien se busca fuera de sí mismo?

VI.

Firmio, en tu edad ningun peligro hay leve;
Porque nos hablas ya con voz escura,
Y, aunque dudoso, el bozo á tu blancura
Sobre ese labio superior se atreve.
Y en tí, ¡ó Drusila! de sutil relieve
El pecho sus dos bultos apresura,
Y en cada qual sobre la cumbre pura
Vivo forma un rubí su centro breve.
Sienta vuestra amistad leyes mayores:
Que siempre amor para el primer veneno
Busca la inadvertencia mas sencilla.
Si astuto el áspid se escondió en lo ameno
De un campo fértil, ¿quién se maravilla
De que pierdan el crédito sus flores?

VII.

Bástale al dia su malicia, Fabio:
Quiebra esa esfera, en cuya industria sales
A recibir los venideros males,
Dos veces ofendido de un agravio.
De los vidrios soberbios en que un sabio
Copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió, que sus fatales
Causas no las infunde al astrolabio.
Pero dirás que en él te da noticia,
Para que apercibido las estorbes;
Porque flechas previstas ménos hieren.
Vive tú á la razon y á la justicia;
Y caygan rotos los celestes orbes,
Que no los temerás quando cayeren.

VIII.

De los dos sabios son estos retratos,
Nuño, que con igual filosofía
Lloraba el uno, el otro se reia
Del vano error del mundo y de sus tratos.
Mirando el quadro pienso algunos ratos,
Si hubiese de dexar mi mediania,
A qual de los extremos seguiria
Destos dos celebrados mentecatos.
Tú, que de gravedad eres amigo,
Juzgarás que es mejor juntarse al coro,
Que á lágrimas provoca en la tragedia:
Pero yo, como sé que nunca el lloro
Nos restituye el bien, ni el mal remedia,
Con tu licencia el de la risa sigo.



IX.

Llego á Guadalaxara en este punto,
Marques, donde el clamor de los metales
Piadosos, y las hachas funerales
Lloran á un Duque, y lo celebran junto.
Al hijo de mis huéspedes difunto
Saca tambien la cruz de sus umbrales:
Que un médico sin máquinas murales
Es aquí otro Anibál contra Sagunto.
Es mi cochero músico y poeta;
Mas tal qual es, mirando bien la suerte
De dos tan desiguales ataudes,
Agora está clamando, y dice: ¡ó muerte!
¡O mazo de batan, que así sacudes
El paño fino como la bayeta!

X.

Fabio, pensar que el Padre soberano
En esas rayas de la palma diestra
(Que son arrugas de la piel) te muestra
Los accidentes del discurso humano;
Es beber con el vulgo el error vano
De la ignorancia, su comun maestra;
Bien te confieso, que la suerte nuestra
Mala ó buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará el ser Rey si vives,
Sin envidiar la suerte de los Reyes,
Tan contento y pacífico en la tuya,
Que esten ociosas para tí sus leyes;
Y qualquier novedad que el cielo influya,
Como cosa ordinaria la recibes?

XI.

Mario es aquel, que del Minturno lago
Al Africa, por él domada, huyendo,
Le vemos sus ruïnas confiriendo
Con las altas ruïnas de Cartago.
Filis, de tu altivez el justo pago
En la pintura muda estás leyendo;
Pues tambien hace el tiempo sin estruendo
En el reyno de amor el mismo estrago.
El cristal en que afilas cada dia
Tus flechas, te dirá mejor la historia
De Mario y de Cartago en tu figura:
Y comprehendida en la fatal vitoria,
Tarde conocerás que tu hermosura
No fue mas que una breve tiranía.

XII.

No con el vulgo acuses, ¡ó Licino!
La providencia del mayor piloto;
Pues no eres tú quien de un esquife roto
A nado se libró en las tocas de Ino.
Mejor será que al movedor divino
Votos envies, que un humilde voto
Enfrena alguna vez al fiero Noto,
Y pone ley al ímpetu marino.
Tú, inexperto y de un débil vaso dueño,
En que cruxen las tablas mal seguras,
¿Siempre que el lienzo tiendes en su antena,
De la fortuna pública murmuras?
Calla, y atiende junto de la arena
A conservar el casco de tu leño.



XIII.

Yo aquel en cuyo insuficiente estilo
La verdad injuriada oyó el consuelo,
Que en mi mente infundió benigno el cielo,
Para tener el ánimo tranquilo;
Ya fuego exhalo, lágrimas destilo,
Y contra mis preceptos me rebelo:
Rabio al fin, y en la furia de mi zelo
Nuevos cuchillos de venganza afilo.
¡Que el valor ceda, y venza el brazo astuto!
¿Qué es esto, celestial Sabiduría?
¿Es la virtud no mas que un nombre vano?
Mas ya tu resplandor me muestra pia:
Haz que este afecto, que me turba, humano,
De su calamidad no pierda el fruto.

XIV.

Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte
Al culto de sus ídolos atento,
Con lágrimas de amor te lo presento,
Tú en víctima perfeta lo convierte.
Que en este sueño tan intenso y fuerte,
De tus misericordias instrumento,
No imágen imitada es lo que siento,
Sino un breve misterio de la muerte,
En quien con ojos superiores miro
Mi fábrica interior escurecida:
Báñela aquella luz, Señor, aquella
Que inspira perfecciones á la vida:
Pues permites que goce sin perdella,
Experiencias del último suspiro.

XV.

Cloris, este rosal que libre ó rudo
Del arte huyó al favor de la floresta,
Su arrogancia selvática depuesta,
Vecinas flores le verán desnudo.
Nota esta rosa, que aun agora pudo
Abrir el paso á su niñez modesta:
¡Para quan breves términos apresta
La grana, que libró del verde nudo!
Vive su planta los estivos meses;
Mas el honor de los purpúreos senos
(Mísera edad!) la madurez de un dia.
Pues si lo raro, ¡ó Cloris! dura ménos,
La pompa de tu Abril ¿por qué confia
Que ha de reynar con hados mas corteses?

XVI.

Tambien adula, Nuño, la tardanza;
Porque ni las promesas verdaderas
Te dan el mismo bien que consideras,
Ni él dura mas del punto en que se alcanza.
Tú, pues, en prevencion de su mudanza,
Mitiga la opinion con que lo esperas:
Que opinion de alegrías venideras
Es esto que llamamos esperanza.
La lenta diligencia en los frutales
Acreditada crece en sus tributos,
Obras del cielo sólidas y expresas.
Que aun la fidelidad de aquellos frutos
Lo muestra quando él libra sus promesas,
Unico autor de efetos puntuales.



XVII.

Solo ofende el agüero á quien lo advierte:
Véncelo, ó no lo adviertas, Lauso mio:
Que horrible (no fatal) su poderío,
Tanto excede al incauto como al fuerte.
Y pues tu estimacion podrá ofenderte,
Refórmala con fuerza ó con desvío:
Que á la luz ó al error del albedrío
Se elige ó se fabrica nuestra suerte;
Cuya interpretacion no la confia
Al sordo caso aquella providencia,
Que á libertad y á imperio corresponde.
Alcemos, pues, con tiempo la licencia
Al curioso temor: vamos por donde
Nuestra animosa ceguedad nos guia.

XVIII.

Si en la corte no apartas con cautela,
Castro, lo popular de lo exquisito,
Las heces hoy del número infinito
Tendrás por quinta esencia de la escuela.
Tú, pues, de ínclitas barbas te rezela;
Mas, aunque no son ciencia, sino rito
De la ambicion, que por el gran distrito
Sobre el aplauso de inexpertos vuela;
Saluda por estoyca la ignorante:
Reciba en esto la justicia agravio,
De que la indigna imitacion saludes.
Porque si en la verdad se funda el sabio,
¿Por qué ha de resguardarle sus virtudes
La astuta negligencia del semblante?

XIX.

Aquí, donde á pesar del tiempo hoy dura
Soberbio un gran conduto de Trajano,
Linfas en ministerio de Vulcano
Dan al noble metal noble escultura.
Y el español su vellocino apura,
Mas que los seres al que muelle y cano,
Para la ostentacion del trage humano
Sobre los tiernos árboles madura.
Aspire, aspire á varoniles glorias
Por severa templanza, y dexe Iberia
Los preciosos peligros en sus minas:
No quieras, ¡o fortuna! dar materia
A las armas remotas y vecinas,
Y renovar sus bárbaras vitorias.

XX.

Si quieres conservarte, Lauso, evita
Ese ardor con que en varias ocasiones
A cuerdos y á filósofos te opones,
Como pudiera el magno Estagirita.
Ya tu apariencia, que al estudio imita,
Quando se atreve á decidir questiones,
Es ridícula á libres corazones,
Cuyas nobles paciencias exercita.
Yo, porque de rezelar tu honor me precio,
Digo, para que escape de un agravio,
Que consideres bien de aquí adelante,
Que el que no sale de su esfera, es sabio:
El que ignora las cosas, ignorante;
Y el que las sabe mal sabidas, necio.



XXI.

¿Estás libre, Damon? Pues no blasones,
Que la jactancia ni en seguro es buena:
Y si te queda un átomo de pena,
Te traerá á las primeras ocasiones.
No se juzga por libre de prisiones
El can, por mas que rompa la cadena,
Miéntras que asida á la cerviz le suena
Alguna parte de los eslabones.
Paz suelen ser de amor breves enojos;
Y todos los nublados de tu ira
Los volverá en tranquilidad tu diosa,
Si se humana á poner quando te mira,
De aquella risa todo poderosa
Un suave relámpago en sus ojos.

XXII.

Lo primero me visto: lo segundo
Devoro medio pan, y en su migaja
Un torrezno, que al ámbar se aventaja
El olor que despide vagabundo.
¿Pues qué si es dia en que la barba tundo,
Y corre licenciosa la navaja?
Carísimo individuo, hiende y raja,
Que rompes la mejor vida del mundo.
Y mas si al ayre limpio te desvias,
Y recostado en la menuda grama,
La rústica salud curte el pellejo.
Vive, vive ignorado de la fama:
Que mas vale morir plebeyo viejo,
Que Príncipe en el medio de tus dias.

## XXIII.

Mas embravezco al mar, mas inquietos
Pruebo los vientos, quanto mas envio
Voces al cielo, y al lamento mio
Responde con mas ásperos efetos.
Mas si llevo estos ídolos secretos,
¿Por qué lo espero favorable y pio?
Guardo, Filis, tus prendas, ¿y porfio
A pedir paz con votos imperfetos?
Osemos, pues: ¿qué tiemblas, mano? Intenta:
Ardan las adoradas hebras de oro,
Su imágen, y estas letras de su dueño.
Que así ronco el piloto en la tormenta
Arroja al mar las perlas y el tesoro,
Para librar el combatido leño.

## XXIV.

¿Será posible que á mis manos muera
El leon que me oprime interiormente?
¿Y que en mí su despojo represente
La vitoria segura y postrimera?
Del leon, á quien dió la muerte fiera
Alcides, se vistió la piel valiente;
Y el mejor hielmo que aplicó á su frente,
Fue la cerviz y dientes de la fiera.
¿Y qué no podré yo de este deseo,
Nuevo Alcides, vengarme, siendo cierto
Que creció por mi débil resistencia?
¿Y entrando en nueva guerra, andar cubierto
De su acuerdo feroz y de experiencia,
El vencedor á un tiempo y el trofeo?



## XXV.

Julio, venciste; pero con la suerte,
Que á los vencidos míseros aprieta,
Rendida á la piedad, que allá secreta
Guardas en tu valor, piensan vencerte.
Ama, pues, tan benigno como fuerte
La cerviz que te obliga por sujeta:
Que no es el perdonar gracia perfeta,
Si en generoso amor no se convierte.
Evítales con ella aun el castigo,
Que en sus conciencias obra la memoria
De haber faltado con su fe y contigo.
¿Quál resplandor no mereció, quál gloria
Quien con tal paz triunfo del enemigo,
Que procedió á triunfar de la vitoria?

## XXVI.

Ya, Opicio, á los acuerdos consulares
De esta grave república presides;
Y si con equidad tu imperio mides,
Ni al griego ni al romano le compares.
Mas tú en tantas virtudes no vulgares,
Emulo de Caton y de Aristídes,
No salgas de tí mismo, ni te olvides,
Ingrato, del que fuiste en pobres lares.
Entiende que aunque frises con la luna,
Los que zelan tu honor rectos varones,
Te quieren ver de la modestia amigo:
Y en esta fe atalayan tus acciones;
Porque á medida igual se habrán contigo,
Como te hubieres tú con la fortuna.

## XXVII.

Ya, Mercurio, no es bien que yo te siga
Con ansia en la mitad del curso humano;
Quando tan fiel tu premiadora mano
De afan y de ambicion me desobliga.
Próvida para sí la breve hormiga,
Allá en sus troxes muerde el rubio grano;
Porque no arraygue y suba á honrarse ufano
Del fértil colmo en la segunda espiga.
No crezca tu favor, basta que dure:
Que por ninguno de los trances varios
De ambas fortunas irritarme pienso.
No anhelo á minas, ni codicio erarios;
Sino una alegre mies y un firme censo,
Que estos últimos ocios me asegure.

## XXVIII.

¡O abete! si despues que á los fenices
Rindió tu patria el oro de sus venas,
Miras cómo á tu honor nuestras cadenas
Le rinden tantas bárbaras cervices:
¿Por mostrarte á la mar propias raices
Trocar piensas por áncoras agenas?
¿Y al áfrico arbolar lienzos y antenas
Entre votos dudosos ó infelices?
Quitará la segur que te importuna
Para postrarte apoyo á los trofeos,
Sombra á las greyes, ocio á los pastores.
No injuries tus invictos Pirineos:
Cedan sobre tí mismo los honores
A la decrepitud, no á la fortuna.



## XXIX.

Emulos, Cintia, son, ó imitadores
De la verdad que en tus alientos huele,
Los que inspira Favonio, quando impele
Las sujetas al arte, ó libres flores.
Y aunque para asaltar faustos olores
Entre esperanzas que maduran vuele,
Con cuyo desempeño premiar suele
La industria y la paciencia á los cultores:
Mas puro y limpio olor que de ninguna
Rústica suavidad robar pudiera
Del que á tus labios su fragrancia envia;
Pero tu honestidad ruda ó severa,
No ha de admitir en ellos la porfia
Con que anhelan dos almas por ser una.

## XXX.

¿Es para tí la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo,
Que no has visto la cara al desconsuelo,
Ni llorado jamas, ni aun en la cuna?
¿No haber hecho de tí experiencia alguna
Un caso adverso, no te da rezelo
De que no te ha juzgado digno el cielo
De vencer ni una vez á la fortuna?
No acredita al piloto la bonanza:
El exercicio solo es el que puso
Entre el valor y el ocio diferencia.
Mísero quien no da filos al uso
De la razon, haciendo resistencia
Igualmente al temor y á la esperanza.

## XXXI.

Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno,
Y la fortuna con benigna frente
Recoge á los indignos; yo obediente,
Ni mi exclusion ni su rigor condeno.
Pues si persigue al ánimo sereno,
Entre inicos exemplos inocente,
Que opuesto con valor á la corriente
En tiempos malos se atrevió á ser bueno:
Rayo es, que abrasa al tronco mas robusto,
Y recogiendo en sí la fatal llama,
Perdona á las encinas inferiores.
Y así le debo mas, si me desama;
Pues mereciendo tanto sus favores,
Quiere tratarme como trata al justo.

## XXXII.

El hombre fue de dos principios hecho,
Tales, que con jactancia verdadera,
A sus ojos le alega qualquier fiera,
Y qualquier planta parentesco estrecho.
Pero quando él reconoció en su pecho
La gran porcion del fuego de la esfera,
Vió con admiracion de ver lo que era,
Que á la divinidad tiene derecho.
Haz, pues, que con trocado ministerio
A la vaga altivez del albedrío
El sentido inferior le tienda redes:
Y quando él pretendiere, ¡ó Fabio mio!
Hacerte siervo, acuérdate que puedes
Mirar esas estrellas con imperio.



## XXXIII.

Fabio, las esperanzas no son malas:
Mas tú con tanto aplauso las acetas,
Que á oráculos forzosos de Profetas,
Y aun á vivos efetos las igualas.
Sabe que contra el tiempo se arma Palas,
Contra sus inconstancias y sus tretas:
Que el es tal, que tropieza en sus muletas,
Quando le piden que use de sus alas.
Y así nunca en el termino futuro
Ni en el presente, si eres sabio, digas
Que hay tiempo que del tiempo esté seguro:
Que quando á fuerza de sufrir le obligas
A que acuda fiel, te pone un muro
De presto entre la hoz y las espigas.

## XXXIV.

Tendrás, amigo Julio, á maravilla,
Que sin necesidad uno prefiera
Peñascos, vientos y tormenta fiera
Al dulce puerto, á la segura orilla.
¿Qué dirás si su pobre navecilla
No es fábrica de hierros y madera,
Sino de sutil vidrio, y, si la hubiera,
De materia mas frágil y sencilla?
Dirás que tan notorio desatino
No puede suceder, porque no miras
En tus designios y esperanza vana.
¡O ingrato al cielo, que al naufragio aspiras!
¿No ves que es vidrio al ímpetu marino
Esto que acá llamamos vida humana?

# TRADUCCION

## DEL SALMO *QUAM DILECTA.*

El santo pastorcillo perseguido
Va por desiertos ásperos huyendo
Al ingrato Saul endurecido.
Parose, y el aliento recogiendo,
Procura de advertir, si se oye acaso
De las contrarias armas el estruendo:
Qual cervatillo fatigado y laso,
Que escapó del leon, y en la congoja
Del curso al fin sosiega el veloz paso;
Aunque no sin temor, que qualquier hoja,
Que suena al respirar del manso viento,
Presente su enemigo se le antoja.
Considerando el duro apartamiento
Del templo el nuevo estorbo y el rodeo,
Por donde Dios le lleva al real asiento;
Su cítara, su espíritu y deseo,
En consonancia angélica acordados,
A cantar comenzó el divino Orfeo.
¡O quan amables son y deseados
De aquellos esquadrones celestiales,
Señor, tus tabernáculos sagrados!
Yo considero tus palacios reales,
Y desfallece mi alma, deseando
Verse siquiera junto á sus umbrales.



No el espíritu solo contemplando
Goza de tanto bien, que dentro el pecho
El corazon se está regocijando.
El simple paxarillo halla el techo,
Adonde elige albergue conocido,
Donde habita contento y satisfecho.
Halla la viuda tórtola su nido
Do amparar sus hijuelos, y del frio
Y riguroso tiempo defendido:
Pero la habitacion que yo confio,
Son tus altares, cuya santa brasa
Arde ante tí, Rey mio y Señor mio.
Dichosos los que habitan en tu casa;
Que estos te alabarán continuamente,
Venciendo al tiempo, que volando pasa:
Y dichoso el varon que firmemente
Las esperanzas de su auxîlio puso
En tus manos, Señor omnipotente.
Dios en su corazon obró y dispuso
Perseverancia, con que irá subiendo
En el valle de lágrimas confuso.
La bendicion eterna concediendo
El gran Legislador, todos los buenos
De virtud en virtud irán creciendo:
Y en el santo Sion de gracias llenos
Verán su Dios subido y exâltado
Sobre todos los ídolos agenos.
¡O Señor! en tu alcázar estrellado
Recibe ya los votos y oraciones
Del siervo de su patria desterrado.

Resuenen mis humildes peticiones,
Dios mio, en tus oidos: tú me guia,
Señor de las seráficas legiones.
Protector de Jacob, por el Mesía,
Y por su faz hermosa te lo ruego:
Vuelve los ojos á la pena mia.
Pues muy bien fundo yo, Señor, mi ruego:
Que á tus puertas un dia es mas amado,
Que otros mil de contento y de sosiego.
En casa de mi Dios ser desechado
Quise mas, que habitar con pecadores
En el palacio real rico envidiado.
Y Dios en sus mercedes y favores
Ama misericordia y verdad pura;
Y así jamas olvida á los menores.
Antes eterna paz les asegura,
Y les da gracia y gloria en su presencia,
La qual por infinitos siglos dura.
Y á los que pasan la prolixa ausencia,
No priva de los bienes temporales,
Pues por la senda van de la inocencia.
Y pues en sus pasiones tú les vales,
Vuelve los ojos pios á la mia,
¡O Señor de los campos celestiales!
Que dichoso es aquel que en tí confia.



## TRADUCCION

### DEL HIMNO *AD PERENNIS AQUAE FONTEM.*

A la fuente anheló de eterna vida
Con sed el alma, y quebrantar pretende
La cárcel donde gime detenida.
Por librase del lazo que la prende,
Forceja siempre; y como desterrada,
A gozar solo de su patria atiende.
Llora quando en el peso transportada
De la vida, aunque vida transitoria,
Se mira á sus miserias obligada.
Contempla aquella gloria, aquella gloria,
Que pecando perdió, y el mal presente
Del bien perdido aumenta la memoria.
Porque para decir como lo siente,
De aquella suma paz el alegría,
¿Qué lengua habrá en la tierra suficiente?
Allí de rica y viva pedrería
Los edificios suben: la techumbre
Divina luz del oro terso envia.
Lucen las salas de la misma lumbre;
Porque solo de piedras excelentes
Muestra toda esta fábrica la cumbre.
Ostenta su ciudad calles lucientes,
Donde compite el oro limpio y puro,
O excede á los cristales transparentes.

No hay vista inmunda ni otro objeto escuro:
Allí no arde el estío, ni el ivierno
Se arma de su aspereza y rigor duro.
De eterna flor de rosas da un eterno
Verano, y de azucenas que blanquean;
Y azafran rubio en su cogollo tierno.
Allí el bálsamo suda, y hermosean
Su verdura los valles: los sembrados
Crecen, y arroyos de la miel que ondean.
De fragrancia en ungüentos sublimados
Los ayres, y de aromas esparcidos
De vital fuerza espiran ocupados.
Las manzanas se ven por los floridos
Bosques pender, sin que por mengua alguna
Caygan de su frutal destituidos:
Que sus veces no alterna allí la luna,
Ni el sol la suya, ni de las estrellas
El curso con mudanzas importuna:
Porque de la ciudad dichosa, y dellas
Es el Cordero el sol, que nunca esconde
El vivo adorno de sus luces bellas:
Donde no hay noche que las turbe, y donde
Falta el mudable tiempo. Es luz constante,
Que con perpetuo dia corresponde.
Y qualquier de los Santos rutilante
Y clara su presencia manifiesta,
A la del sol en todo semejante.
Hablan despues del triunfo en la molesta
Guerra, del enemigo ya seguros,
Y entre sí coronados hacen fiesta.



De las mancillas de la carne puros
Ya ignoran sus batallas: ántes ella
Aposentada en estos santos muros
Queda espiritual, sutil y bella,
Conforme con el alma, y de consuno
Lo que el alma sintió, siente con ella.
Gozando todos sin peligro alguno
De la paz, va desnudo de las cosas
Mudables á su orígen cada uno.
Personas ya inmortales y gloriosas
Reciben y contemplan la presente
Verdad y sus grandezas misteriosas.
Beben dulzura viva de la fuente
De vida, y cobran inmudable estado,
Siendo los mismos perdurablemente:
Claros y vigorosos sin cuidado,
Alegres sin temor de adversidades,
A los casos humanos obligado:
Que no sienten vejez ni enfermedades,
En sana juventud de un ser perfeto,
Contra la condicion de las edades.
Pasó lo que á pasar está sujeto;
Y así ufanos florecen á tal suerte,
Que ni mudanza teme ni defeto.
De la inmortalidad el vigor fuerte
Con tal firmeza prevalece en ellos,
Que aniquiló el derecho de la muerte.
¿Qué cosa pueden no saber aquellos,
Que al mismo que las sabe todas, saben?
De aquí procede tal virtud en ellos,

Que los secretos que en sus pechos caben,
Penetra cada qual; y de esto nace,
Que una cosa amen todos y la alaben.
Y en aprobarla efetos tales hace
La unidad de las almas, que un intento
Les presenta, que á todos satisface.
Aunque es diverso allí el merecimiento
De cada uno, y con igual juïcio
Corresponden los premios al tormento;
Obra la caridad su propio oficio,
Y es lo que goza cada qual amando,
Comun prosperidad y beneficio.
Al cuerpo van las águilas volando;
Y así con los espíritus ufanos
Se estan las almas santas recreando.
Sustenta un mismo pan los ciudadanos (tos,
De entrambas patrias, hartos dél, y hambrien-
Y dexan lo que tienen en las manos.
No da la hartura allí desabrimientos,
Ni la hambre fatigas; pues comiendo
La tienen, y con ella estan contentos.
Con armonía, júbilo y estruendo
De instrumentos y voces de cantores
Los oidos y el gusto entreteniendo.
Dulces himnos ofrecen y loores
Dignos al Rey del cielo eternamente,
Por quien fuéron del mundo vencedores.
Felice el alma que le ve presente,
Y el orbe y sus regiones ve sujetas
Debaxo de sus pies; y que obediente



El sol mira otras luces mas perfetas.
Ve revolver la luna y las globosas
Estrellas, y en sus cercos los planetas.
Tú, ¡ó Cristo! eterno orígen de las cosas,
De tus soldados palma, en tu real corte
Me admite entre las almas vitoriosas;
Despues que el militar cíngulo corte,
Hazme de los despojos y mercedes
De tus celestes Príncipes consorte.
Prueba mis fuerzas, y el favor que puedes
Me otorga en la batalla que ya cierra,
Como á los afligidos lo concedes.
Porque despues, disuelto de la tierra,
Corona ya pacífica alcanzando,
Goce el honor de la vencida guerra,
Para siempre jamas de tí gozando.

## ELEGIA.

Domadas ya las islas Baleares,
Al pio culto el Celtiberio Augusto
Consagraba los bárbaros altares.
Y el que tambien como campeon robusto
Por la barba feroz asió al tirano,
Dando suceso al voto noble y justo,
Divide entre el exército cristiano
Los campos, los tesoros, los arreos
Y las armas del pérfido africano.
¿Mas qué gloria le dan estos trofeos,
Si al tiempo, que da ley á los vencidos,
No la puede poner á sus deseos?

¿Si la razon sujeta á los sentidos,
Belleza femenil, lazos suaves
Al Real corazon estan asidos?
No pudiéron sufrir los ojos graves
De Raymundo su llama; el gran Raymundo,
Que tiene dél las celestiales llaves.
Y ponderando el caso en lo profundo
De su pecho, por ser la ley suprema
El exemplo del Príncipe en el mundo;
No quiere ver la desenvuelta Apema,
Que vió Zorobabel, que al Rey le quita,
Y en el tocado pone su diadema.
La fuerte obligacion del que exercita
Su grande oficio puesta por delante,
(Que reo es en el mal quien no lo evita,)
Acuerda huir del vencedor amante;
Pues ya con él ni el rígido juïcio,
Ni su propia promesa fue bastante.
No satisfago, dice, al sacro oficio,
Si el mismo oficio no depongo; huyamos,
No añada mi presencia aplauso al vicio.
El instrumento inútil en los ramos
(Si Babilonia música nos pide)
De los sauces al viento suspendamos.
Esto intenta Raymundo; pero impide
Su noble fuga no mortal respeto,
Ni el mar que de su patria lo divide,
Sino quizá amoroso Real preceto,
Que ni un pequeño esquife le consiente,
Viendo quedar sus ruegos sin efeto.



Que como Rey tan justo, vivamente
Llora (bien que culpado en este hecho)
El perder un varon tan excelente;
Pirro en las armas, Numa en el derecho:
Mas eso busca amor: y entonces hace
Mayor estrago en generoso pecho.
¿Mas qué importa que el Rey estorbos trace,
Si la heroyca virtud en los desvíos
Y en la mayor dificultad renace?
Llega al mar despreciando sus navíos,
Para pasar con general espanto,
De su animosa fe cobrando brios.
De tu Orden, ¡ó Domingo! el pobre manto
A vista de la gente se despoja,
Y en el agua lo extiende el varon santo:
Y en la señal que al cielo desenoja,
Luego sobre él desde la enxuta arena
Con sencillez magnánima se arroja:
Y formándole el báculo la antena,
Velas pomposas la exterior capilla,
Su fábrica naval sobre él ordena.
Súbito la desvian de la orilla
Con invisible impulso alientos puros
De los ministros de esta maravilla.
No se abre el mar en portentosos muros
Dividido, ni brama, como quando
Pasó Dios sus exércitos seguros.
Antes las ondas con murmurio blando
Depusiéron atónitas la ira,
De su quietud las causas ignorando.

Todo viento sus ímpetus retira,
Y la naturaleza á la secreta
Fuerza obediente, de su paz se admira.
Así al imperio de la fe sujeta
Lleva al varon de Dios sobre su ropa,
No como alguna vez llevó un Profeta;
Porque quando marinos monstruos topa,
Cada qual la escamosa frente inclina
Al ministerio de la nueva popa.
Así la musa argólica ó latina
Al fabuloso Dios del mar describe,
La region discurriendo cristalina;
De quien leyes pacíficas recibe,
Y dando rienda á sus delfines, vuela,
Con que el furor del áfrico prohibe.
Mas dime, ¡ó musa! á mí, ¿con qué consuela
Su soledad, en tanto que los vientos
Hieren molestos en su nueva vela?
¿Lleva los ojos en el ayre atentos,
Culpando como próvido piloto,
Los arreboles puros ó sangrientos?
¿O temiendo las luchas de Euro y Noto,
Del piélago tranquilo no se fia,
Solícito con uno y otro voto?
¿O junto al polo en la luciente guia
Comun el sacro Palinuro experto,
Puesta la vista, á no dormir porfia?
En éxtasi mirando el cielo abierto,
Que teatros angélicos le muestra,
Pasa olvidado del terreno puerto.



Y, como el Protomártir, ve á la diestra
Del Padre, dentro de su luz, al Verbo,
Glorificada la flaqueza nuestra;
Que mira en espectáculo á su siervo,
Cómo huye en alas de su fe la ofensa,
Y le suplica por el Rey protervo.
Ya en torno dél la Providencia inmensa
El ayre circunstante proporciona,
Y en fantástica nave lo condensa.
Atónita la mira Barcelona;
Mas llegando á la playa al fin descrece,
Saliendo en ella sola una persona.
Capilla y manto enxuto el mar le ofrece;
Y él, vistiéndose todo su navío,
Al pueblo fiel admira y enternece.
La turba que en su playa, ¡ó Tifis pio!
Vió desembarcacion tan estupenda,
Te busca ardiente: yo con ella envio
Entre las suyas mi pequeña ofrenda.

## OCTAVAS.

Mas cruel espectáculo que quando
Acabó su venganza el furor griego,
Junto al Tibre el tirano está mirando,
Como en teatro y en mayor sosiego,
Centellas y suspiros escuchando:
Y á Laurencio, que alegre en medio el fuego,
Porque con mas furor lo martirice,
Estas palabras últimas le dice:

Revuelve, y come destos miembros mios,
Manjar á tu dolencia bien contrario;
Aunque para colmar tantos vacíos,
Otro mas digno fuera necesario.
Y (bien que en vano) si á los huesos frios
Sepultura les das del mármol Pario,
A las fieras de Libia haces injuria,
Que á todo excede tu dureza y furia.
Este martirio que por Dios recibo,
Ocio le da, y no pena al sufrimiento;
Busca cómo serás mas vengativo,
Pues efecto esta vez tan nuevo siento:
Elige el ser de mí sepulcro vivo:
Porque este me será mayor tormento,
Imaginando estar en la morada,
Do al mismo Dios se le negó la entrada.
¿Por ventura abrasándome imaginas
Sacar el eclesiástico tesoro,
Como del Pirineo, cuyas minas
Por fuego fuéron pródigas del oro?
A los sacros erarios y divinas
Riquezas lo llevó el amado coro
De la santa pobreza, donde mora
El sumo bien, que voy á ver agora.



# INDICE.


| | | |
|---|---|---|
| *Décimas.* | Aunque ocupen mi secreto. | Pág. 11 |
| *Décimas.* | Apriétame de manera. | 13 |
| *Soneto XVI.* | Amor, si de la parte mas perfeta. | 38 |
| *Soneto XIX.* | Amor, que en mi profundo pensamiento. | 39 |
| *Soneto III.* | Aunque Ovidio te dé mas documentos. | 150 |
| *Cancion.* | Apénas hizo la razon ausencia. | 172 |
| *Soneto XIX.* | Aquí, donde á pesar del tiempo hoy dura. *Escribióse este soneto en Segovia.* | 192 |
| *Traduccion.* | A la fuente anheló de eterna vida. *Traduccion del himno* Ad perennis vitae fontem, *cuyo autor fue el Cardenal Pedro Damiano.* | 203 |
| *Décimas.* | Burléme, yo lo confieso. | 18 |
| *Redondillas.* | Bella Amarili, entre tanto. | 23 |
| *Soneto XVIII.* | Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe. | 39 |
| *Soneto XIX.* | Bilbilis, aunque el dios que nació en Delos. | 158 |

*Habla con la ciudad de Calatayud.*

*Soneto VII.* Bástale al dia su malicia, Fabio. 186

*Soneto XXIII.* ¿Contra qué entrañas de piedad desnudas. 41

*Soneto XXIV.* Con dura ley tu halago nos aprieta. 42

*Epístola.* Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro. 104

*Soneto I.* Como tienes noticia tan profunda. 149

*Soneto VII.* Crece de presto, poderosa yerba. 152

*Soneto XVI.* Cremes, regala á Lice, y no celebres. 156

*Soneto XV.* Cloris, este rosal, que libre ó rudo. 190

*Cancion.* De los campos y mares se apodera. 1

*Décima.* Dulce Señora, no hallar. 23

*Escribió esta décima su autor con ocasion de haberle tirado en unas carnestolendas una naranjilla con agua de azahar.*

*Soneto IV.* De antigua palma en la suprema altura. 32

*Soneto XIV.* Debaxo de una alta haya Melibeo. 37



*Soneto XV.* De la union, Silvio, con que amor prospera. 37

*Epístola.* Dícesme, Nuño, que en la corte quieres. 83

*A Nuño de Mendoza, que despues fue Conde de Valde Reyes.*

*Epístola.* Don Francisco, aunque llames carta en seso. 142

*Soneto XI.* Dime, Teodoro, así los sacros huesos 154

*Soneto XIII.* Dexan las musas arcos y vihuelas. 155

*Búrlase de las mugeres que hacen profesion de escribir versos.*

*Soneto XXIX.* Di, Erine, aunque á Pitágoras leyendo. 163

*Soneto II.* Dime, Padre comun, pues eres justo. 183

*Soneto VIII.* De los dos sabios son estos retratos. 186

*Elegía.* Domadas ya las islas Baleares. 207

*Al dexar San Raymundo de Peñafort en Mallorca al Rey Don Jayme, y navegar sobre su manto.*

*Soneto III.* Estas son las reliquias Saguntinas. 31

*Soneto XIII.* Ese páxaro, Cintia, que del hielo. 36
*Soneto XXVII.* El nombre, ¡ó Cintia! que en el tiempo dura. 43
*Sátira.* ¿Esos consejos das, Euterpe mia? 45
*Soneto II.* En la Holanda bañada del tributo. 149
*Este soneto ha salido viciado, como andaba manuscrito entre las rimas de un gran Poeta: y aunque fue honralle mucho el juzgalle por obra digna de tal autor, es bien que no esté en duda qual es el verdadero, como no lo estará ya; pues quien lo imprime agora no puede recibir engaño en esta parte.*
*Soneto XXXV.* Engáñaste, Galeso, si barruntas. 166
*Soneto III.* ¿En qué veré que tú á mi llanto agora. 184
*Soneto XXI.* ¿Estás libre, Damon? Pues no blasones. 193
*Soneto XXIX.* Emulos, Cintia, son, ó imitadores. 197
*Soneto XXX.* Es para tí la esfera de la luna. 197



*Soneto XXXII.* El hombre fue de dos principios hecho. 198
*Traduccion.* El santo pastorcillo perseguido. 200
*Traduccion del Salmo* Quam dilecta tabernacula tua Domine.
*Liras.* Filis, naturaleza. 6
*Soneto XXII.* Fili, en tus ojos mi atencion respeta. 41
*Soneto VI.* Filis, yo te aborrezco, y de manera. 151
*Soneto VI.* Firmio, en tu edad ningun peligro hay leve. 185
*Soneto X.* Fabio, pensar que el Padre soberano. 187
*Soneto XXXIII.* Fabio, las esperanzas no son malas. 199
*Soneto V.* Hago, Fili, en el alma, estando ausente. 32
*Soneto XX.* Huyo de tí, y á tus umbrales llego. 40
*Soneto XXIX.* Ha llegado mi fe á tan raro extremo. 44
*Soneto XXIII.* Incorregible Nestor, de los daños. 160
*Soneto XXV.* Julio, venciste; pero con la suerte. 195
*Soneto XXXI.* Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno. 198

*Epígrama II.* La antigua verdad por ruda. 148
*Contra el uso de traer guedejas grandes los hombres.*
*Soneto XXV.* Licia es aquella, acude, Fausto, y mira. 161
*Soneto XXVI.* Lico, pues Dios los pérfidos permite. 161
*Soneto IX.* Llego á Guadalaxara en este punto. 187
*Soneto XXII.* Lo primero me visto, lo segundo. 193
*Redondillas.* Mil quejas, niña, me has dado. 26
*Soneto I.* Mírame con piedad, y arda el cometa. 30
*Soneto XXXII.* Mas teme en su raiz, Lauso, aquí un pino. 164
*Soneto XI.* Mario es aquel, que del Minturno lago. 188
*Soneto XXIII.* Mas embravezco al mar, mas inquietos. 194
*Octavas.* Mas cruel espectáculo que quando. 211
*Al martirio de San Lorenzo.*
*Romance.* No debe á Mayo las flores. 29
*Epístola.* No te pienso pedir que me perdones. 121



*Al Marques de Cerralvo Don Rodrigo Pacheco.*
*Soneto XIV.* Ni soles, ó tahur, lunas, ni auroras. 155
*Soneto XVII.* No temes tú mis versos, Citaredo. 157
*Soneto XVIII.* No hay dudar, Gayo, que esta edad maldita. 157
*Soneto I.* Ni Amor ni Marte esperen que mi acento. 183
*Soneto V.* Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo. 185
*Soneto XII.* No con el vulgo acuses, ¡ó Licino! 188
*Soneto XXVIII.* ¡O abete! si despues que á los fenices. 196
*Persuade á un señor aragones á no desamparar su patria.*
*Sátira.* Para ver acosar toros valientes. 62
*A Don Fernando de Borja, Virey de Aragon.*
*Soneto X.* ¿Por qué habitais, silvestres homicidas. 153
*Contra litigantes cavilosos.*
*Soneto XIV.* Pues no siempre tus rayos vengativos. 156
*Soneto XXVII.* Pon, Lice, tus cabellos

con lexías. 162
*Soneto XXVIII.* Por verte, Ines, que avaras celosías. 162
*Soneto XXXIV.* Pues nos va bien con adular, Cratilo. 165
*Soneto XXXVI.* Piensa, ¡ó Mercurio! que unges los gentiles. 166
*Epígrama.* Pues das, Marcio, en pretender. 182
*Décimas.* Quando la razon tenia. 15
*Soneto II.* ¿Quál mérito aspiró, Filis, á tanto. 31
*Soneto XI.* Quando me miras, Clori, de luz lleno. 35
*Soneto XXXIX.* Quando los ayres, Pármeno, divides. 168
*Cancion.* Quando me paro á contemplar mi estado. 168
*Soneto VIII.* ¿Quién me dará jazmines y violetas. 34
*Soneto VIII.* ¿Qué mágica á tu voz venal se iguala. 152
*Soneto XXI.* Quita ese afeyte, Lais, que se aceda. 159
*Cancion.* Quien vive con prudencia. 179
*A Don Diego Sarmiento de Carvajal.*
*Décima glosada.* Señora del alma mia. 8
*Esta décima, que está glosada, escribió un gran*



*personage en tan tierna edad, que era conveniente, que no le permitiese la comunicacion de su esposa quien tenia autoridad para ello; de que se queja en la décima, atribuyéndolo al rigor de la misma esposa.*
*Décimas.* Silvia, dos arcos te ha dado. 20
*Soneto X.* Suelta el cabello al céfiro travieso. 35
*Soneto XXI.* Su cabello en holanda generosa. 40
*Soneto XXV.* Si amada quieres ser, Licoris, ama. 42
*Soneto XXVI.* Si el alma sus afectos desordena. 43
*Epístola.* Señor Retor, razon será que pruebe. 137
*Es carta del Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja.*
*Soneto IX.* Señor, á eterno ayuno me dedico. 153
*Detesta el litigar.*
*Soneto XX.* Si esperas hoy prosperidad alguna. 158
*Soneto XXII.* Sacro metal en Julia Cel-

sa suena. 159
*Con ocasion de tañerse en Velilla (antiguamente Julia Celsa) la campana que en diversos tiempos se ha tañido con impulso sobrenatural.*
*Soneto XXIV.* Si acomodado en mi fortuna aprieto. 160
*Soneto XXXI.* Si conoces tus menguas, no te adules. 164
*Soneto XXXVII.* Si aspiras al laurel, muelle Poeta. 167
*Soneto XXXVIII.* Si de Grecia sacaba el ostracismo. 167
*Soneto XIV.* Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte. 189
*Este soneto escribió su autor habiendo padecido un gran desmayo.*
*Soneto XVII.* Solo ofende el agüero á quien lo advierte. 191
*Soneto XVIII.* Si en la corte no apartas con cautela. 191
*Soneto XX.* Si quieres conservarte, Lauso, evita. 192
*Soneto XXIV.* ¿Será posible que á mis manos muera. 194
*Soneto XII.* Tajo, producidor del gran tesoro. 36



*Soneto XXVIII.* Tanto ha podido un pensamiento honesto. 44
*Soneto IV.* Tú, á cuyos dedos hoy los pulsos fia. 150
*Soneto XII.* Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva. 154
*Soneto XXX.* Tuya es, ¡ó Lucio! esa cancion sin duda. 163
*Soneto XVI.* Tambien adula, ¡ó Nuño! la tardanza. 190
*Soneto XXXIV.* Tendrás, amigo Julio, á maravilla. 199
*Soneto VIII.* Visto has, amor, que no el rebelde brio. 33
*Soneto IX.* Viéndome, Fili, en manos de la muerte. 34
*Escribióse con ocasion de haber un caballero sanado de una enfermedad que padecia, con lo mismo que habia naturalmente de agravarla.*
*Epígrama. I.* Viéndose en un fiel cristal. 147
*Epígrama III.* Viendo Alfio quan desvalida. 148
*Soneto XXX.* Vuelve del cielo al peso que le oprime. 45
*Soneto VI.* Ya el oro natural crespes ó extiendas. 33

*Soneto XVII.* Ya resplandece en mí como nativa. 38
*Soneto V.* Ya no murmura el pueblo, sino brama. 151
*Soneto XXXIII.* Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera. 165
*Soneto IV.* Ya tu piedad magnánima derriba. 184
*Soneto XIII.* Yo aquel, en cuyo insuficiente estilo. 189
*Soneto XXVI.* Ya, Opicio, á los acuerdos consulares. 195
*Soneto XXVII.* Ya Mercurio no es bien que yo te siga. 196